

Mariano Rodríguez González

***ATERRIZAR EN LO REAL***

***(Evocaciones I)***

Recuerdo muy bien que estaba yo, o quien en aquel entonces pasaba por ser yo, de noche en una terraza de un bloque de pisos de la ciudad de Madrid, nada más comenzados los sesenta, cuando le expresé a mi madre mi inmensa satisfacción al saber que allá en el futuro, dentro de muchos años, sin duda me iría al cielo estrellado que ahora se podía divisar desde la terraza, para vivir por siempre absolutamente feliz en compañía de los angelitos. Eran cosas de la catequesis aquella tan rara a la que iba regularmente, me da por suponer ahora que han pasado tantos años, y de lo que allí nos contaban a los niños como yo de la gloria celestial. Allí le convertían a uno en un suicida en potencia, anhelando dejar de una maldita vez esta baja vida para irse directamente a la eterna, como muerto de alegría. Mi madre entonces miró a mi padre, que andaba por allí fumando silencioso, profundamente alarmada, “¡¡este niño se quiere morir!!” Pues si no querían que me quisiera morir que no me hubiesen mandado a la catequesis con los curas todos los miércoles por la tarde, a escucharles perorar de las maravillas inimaginables de la gloria celestial...con aquella imaginación que les caracterizaba.

Pero luego dejé de ser niño y fui aterrizando, aterrizando en lo real. Es decir, me puse enfermo de cuidado, y me vi obligado a convertirme en adulto. Tampoco se trata de que soñara en ningún momento con conservarme niño para siempre, eso a mí me parece una tontería, en el sentido de que así nunca se podrá salir de la tontería constitutiva de la primera infancia. De lo que se trata es de llegar a soportar lo real, hasta el extremo de *reír lo real* (cosa distinta de reírse de lo real, que sería mucho más fácil). Y es que así llegamos a superar también la edad adulta para ingresar en lo que podríamos llamar la segunda infancia, o la definitiva edad de la razón.

En este libro se van a evocar, de manera poco literal, de manera aproximada, o sea, abstrayendo, generalizando, *deformándolos* para encontrarles o darles sentido, algunos episodios en los que vino a consistir mi aterrizaje desde ese cielo negro estrellado madrileño donde sin ninguna duda me siguen esperando los angelitos para querernos todos mucho los unos a los otros, pero al que, definitivamente, ya no quiero ir, por nada del mundo. Mejor dicho: si ya no quiero ir es por causa del mundo.

## ÍNDICE

1. El duro de los domingos.
2. El dinero de Caín.
3. “Las Sevillanas”.
4. Un rico.
5. Falos.
6. *Money Makes the World Go Round.*
7. El padre sin dinero.
8. La Obra de Dios.
9. El placer del dinero.
10. La maldita suerte.
11. Mentira podrida.
12. Justicia y símbolo.
13. La consumación de los tiempos.
14. Las cosas claras.
15. ¡Es el robo!
16. Reivindicación del sátiro frente al santo.
17. El Santo Entierro.
18. El Poder y la Gloria.
19. Nobleza proletaria.
20. Locura de amor (1).
21. Curiosidades y divertimentos.

22. Locura de amor (2).
23. Locura de amor (3).
24. En la casa de reposo.
25. Ella.
26. Primer Balance.

*En Madrid, Barrio de Atocha-Menéndez Pelayo, segunda mitad de los años sesenta, y después ya metiéndonos en los setenta, del siglo pasado.*

### 1. *El duro de los domingos*

Ingresar dinero periódicamente, aunque sea porque sí, era ya instaurar todo el orden de una vida, o por lo menos la regularidad medular o de fondo que la vertebrará en lo sucesivo. Uno todavía de niño, y el duro de los domingos, le dirán después muy vulgarmente “la paga”, era ya esa breve felicidad semanal que de tan obvia y dada por supuesta resultaba apenas esperada. Total, un casi insignificante momento de placer no lejos del puesto de los caramelos y el regaliz, pero un momento sin duda importantísimo porque, en su reiterarse semana tras semana, marcaba el paso de un tiempo reglado, es decir, tiempo estable, el signo inequívoco de la profunda estabilidad familiar. El duro de los domingos era apenas esperado, ya decimos, pero en todo caso sí que era mínimamente atendido, como lo que los poderes superiores *te debían* para certificarse como poderes en el fondo amigos y amables. El discurrir regular del tiempo, la estabilidad afectiva de aquella familia, eran la prueba irrefutable de que los dioses tan altos y lejanos condescendían a quererte porque sí, como si fuese su obligación, o, si no tanto, por lo menos sí a hacerse presentes en tu vida de cuando en vez. Y su descendimiento era lo que marcaba el paso del tiempo, o mejor, era el tiempo mismo, el único tiempo posible si lo concebimos y lo anhelamos como tiempo de la felicidad.

El duro de los domingos no era en absoluto una recompensa sino justo lo contrario, era gratuito, no se esperaba de ti que hicieras nada a cambio o para conseguirlo. El buen sentido parental había decretado que ni mis hermanos ni yo fuésemos a ser en absoluto ratas skinnerianas, todo el día dándole a la palanca a ver qué cae, y para que caiga. El adviento del duro de los domingos era simplemente lo mismo que dejar constancia los hados de que teníamos la inmensa suerte de tener una familia o de no estar abandonados, tirados a la intemperie. Como cantidad era desde luego más bien escuálida, y además aceleraba el tiempo que uno aún tenía por delante para ir al dentista, a decir verdad unos años más tarde mis muelas saltarían por los aires al mero contacto del torno sanador, de raíz reventadas del azúcar de los caramelos del

duro de los domingos. Creo que entonces, con el saltar por los aires de mis muelas, sí que estaba dando algo de mí, retrospectivamente, a cambio del duro de los domingos, y algo inmensamente simbólico. Algo así como el caer al final en la cuenta de que la felicidad se paga, como si la estabilidad emocional y el discurrir ordenado de los días de la familia burguesa pero menos exigieran un sacrificio de dientes y muelas porque no puede haber derecho a que la vida te sea tan dulce gracias al duro de los domingos. Quizás con el descorazonador contraste de pensar en los que no lo han recibido nunca o han estado abandonados a su suerte en una infancia sórdida que habrá marcado su existencia para los restos.

De manera que el duro de los domingos nos enseñaba a mis hermanos y a mí el valor simbólico del dinero, no solo el valor y el aura divina que les presta la fantasía de los hombres que lo han instituido y lo usan y por él viven vidas de príncipe o de perro, y según sea su situación respecto a él mueren solos o rodeados de deudos en apariencia tan entristecidos. El dinero bueno, en suma, como metáfora del orden, el buen orden de la vida que se despliega con mínimos obstáculos, siguiendo un camino soleado de sonrisas donde apenas hay malvados y traidores porque tu alegría sobraría para travestirlos a todos de excelentes personas. El lado soleado de la existencia del que el dinero inocente sería símbolo cuando es el dinero minúsculo que se le da al niño una vez a la semana para que se lo gaste en caramelos y regaliz, o en algún comic de aquellos españoles o americanos con tan sorprendentes ocurrencias felices pero ridículas. El dinero semanal como prueba de que de verdad hay semanas, que pasa el tiempo con la seguridad que nos hace falta, un tiempo sin trampa ni cartón en el que tenemos la gran suerte de dedicarnos a pensar en nuestras cosas, un tiempo para llenar con lo nuestro, avanzando en él con acciones y palabras nuestras, no en absoluto el tiempo sórdido del repliegue y la huida, no el tiempo negro de la ausencia o del escondrijo.

El duro de los domingos, símbolo del orden y el progreso domésticos, del tiempo ilustrado que se lee en el lema famoso de la bandera de Brasil, alguna ingenua filosofía de esas científicas como religión del hombre moderno. En aquellos días que fueron tantos y tan perfectos, tantísimos que recordarlo marea, uno se sentía respirar al compás de la potencia del todo, con la total

seguridad de que no había nada imposible que no se pudiera conseguir con el esfuerzo y el tesón y la inteligencia, bien aplicados y empleados en aquella superficie sin obstáculos que proyectaba en el cosmos el orden amable del duro de los domingos. Era sin duda el dinero bueno, es decir, la vida que disfrutas cuando los hados te son propicios. Porque, por supuesto, lo más convincente del duro de los domingos como símbolo del orden es que su llegada semanal no dependía en absoluto de ti, de nada que pudieras hacer o no hacer. Era pura gracia, gratuidad, regalo, aunque regalo oscuramente sentido como debido. Psicólogos y psicoanalistas, toda esa grey de los tiempos que corren, insisten en que debe haber necesariamente un comienzo de amor o de “apego” (atroz traducción-degradación “científica” del amor) para que la confianza del niño en la existencia sea siquiera posible. Y yo eso lo sentía como deuda que tenían los poderes superiores contraída conmigo pues me habían traído a este mundo tan extraño. El duro de los domingos, el dinero, simbolizaba que esa deuda de atención e incluso de mimo de los poderes superiores se pagaba *todas las semanas*. Que la Providencia era real y efectiva, y que por lo tanto uno podía crecer feliz, es decir, confiando en los adultos que se las entendían tan bien con la Suerte omnipotente (en aquella época yo no había llegado a pensar, o no lo recuerdo, en nada parecido al Destino). Me habían traído al mundo tan extraño pero lógicamente se cuidaban de mí sin que yo tuviera que hacer nada como no fuese vivir mi vida de niño. Es decir, me querían. El dinero bueno, el duro de los domingos como símbolo del amor de los padres o del amor de la vida o el de los poderes superiores en cuyas manos todo debería estar, pues que orden había y el orden *habría que hacerlo*, pensaba yo oscuramente, porque no podía estar dado.

Todos los hermanos recibíamos el duro de los domingos invariablemente, devenido de este modo además símbolo de la igualdad de todos los hombres. Se nos daba lo mismo sin que tuviéramos que hacer nada a cambio, mucho menos competir entre nosotros por el dinero. Es decir, se nos quería a todos igual, de modo que por consiguiente nos mirábamos a los ojos unos a otros como a iguales, a camaradas, a verdaderos hermanos desde nuestra filialidad respecto de los poderes superiores. En tanto traídos al mundo, y en consecuencia cuidados y atendidos graciosamente, éramos todos hermanos y

ni se nos podía pasar por la cabeza, por delirante, la idea de que alguno de nosotros tuviera más derechos que los demás.

El duro de los domingos instauraba entonces una legalidad cósmica que se nos antojaba en el fondo tan natural que ni siquiera la percibíamos. En cuanto traídos todos al mundo y atendidos graciosamente, en consecuencia lógica, todos nosotros nos vivíamos como hijos y hermanos, lo que quería decir que no nos representábamos como hijos ni hermanos, no nos hacíamos ninguna idea de ello. Por eso si alguien decía: “sois hermanos, hijos de los mismos padres, por tanto...”, nos sonaba lo más raro del mundo. Simplemente éramos, así que éramos hijos y hermanos. Hacerse idea de tal situación, por ejemplo para regular nuestra conducta, tomar conciencia de ella, ya sería una desmesura culpable, salvaje anomalía, o a lo peor nada más que pura estupidez. Y por supuesto dábamos por descontado sin saberlo que esta manera de vivirnos era la manera de vivirse de todos los humanos, como sacados a la vida y mantenidos graciosamente en ella. Lo cual quería decir que no había ningún problema que la buena voluntad de los hombres no pudiera resolver.

Así que el dinero bueno, el duro de los domingos, me había instalado en lo más dulce de la ignorante edad de la inocencia, dándome esa confianza en los poderes superiores, en la vida, y por tanto en los seres humanos, y por consiguiente en mí mismo, que es sin duda el origen de una aceptación incondicional del hecho de existir, aprobación que tantas veces, en el futuro, podrá parecernos incomprensible. Ese dinero-símbolo lo era en definitiva del paraíso terrenal, donde todo es gratis y por tanto la vida es de verdad la vida, y no se reduce a sobrevivir o a supervivencia. Un símbolo que jamás se podrá olvidar, que siempre contemplaremos con nostalgia y que se convertirá en el motor de nuestras acciones más elevadas y más humanas. El paraíso donde todo es gratis, de manera que el dinero es sólo eso, un símbolo, algo que en realidad no hace falta, no sirve para nada. Su función sería allí meramente ornamental, incluso folklórica, disfrutar unos minutos con los caramelos y a la larga destrozarse la dentadura. Es decir, negar las duras necesidades de la vida, negar la escasez y negarla de la manera más odiosa e imperdonable: ya que tengo para comer sin tener que sufrir para conseguirlo, me permito el lujo

de destrozarme la dentadura masticando azúcar todos los domingos de mi vida en el paraíso terrenal de la infancia.

Con todo ello, hay que fijarse bien, asomaría ya la desmesura, la *hybris* que tienta a los poderes superiores. Porque hacemos exhibición de nuestra felicidad, porque presumimos arrogantemente de ella, nos dirigimos al despeñadero de la soberbia, tan feo y tan tonto. Nos hemos creído los favoritos de la divinidad, en el fondo, y por eso, en justa consecuencia, Dios nos tendrá que regresar al estado de necesidad en que, ignorándolo nosotros los niños del duro de los domingos, viven desde siempre tan incómodamente instalados los adultos que nos lo proporcionan todas las semanas. En el futuro tus padres iban a tener que pagarte como mejor pudiesen el arreglo de casi todas tus muelas, cuando a lo mejor les vendría tan mal económicamente, o incluso no se lo podrían permitir. De manera que la soberbia a la que te llevó de forma inevitable la seguridad excesiva del duro de los domingos la vas a tener que pagar muy cara, la vas a tener que pagar saliendo del paraíso terrenal, con la expulsión al mundo real de la escasez y el dolor, donde el dinero sí que supone un afán o un sudor que desde ahora amenazará con vaciar y consumir tu vida entera, hasta el punto de que a lo peor ya no vas a poder pensar más *en tus cosas*, ya no vas a poder seguir dejándote llevar por las pulsaciones íntimas de tu vida o el pensamiento, volcado en la tarea de sobrevivir, que no es vida.

No es que recibir dinero sin hacer nada a cambio exacerbe un pretendidamente natural sentimiento de deuda, porque está claro que en el paraíso terrenal del duro de los domingos no había deudores, y ese no haberlos formaba parte importante de lo que hacía de él un paraíso. Es que recibir dinero porque sí, sin “merecerlo”, por cuanto se trataba de un dinero que sólo valía como símbolo de la seguridad fluyente de mi existencia, tenía en mí el efecto de acumular alegría y agradecimiento por el hecho de estar vivo, la alegría de vivir o el júbilo de existir. Y esta acumulación infantil de alegría, que fue tan lejos y que llegó hasta tanto, constituye, desde aquel entonces perdido en la niebla de los recuerdos desvanecidos pero efectivos aún, la base y el fundamento de mi valor, del valor que sin duda nos iría a hacer falta para afrontar la existencia en la salida de la infancia, y de la cruel adolescencia, y en la edad madura. Porque

el valor no significa sino tener a nuestra disposición cantidades industriales de alegría.

## 2. *El dinero de Caín*

A menudo se ha pensado que si alguien gana dinero es a costa de alguien que lo pierde, que cuando una persona se hace rica hay varias que se hunden en la miseria, que toda propiedad es un robo. Esto bien podría ser la economía ficción de los ignorantes en economía, cuyo no saber les lleva a entrometerse en asuntos del dinero con aquello que dicen los físicos de la materia, que ni se crea ni se destruye, sólo se transforma. En las Facultades de Ciencias Económicas sabrán del tema hasta dejarlo de sobra, porque es allí donde muchos se compadecen de la incapacidad intelectual tan aberrante del pobre Marx. Pero si en mi infancia tuve un atisbo suficiente de la lucha por la vida ello fue en la modalidad sangrante de lucha por el dinero, sin duda. Es que mis hermanos y yo a veces llegábamos a discutir o incluso a pelear por dinero, especialmente cuando se trataba de algún regalo en efectivo que nos pillaba por sorpresa, y entonces había que *repartir*. Porque cuando se trataba de actuar con independencia de la graciosa sabiduría de los poderes superiores que daba a todos siempre por igual, lo más fácil era que surgiera la pendencia, uno consideraba que el mayor tiene más derecho y otro que el más pequeño, otro estaba convencido de que sus necesidades eran más urgentes que las de los demás...incluso había siempre alguien que simplemente pretendía hacer su voluntad sin justificación alguna: esto me lo llevo yo porque sí, por las buenas. Luego he podido comprobar, naturalmente, que la mayor parte de las disputas humanas, incluso las que llevan directamente al crimen, son por cuestiones crematísticas, herencias que rompen familias y cosas por el estilo. Y que aquella supuesta hermandad que de niño yo daba por supuesta como lo más natural del mundo entre todos los humanos, se viene a trocar muy a menudo en la más brutal de las explotaciones, o en la más descarada de las luchas a muerte. La cosa viene a parar en *matar por dinero*, con esta frase queríamos resumir todo este tema tan real y tan verdadero. Un matar por dinero que incluye por supuesto el matarse por dinero, porque a fin de cuentas uno mismo es el otro. El que se mata por dinero es el que vive para el dinero.

Es como si naciera aquí la autonomía de la persona. Hasta entonces nos habíamos encontrado con el dinero bueno, aquél del que nosotros no disponíamos en su adviento, el dinero del don, de la gracia. Y ese es el dinero de la igualdad, porque llueve de la misma manera sobre todos, aunque a unos les guste y a otros no. Pero hete aquí que un día nos da por controlar el dinero, disponer de él, manejarlo, conservarlo, administrarlo, y sobre todo aumentarlo. Es la codicia, es la avaricia, es el amor al dinero. Y entonces somos por encima de todo *nosotros*, o incluso somos de verdad nosotros, ya no hermanos sino únicos, bien aferrados a nuestros billetes.

El primer conato preocupante de este demoníaco afán de controlar personalmente el dinero, de acumularlo y aumentarlo a costa del otro, se daría en la charla infantil sobre dinero, cuando los niños hablan entre ellos de dinero, y se lo reparten de palabra, e incluso fantasean con él como si se tratara de un juguete. Hay casas donde todos se pasan el día *hablando de dinero*, familias enteras monotemáticas en comentarios y discusiones monetarias interminables en que toman parte, por supuesto, los niños desde bien pequeños. A mí esto me da vómitos, pero la culpa de eso la tiene mi madre. Hoy en día muchos consideran que esta iniciación en el mundo del parné formaría parte de una buena educación o de una educación para la vida. ¿En qué asunto más importante para su futuro y más decisivo en la existencia habría que iniciar al niño que en este? Muchos saltan de gozo y de alborozo cuando ven a sus hijos de cinco años convertidos en contables en miniatura, disertando sobre deberes y haberes, manejando terminología de Banco Central Europeo. En cierto modo se trataría con esta educación de la culminación del modelo de hombre impulsado por la Modernidad, el individuo autónomo, el Uno y su Propiedad, que de adulto correría el mundo con soltura y desapego, consumiendo bienes y servicios, en su identidad blanda, pero esencial, de Consumidor-y-Usuario. La autonomía verdadera ya se sabe que no la da el saber digamos teórico, por favor qué cosas, sino el saberse desenvolver con tarjetas de crédito y créditos y acciones y dividendos.

Hay un personaje galdosiano que encarna al perfecto contable. Tiene su casa atiborrada de libros de cuentas, donde se anotan al céntimo las entradas y las salidas del dinero, donde se cierran balances. Seguirle la pista al dinero sería

según él la condición *sine qua non* de que el dinero nunca te abandone del todo. Y hasta calcula ese personaje el hipotético rendimiento celestial de las limosnas que todos los días reparte a los mendigos que rodean como enjambres las iglesias madrileñas. En el contable perfecto culminaría la educación para la autonomía promocionada por la Modernidad, porque contar el dinero y registrar sus idas y venidas es una manera universal de disponer de él, o hacerse la ilusión de que uno lo controla. Es la consumación de la libertad humana, la consumación de los tiempos y el fin de la historia, en la figura del Consumidor-y-Usuario que viaja en una galaxia de bienes y servicios, que además compra y vende, invierte y gana o pierde.

Existe la idea de que iniciar al niño en los misterios del dinero es el único modo de que para él el dinero deje de ser un misterio. Es decir, de que algún día en su madurez llegue a ser capaz de sobreponerse a la voluntad de los poderes superiores con la fuerza de su propia voluntad y la agudeza de su inteligencia. El reino de los hombres toma el lugar del reino de los cielos cuando uno controla su dinero de manera que sigue siendo suyo, y no sólo no le abandona sino que crece y crece. Ya no se trata de que Dios me sonría y yo me dé cuenta de su gracia cuando el dinero viene a mí como si se me pegara en las manos, justo al contrario de lo que le sucede al infeliz que se arruina porque Dios no lo ha elegido, como ciertas sectas protestantes llegaron a creer en su delirio, sino que se trata de que dará sus frutos una contabilidad racional y una sabia política de inversiones, mi actividad de seguirle la pista al dinero hasta por las noches y de madrugada, sin descanso, desveladamente, en Internet que nunca cierra, asegurándome así que siempre voy a poder disponer del dinero porque estoy consagrado a él en cuerpo y alma.

Lo que hay que notar es que esta consagración personal al dinero que se disfraza de ejercicio de auténtica autonomía personal por fin conquistada cuando culmina el proceso de la Historia, esta servidumbre absoluta que tiene la desfachatez de presentársenos como la realización del milenario afán humano de la libertad, conllevaría necesariamente la discordia entre los hombres. Pues la verdad del que tiene dinero es sin duda el que carece de él. Ganar dinero es ganarlo a costa de que alguien pierda, o de que alguien pierda, si no dinero, algo de verdad suyo. Porque de lo contrario resultaría que

lo de la *creación de la riqueza*, o la *puesta en valor*, como dicen ahora tantos cursis, serían auténticos misterios metafísicos, absolutamente inexplicables. Una empresa se hace rica si hunde en la miseria a las empresas competidoras, eso es todo lo que a mí se me ocurre en mi ignorancia.

Algo de esto debía barruntarse mi señora madre, que afortunadamente no era economista sino que se dedicaba a traducir al castellano literatura sobre todo francesa e italiana, cuando tomó la decisión de cortar por lo sano nuestras discusiones de dinero, o por dinero, con la tajante amenaza de adueñarse de la suma objeto de litigio, que había sido regalada a los niños, en bloque, por algún familiar de visita, y proceder a “tirarla por la ventana”. Amenaza a primera vista diabólica, pero mi señora madre estaba decidida a que no dejásemos de ser hermanos, y su instinto infalible le decía que para que no lo dejásemos de ser el principal obstáculo era y sería el dinero, la codicia, la avaricia, el ser como tener más que nadie.

Así que, con estos antecedentes familiares, en mí nunca nacería la sensata vocación de contable ni mucho menos de empresario, porque estaba inconscientemente convencido de que el dinero era cosa necesaria, pero sucia y de personas que no tienen nada mejor que hacer en la vida. Ese desdén mío, ese desprecio de aristócrata pobre de solemnidad, desdén ante el usurero, el ahorrador, el inversor, el que se dedica a coleccionar billetes a lo peor porque, como dijo Cela, “no sirve para otra cosa”, tuvieron su origen en la amenaza materna de tirar el dinero por la ventana. Aunque luego he reparado en que los ahorradores y los acumuladores de dinero también tienen su papel social, como todo el mundo, el de poner su dinero a disposición de obras que merezcan de verdad la pena, por ejemplo en el arte o en la ciencia, para no hablar de la ayuda a los necesitados. Lo que sucede es que casi nunca acceden si no es por los beneficios fiscales y la confianza del ahorrador. La Caja tiene alma si y sólo si el alma vende.

Mi señora madre era aristotélica sin saberlo, pues el filósofo de Estagira había llegado a la fácil conclusión de que vivir para el dinero supone la más atroz e imperdonable inversión del recto sentido de la existencia humana. Todos los humanos tendemos por naturaleza al saber, y en esto, que no en otra cosa, nos distinguiríamos de los cerdos. Por eso, el que dedica su vida a hacer

dinero como objetivo último sería el invertido esencial. Todo un anormal, ese sí. Aunque, por otro lado, ya se sabe que tiene que haber gente para todo.

Nótese, por lo demás, el aspecto abiertamente sacrílego de la amenaza de tirar el dinero por la ventana. Parece toda una barbaridad, como coger un billete y quemarlo, puro terrorismo. En casa de mi abuela tenían la extraña costumbre de hacer a los niños besar el pan cuando a lo peor se les caía de la mesa durante la comida, siempre pensando en las musarañas. El pan era don divino, danos el pan de cada día. Y eso de que su hija, la de mi abuela, dijera que iba a tirar el dinero por la ventana sonaba inquietante, alarmante, porque si el dinero es el bien es porque con él se puede hacer el bien, por ejemplo dar de comer a quien no tiene que comer. Así que destruir el dinero, o tal vez ponerlo a disposición de un rico que pase por la calle y lo vea caer de una ventana, tienen todo el aroma de lo imperdonable. Mi señora madre sólo buscaba por supuesto que lo sacrílego de su amenaza llenara de pavor nuestras almas se supone que cándidas, de forma que fuera imposible seguir peleándonos por el dinero. En efecto, ya no volvíamos a discutir más, creo incluso que nunca volvimos a discutir más en mi casa por dinero entre los hermanos.

Cuando se trata de repartir un dinero que tampoco hemos merecido con esfuerzo, no es raro que aparezca la disputa, la discordia, la desmesura del yo, de lo mío, el afán de posesión que implica necesariamente la suspensión de la hermandad entre los humanos, o el olvido del otro. Pero ante el brillo del dinero malo alguien muy sabio nos hace reparar de repente en el dinero bueno, justificando así el mal muy agustinianamente, por puro contraste y como por compensación. El dinero bueno que da la vida al pobre y trae la esperanza al necesitado.

### 3. “Las Sevillanas”

En un tiempo muy lejano y ya muy diferente del nuestro de ahora, aunque tal vez no esencialmente distinto, vaya usted a saber, recuerdo bien que íbamos con mi padre los domingos antes de comer, a lo del aperitivo, a aquel tan interesante antro inmundo que no se dejaba llamar simplemente ‘bar’, pero tampoco ‘taberna’, ni por supuesto ‘cafetería’. Era un sotabanco de enormes dimensiones, con una gran barra que recibía al que allí entraba, una barra que se prolongaba hasta el fondo y luego, en vez de desaparecer, hacía un quiebro

a la izquierda para ampliarse en una especie de inmensa estancia llena de mesas y de sillas y barriles cubiertos de costra grasienta impenetrable, de puro enigmática. Y más al fondo aún, otras estancias todavía, con sacos apilados de sabe Dios qué y unos inverosímiles servicios de damas y caballeros. El olor de “Las Sevillanas” era tal vez lo más digno de mención, un acre y muy penetrante aroma de aceitunas machacadas, grasa de naturaleza incógnita y humedad avecindada con alguna cuestión relativa, sin duda, a los conductos que llaman sanitarios. Por encima de la barra a lo largo de la interminable pared atestada de botellas a medio chupar de todas clases y formas, nada más entrar, te observaban siniestras cabezas de toros disecadas, con el adorno inferior de los correspondientes pares de banderillas cruzadas, bien visibles los colores de la bandera rojigualda. Y desde luego famosos carteles de inolvidables tardes en las que la fiesta hizo el éxtasis de tantísimos aficionados. Allí en la barra se acodaba mi padre ante un vino, que lo decían “chato”, en amena charla con el propietario, Antonio el de “Las Sevillanas”, ceutí de ojos azules inflamados de venas coloradas, siempre afable y de corta estatura. Y suponíamos que debían hablar de toros, digo yo, aunque nosotros los niños nos aplicábamos a la pepsicola, las patatas fritas y las aceitunas, antes de proceder a las carreras de chapas por los suelos infinitos del establecimiento de marras, totalmente desentendidos como es lógico de la charla de los adultos, que ni nos iba ni nos venía.

“Las Sevillanas” era una suerte de España Eterna Solitaria en día de domingo, esa España que dolía a los de la Generación del 98, y no es de extrañar. O también, algo bien concreto en que pensar cuando a los curas les daba por hablar de *este valle de lágrimas*. Porque en “Las Sevillanas” el tiempo discurría a lo sórdido, como si dijéramos, haciéndonos sentir ya de niños esa cierta dificultad de ser, esa murria indescriptible de los domingos por la tarde con toda su angustiosa soledad metafísica, ese vacío pringoso en que se te quedaba varada el alma, por muy rodeado de tu familia o de los amigos que estuvieras. El domingo en “Las Sevillanas”, después de la hora del vermú, eras tú aplastado por todo el peso de la existencia, sobrecogido por la sordidez que todo absolutamente todo rezumaba, tapado por un velo o una sombra mortales que te hacían opaco el brillo del sol. La luz o la vida no tenían nada que ver con

el vientre pútrido y el aire envenenado de “Las Sevillanas”, pese a la bondad humana pero inquietante, tan evidente y tan sin trampa ni cartón de Antonio el ceutí del fez colorado (no sé por qué, pero recuerdo muy vagamente que a veces llevaba puesto un fez colorado, debe ser porque de vez en cuando lo llevara puesto).

“Las Sevillanas” era, en definitiva, la caverna de Platón en que había devenido inevitablemente, como remate y culmen, el ser profundo de la España eterna en el Tardofranquismo: los nuevos españoles que éramos los hijos de mi padre, allí pasando enterrados la hora del aperitivo del día más neutro y letal de toda la semana, teníamos el cuello inmóvil de modo que nuestra mirada estaba fija en las cabezas disecadas de los toros muertos en la fiesta nacional, sobre el par de banderillas cruzadas con los colores de la enseña patria. Y no había más, aquello era la realidad para los niños del Tardofranquismo, sin saber que aquello era demasiado extraño para ser del mundo o por lo menos de todo el mundo, que el mundo era mucho más vasto, mucho más diferente sobre todo: mucho menos sórdido, a Dios gracias. Sordidez de la mano del aburrimiento de la muerte en vida, atrapados en aquella caverna de Platón, lo que nos ocurría era que no vivíamos, no podíamos vivir, teníamos los ojos y los oídos completamente sumergidos en el barro y el asfalto y el cemento polvorientos del puro suelo de las calles aquellas del barrio. El remate necesario de la larga noche de piedra.

Así que, como de momento vivíamos en estado de vida congelada o vida suspendida, vida de tarde de toros y de semana de comentarios taurinos, para la adolescencia nos iba a quedar la sagrada misión de abrirnos paso hasta la luz, la realidad verdaderamente real del mundo que no es este, no es este espantajo tan gris y tan anémico, en un país paradójicamente tan soleado y vivo como el nuestro. El mismo Antonio el de “Las Sevillanas” dijo en una ocasión algo chocante que tal vez me diera una pista de lo que allí ocurriera, en la caverna platónica o el valle de lágrimas: “¡Cómo se nota lo bien que le va a esta familia!”, acertó a exclamar con arrobos, un domingo cuando ya nos íbamos, mientras paseaba la mirada por el grupo que formaban los integrantes de aquella familia que era la mía. Y yo me quedé meditando, como de costumbre, intentando hacerme una idea aproximada del recto sentido de sus

extrañas palabras, extrañas por inopinadas, porque no las pedía el contexto, porque no venían a cuento de nada. En seguida caí en la cuenta de que se debía de estar refiriendo al dinero, a la situación económica de mis padres, y es que a mí me había parecido oír que a Antonio el de “Las Sevillanas” no le iban nada bien las cosas precisamente en ese sentido. Naturalmente, con el relativo progreso que se empezaba a notar ya entonces, sin embargo, las relativas mejoras educativas pero también de la higiene general, allí en el antro aquel casi no entraba ya nadie que no estuviera poseído por el raro gusto de lo siniestro y de lo antiguo.

Lo primero que me sorprendió del comentario del dueño de “Las Sevillanas” fue darme cuenta de hasta qué punto puede estar equivocada la gente en su juicio de la situación económica del prójimo (en efecto, a mis padres justamente entonces no les iba bien en ese sentido económico, y la bondad natural de Antonio hacía muy improbable que hubiese ironía en su chocante observación). Pero además, me ganó la reflexión de lo relativo que es lo del estatus económico de las personas. Si a nosotros no nos iba bien por aquel entonces en lo referente al dinero, a Antonio el de “Las Sevillanas” podía irle, en efecto, bastante peor o incluso mucho peor que a nosotros. Y también, que en la vida nunca se puede sentir uno completamente seguro, en el sentido sobre todo de que el dinero lo mismo que viene, llenándote de alegría y de orgullo, va y te abandona, lanzándote a la desesperación y a la angustia del sinvivir que es el vivir sin un duro.

Pero sobre todo, al hilo de las palabras del dueño del antro, parecía poder zanjarse definitivamente, y del modo más limpio y simple, la cuestión de la sordidez de la existencia humana, la caverna de Platón o el valle de lágrimas de los cristianos que por aquellos tiempos tantísimo mandaban. Si tantos hombres no consiguen deshacerse de la angustiosa certidumbre de que aquí en este mundo o en esta vida se hallan viviendo cual desterrados en un tristísimo exilio, con el sentimiento anonadante de ser extranjeros en su familia, con sus amigos o en su país, ello se debería únicamente al hecho de la falta de desarrollo económico de la sociedad en la que se hallan insertas sus vidas. Por ejemplo, lo tan castradoramente sórdido de aquellos tiempos, patentizado del modo más nítido a todos los que se aventuraban a entrar de aquel antro al que

nos llevaba mi padre, digo yo que por pura amistad con su dueño, “Las Sevillanas”, tenía un arreglo facilísimo desde el punto de vista teórico: una inversión de varios cientos de miles de duros. Pintura fresca y alegre de colores vivos, cambio radical de la decoración, iluminación nueva, y sobre todo limpieza y mucha desinfección, arreglo completo de los saneamientos y los sanitarios...incluso aquello tan tonto del hilo musical, o mucho mejor, sugerente música francesa, tenue aroma de ambientador con algo de clase. Y todo lo demás que queramos imaginar y que sólo da la inversión.

En una palabra, de la caverna se saldría a la luz de la verdad subiendo por la escalera del dinero: sólo el dinero lavaría efectivamente la sordidez del mundo, matando los grises y dando vida al color. Lo que llamamos progreso habría de ser progreso efectivo, progreso de las condiciones materiales de la existencia humana, y no en cambio, por ejemplo, la “historia de la salvación” protagonizada por la ciudad de Dios en su difícil travesía terrenal. Porque ese progreso efectivo no ha de ser una mera idea, una burbuja de jabón tornasolada, sino realidad que se nos impone, realidad que se palpa en el cambio de aspecto de los barrios en nuestras ciudades a golpes de inversión. Los comercios, los bares, los colegios, los bancos, sobre todo los bancos, van cambiando sin cesar, va aumentando el brillo de sus paredes, el efecto seductor de sus anuncios, la luz de colores de sus reclamos. Para ser absolutamente concretos: en la actualidad, donde en mi niñez nos esperaba el establecimiento “Las Sevillanas” con su boca de mal agüero abierta a la espera del cliente del tiempo de Maricastaña, para tragárselo en la anestesia o en la desazón, tenemos hoy un *Burger King* de alegres colores de plástico en el que se arremolinan los adolescentes ansiosos de esa carne tan apetitosa que allí expenden, con helados y juegos y patatas y bebidas. Y en el *Burger King* ya no habría valle de lágrimas, ya no hay nada sórdido de la vieja España, precisamente porque allí el dinero, aunque en mínimas cantidades cada vez, circula constantemente sin tomarse un solo minuto de respiro, y todo lo vivificaría haciéndonos olvidar que alguna vez vivimos en un oscuro e inhóspito exilio del espíritu. Chorros de dinero lavan la sordidez del mundo, son la luz que ilumina el mundo, la que nos libera definitivamente de esa dificultad de ser que a lo largo de nuestra historia de pobres de solemnidad habíamos siempre

experimentado, llegándola por ello a considerar erróneamente la definición misma de la condición humana.

El tiempo del *Burger King* es el de la memez al alcance de todos, la memez democrática de la risa tonta, todos bailando en el aire, aparentemente libres de toda carga, sobre todo de la carga de la angustia. Y eso es lo que nos da el dinero, la liberación de la angustia.

Años después, en los tiempos en que todavía se erguían “Las Sevillanas” con toda la potencia impotente de lo siniestro, marcando con una contundencia que parecía mentira la fisonomía y el tenor del barrio, mis compañeros de estudios y yo todavía desconocíamos este efecto limpiador de lo sórdido que es propio del dinero, y habíamos dado en creer, en nuestro delirio adolescente, que la literatura en general podía ayudarnos en la fuga de nuestra caverna y en la conquista de la luz, la luz de nuestro barrio y con ella la luz de nosotros mismos. Por eso hablé con mi padre de nuestro interés en celebrar tertulias literarias y él me sugirió con absoluta seguridad que el lugar indicado no podía ser otro que el enorme salón posterior de “Las Sevillanas”, de pútridos aromas de efectos como los de las Musas. Y habló con su amigo porque yo era dócil o ignorante. Así que los viernes por la tarde leíamos allí a Juan Ramón Jiménez y a Miguel Hernández, y discutíamos sobre Camus y Nietzsche, haciendo nuestros primeros ensayos en la crítica más o menos creativa. Y lo hicimos envueltos y aherrojados por aquellos olores, por aquella humedad maternal de váter obstruido, por aquellas paredes descoloridas con cráneos de toros colgados. Por lo que era inevitable que la luz tardara en comparecer, es decir, persistía lo sórdido en “Las Sevillanas”, algo demasiado local pero que a todos nosotros se nos antojaba lo sórdido del mundo y lo sórdido de nosotros mismos (tal vez por eso florecía en aquellas tertulias el “género” literario de las Confesiones). Ignorábamos en aquella juventud nuestra, recién estrenada, que la actividad espiritual no era capaz de sobreponerse del todo por sí sola a la miseria ambiente sin quedarse de algún modo condicionada y marcada por ella. Aunque, si uno lo piensa, sin duda sería pura demencia ponerse a leer a Juan Ramón Jiménez en voz alta en un *Burger King* dirigiéndose a los que allí mastican y ríen, y lo sería mucho más, incluso, que hacerlo en “Las Sevillanas”,

de manera que la relación del espíritu con la miseria y el mal gusto dista mucho de ser tema resuelto, ni tan siquiera mínimamente aclarado.

#### 4. *Un rico*

Por aquella época de mi primera adolescencia, en el quinto vivía un rico aproximadamente, si mal no recuerdo. Don Luis era naturalmente todo un caballero español, de una edad ya bastante avanzada y un aspecto como corresponde, en figura y vestimenta, aunque a decir verdad yo sólo lo pude ver una o dos veces. A Don Luis todo el mundo le ponía sin vacilar el don delante, por la sencilla razón de que, según se decía, *estaba podrido de dinero*. Y además porque había hecho fortuna del único modo que por aquel entonces podía representarse un adolescente que la gente la hace, es decir, por medios, en el fondo, sólo comprensibles para él, si hubieron de ser honrados. Pues de Don Luis se contaba que era “inventor” de productos químicos con aprovechamiento farmacéutico casi milagroso, como por ejemplo unas gotas para la tos. Sintetizando ignotas sustancias con sus artes misteriosas don Luis laboraba por el bienestar de la humanidad, nada menos que por el alivio o incluso la curación de los enfermos, y entonces era lógico, pero sobre todo justo, que fuese muy rico. De manera que al niño que esto escuchaba se le iluminaban la inteligencia y el corazón al comprobar cómo se realizaba la justicia en el mundo de los hombres: tanto aportas a la sociedad, tanto ganas, así que todo es ni más ni menos como tiene que ser, y así no cabía duda de que la vida era, una vez más, maravillosa.

Por eso Don Luis es de suponer que no tuviera que tener ningún problema en pagar el precio de su casa, no como mis padres, que al parecer las pasaban moradas para intentar conseguirlo, hasta el punto de que al final no lo lograron. Pero no se le veía mucho a Don Luis en el vecindario, ni tampoco hablaba con los vecinos de las cosas de aquellos días. En realidad cuando se le veía pasar se hacía un profundo silencio de temor reverencial, como si su muy alta categoría nos remitiera a esferas superiores, a ámbitos por encima incluso de las regiones del ser propiamente dicho, igual que el Uno de Plotino. Porque don Luis tenía carisma, se le notaba perfectamente, se le echaba de ver el aura de rico, y eso él lo sabía muy bien porque nunca nos miraba a los ojos

directamente sino que iba con la vista puesta en las alturas y nos saludaba con un movimiento lateral de la cabeza, entre solícito y mesurado. Es decir, estaba clarísimo que no era un simple mortal sino un poderoso caballero, aunque jamás hiciese ostentación alguna de su riqueza ni le acompañara fama de gastador, de frecuentador de fiestas, bellas mujeres, carreras de caballos, espléndidos viajes ni nada semejante. El poder de don Luis se contenía en la mera posibilidad de todo ese inmenso gasto, en el mero conocimiento que todos teníamos de esa posibilidad casi infinita. Y habría que añadir que el brillo de su aura de potentado, y el resplandor de su excepcionalidad, se multiplicaban justo en la medida en que nunca derrochaba el dinero, sino que lo conservaba bien retorcido en sí mismo, bien acrecida su potencia en el contacto consigo mismo. Un rico derrochador y ostentoso no pasaría de ser una persona completamente corriente, del montón, pero con mucho dinero, que algún día lo va a perder, casi con toda seguridad, a merced no sólo de sus pasiones sino también de los gorriones y de los falsos amigos y de las falsas amantes y de los hijos falsamente agradecidos. Pero un rico de vida ascética, como don Luis, viviendo allí solo con su hija (o nieta) Matildita, la de las largas trenzas negras, un rico que apenas dejaba su vivienda para hacer breves recorridos en su coche negro con chófer, un rico que nos hacía quedar paralizados con nuestra fascinación en la mera posibilidad o potencia del gasto absolutamente astronómico que su nombre representaba, era un personaje que no pertenecía a este mundo, al nuestro, el de la estrechez, la necesidad y las dificultades de pagar un piso que no se ajustaba para nada a la solvencia económica del más común de los mortales. En una novela de Gonzalo Torrente Ballester se insiste en la enormidad de la impresión que el padre Azisclo Azpilicueta causaba a las gentes de Castroforte del Baralla, la ciudad que se columpia, se insiste en el descomunal respeto que todos le tenían, sobre todo las mujeres, porque no se sabía de ninguna indiscreción ni de ningún desliz sexuales en que hubiese incurrido a lo largo de más de treinta años de entrometerse en todos los asuntos más íntimos de la ciudad. Impresión y respeto que menguaron considerablemente con lo que le iba a ocurrir al tal padre tras la llegada de un bello seminarista. Don Luis, en efecto, hubiese podido llevar a cabo con facilidad pasmosa lo que soñaban por la noche todos

y cada uno de sus vecinos en sus sueños más desbocados y hasta delirantes. Y nunca se supo que se hubiera dejado ir en ninguna de las maneras en que los humanos nos soltamos cuando nos tientan y podemos. Claro que se decía que la clave del comedimiento increíble de don Luis radicaba en una enfermedad que no le dejaba vivir y que no corriendo mucho el tiempo le terminaría llevando al cementerio. Así que su templanza venía de la necesidad y del amor a la supervivencia más que del amor a la virtud.

Al adolescente que se le contaban estos detalles de la vida ascética del creso, pues siempre abundan los chismosos que lo son más por vagos que por verdadera vocación de chismosos, y es que en realidad vocación no tendrían ninguna, o si la tienen casi nunca le hacen caso, al adolescente que oía todo esto se le representaba que también se hallaba incluida la situación de don Luis en el régimen general e implacable de la justicia cósmica dictado por los Poderes Superiores. Porque no sería justo ser tan rico, estar tan exento de la mayoría de las calamidades que azotan a los mortales desde que vienen al mundo hasta que salen de él, sin que los Poderes Superiores no le hayan aplicado a uno algo así como una sanción compensatoria, por ejemplo, en forma de enfermedad incurable. Era por otra parte la única manera de que los ricos se librasen del resentimiento de la gente digamos normal, un resentimiento que puede llegar a ser como una bomba de relojería, sumamente peligroso para el bienestar de los ricos o para la posibilidad de que lo sigan siendo. Hay quienes piensan que este resentimiento delata a la gente baja y malvada, absolutamente incapaz de hacerse rica por su pereza o falta de inteligencia, personas que entonces pagarían su inoperancia con la dolorosa pero aliviadora descarga del negro veneno de la envidia, un veneno que a veces se puede pensar que realmente mueve el mundo en casi la misma medida que el dinero. Pero es que hay biografías tan desgraciadas, en circunstancias tan injustas desde el mismo punto de partida, que no nos dan otra opción que juzgar que a veces el resentimiento es absolutamente normal y está justificado. Incluso que si no hubiera resentimiento en muchas personas en lugar de personas serían monstruos.

De manera que a don Luis los vecinos le perdonaban su enorme riqueza consolándose con el pensamiento de que no podía disfrutar a fondo de ella

porque estaba enfermo. Pero tampoco nadie le tenía pena porque, como todo el mundo sabe, cualquier enfermedad, con mucho dinero, se haría hasta llevadera. Entonces, si no había envidia ni compasión, vivía don Luis en una situación de neutralidad social perfecta, como en el cielo o en el Olimpo, como el Uno de Plotino, irradiando ese resplandor que viene directamente de los Poderes Superiores. Entonces, ¿por qué se decía de él que *estaba podrido de dinero*? Reparar en esta expresión tan del pueblo es importante porque sólo haciéndolo podremos tomar contacto con la filosofía popular que hay que considerar universal, con independencia de las épocas y las culturas. Esa filosofía es completamente anti-relativista y anti-escéptica, en efecto, y viene a estar persuadida en firme de conocer el sentido de la vida. *El sentido de la vida humana es hacer dinero y aumentarlo*. Quien diga lo contrario miente o es un idiota. Se puede discutir sobre si el placer o la fama dan la felicidad, por el aquel de discutir algo y así pasar el tiempo que nos deja libre la búsqueda del dinero, pero a la única verdad vamos a parar en cuanto reparamos en que el placer y la fama nos los daría el dinero, y al cabo sólo el dinero. Y en cuanto a todos esos chalados que alguna vez dicen que el fin de la vida humana es el conocimiento y el arte, basta para que se callen con hacerles ver que el conocimiento sólo sirve si su producto da dinero, y que el arte en realidad sólo vale como arte si no es sino dinero que fluye en el mercado del arte. De manera que, sin duda, lo que se quiere decir cuando se afirma que alguien *está podrido de dinero* no es otra cosa que ya hace mucho que habría cumplido o realizado su misión como ser humano, y entonces propiamente nada más le queda por hacer en la vida, como no sea añadir dinero a su dinero, seguir acumulándolo para realizar el fin de la vida humana en sus afortunados sucesores (es de suponer, en el caso de don Luis, que su hija, o nieta, Matildita, la de las largas trenzas negras pero de aspecto vulgar, no lo había dicho antes, iba a ser la feliz heredera de una persona *podrida de dinero*). Por eso estaría *podrido* o sería un *muerto viviente*, porque ha consumado felizmente su existencia de persona humana y entonces ya podría gustar la muerte o estirar la pata del puro placer que sólo puede traer la perfección. En suma, estar podrido de dinero es lo mismo que ser (estar) *perfecto*, redondo, totalmente hecho o acabado.

Yo nunca crucé palabra con don Luis, naturalmente, me limité a contemplar con la boca abierta el paso de su figura de mediana estatura, fija su mirada en el mundo de las ideas o más arriba aún. Haber hablado con don Luis hubiera supuesto el imperdonable atrevimiento de arañar con mis pobres manos de adolescente más bien pobre su perfección hecha de muchísimo dinero immaculado, una fortuna máximamente justa de inventor de cosas de farmacia que sirven para tantísimas cosas buenas como aliviar o incluso curar a tantos enfermos de la tos. Y es que por aquel entonces yo casi ni me atrevía a hablar demasiado con mi propio padre, el producto de cuyo trabajo nadie sabía a ciencia cierta para qué servía exactamente.

El rico de mi edificio, más que estimularme a ser rico yo también y a trabajar para serlo, es decir, más que incitarme con su ejemplo a esforzarme en favor de la comunidad humana y su bienestar, lo cual se nos dice sería el insustituible cometido pedagógico de la riqueza y de las élites opulentas, me dejaría con un sabor amargo en la boca y con un malestar difuso en todo el cuerpo que hoy a veces todavía se me manifiestan. Un sabor amargo y un malestar de fondo, originados del pensar que tampoco se sabe bien cuál sería el valor de mi trabajo para la sociedad en términos de dinero, que es lo único que mide el valor, o incluso que no se sabe bien si mi trabajo tendría algún valor en absoluto. Es decir, mi problema con los ricos, en los que al parecer se encarna y se ha encarnado siempre el ideal de la justicia, es que comparándome con ellos me siento un inútil y un polizón, casi un parásito. Mi problema con los ricos, entonces, es la culpabilidad, un problema que puede que se me quitara haciéndome rico. Lo malo es que yo antes, durante mucho tiempo, había atribuido esta culpabilidad mía a causas espurias que nada tenían que ver con la verdadera cuestión. Pero mucho me temo que ya no es tiempo, ni lo tengo, de hacerme rico.

*Casavieja (Ávila) ca. 1972*

*Donde continúa emergiendo lo real que la educación había pretendido desmentir sin por supuesto conseguirlo, pues no en vano nos distanciamos de lo real justo en la medida en que nos apartamos de lo*

zoológico. Y donde además se muestra que a la edad adolescente ocurre más que en otras edades que ignoramos lo que ya sabíamos siempre. Con lo que se provoca un peligroso efecto de perplejidad. Pero no es para preocuparse porque donde está el peligro se encuentra también la salvación.

## 5. Falos

Recordaría claramente Melquiades con tal de quererlo las mañanas aquellas de la Sierra, en la misma raya entre Madrid y Segovia. Todo lo de aquel entonces se venía a resumir para él y sus compañeros, sobre todo, en un no saber sabiendo, como si estuviera envuelto ese tiempo en una neblina difuminadora y confundente de todas las formas de las cosas y de las personas, neblina que lo hiciese tenue pero no obstante hiriente como nunca más en adelante. Y era que a los curas les daba por organizar aquellos campamentos de Julio monte arriba pero todavía en la provincia de Madrid, no se sabe si por imposición de las autoridades del ramo educativo o *motu proprio*. En uno de ellos, todavía más niño que ahora, Melquiades habría podido escuchar de noche en la radio lo de la llegada del hombre a la luna. Allí por aquel entonces hasta se izaba y se arriaba bandera, la de los que ganaron la Guerra, claro, e iban unos señores por allí andando todo el día de azul y pantalones cortos como falangistas. Era aquello en resumidas cuentas muy raro, porque parecía responder a alguna lógica de fondo que a todos aquellos muchachos se les escapaba por completo. En realidad se les escapaba también a los adultos, pero con todo y con eso nos era presuntamente presentada como algo de todo punto *natural*, simplemente lo normal y lo corriente. De todo punto natural, cuando en absoluto lo era, como aquello de que por medio de una escuadra formada delante de su tienda no había de pasar ni Dios, como no fuese de cadáver. Los trataban como si fuesen militares o algo por el estilo, aun cuando eran chicos apenas de once años. Y uno de los de azul con pinta de más loco les disertaba por las tardes sobre el significado de ser falangista, arcanos que les traían al fresco a todos. En general, durante los años de su educación absolutamente todo venía a consistir en que a

Melquiades le eran presentadas cosas delirantes, rarísimas, como si fuesen naturales, y para colmo como si hubiera que quererlas o identificarse con ellas. Andaba también por allí deambulando un casi enano que al parecer les ponía la comida, el cocinero que trabajaba también para los curas durante todo el curso. Le llamaban Cano, todos le llamaban Cano, como si no tuviera nombre de pila. Y era nada más pronunciar su apellido cuando Melquiades se acaloraba, porque al parecer recordaba con nitidez al tal Cano subido a un terraplén entre los árboles de la Sierra, con el pantalón corto bajado hasta los tobillos y su enorme falo enhiesto como indicando, altivo y desafiante, a la alta bóveda azul celeste surcada de nubes a medio romper (pensaban todos que tendría sin duda algo que ver el falo tremendo de Cano con el hecho de que las nubes estuvieran medio rotas en el cielo). Los chicos todos allí congregados, observándolo boquiabiertos, claro está, atónitos ante aquel espectáculo de tanta contundencia y desproporción en las formas corporales, cuando de repente, inspirado, uno de ellos va y le sacude recio a un pino con un hacha de palo rojo violento, hendiéndole en su parte baja: “¡Cano aquí tienes un coño!”. Y el mencionado cocinero de los curas corriendo alborozado a fingir que introducía aquello tan contundente y desproporcionado en la raja horizontal del pobre pino, mal afeminado del hachazo.

Recordaba otra cosa Melquiades de aquel tiempo de extrañas reglas, y de más extraños sucesos que no se ajustaban en absoluto a las reglas. Por ejemplo, lo que le pasó con Bermejo, uno grande y fuerte que no decía nunca nada, sólo sonreía y te miraba enigmático, a no dudarlo para que te imaginaras lo peor. Ocurrió que un día nefasto vino de improviso a por Melquiades a todo correr Bermejo, con una indescriptible mueca cuajada en el rostro, y Melquiades al verle acercarse no se sabe qué imaginó, él sólo recuerda que imaginó que podía pasar algo de todo punto inaceptable, de manera que echó a correr monte arriba, sereno pero a la vez despavorido. El tal Bermejo detrás, por más de una hora monte arriba pisando helechos en sañuda persecución del pobre Melquiades, se le oía jadear como con rabia en su trabajoso ascenso de gordo remolón. No consiguió darle alcance, de tanto como corría el otro, el caso es que Melquiades volvió a bajar al campamento al cabo de dos horas con la certeza de haberse librado de una buena.

Y todo eso lo recuerda ahora Melquiades metido en su saco de dormir, esperando a conciliar el sueño en el suelo del enorme pajar. Aquella Semana Santa tan lluviosa se les había estropeado la marcha prevista por los Montes de Gredos, no habiendo tenido más remedio que refugiarse durante varios días en el gran establo cedido por el Ayuntamiento. También lo usaba, a la sazón, el mismísimo ejército español, para que los sementales de lo caballar cubriesen a las yeguas que les iban llevando los palurdos de los alrededores.

Un señor bajito vestido todo él de pana marrón y con boina conducía a la yegua, realmente de muy buen ver, una real hembra, con el rabo atado hacia arriba de un modo en verdad alarmante, para acabarla poniendo en medio del recinto, oferente pero sin duda a la vez ausente. De golpe y porrazo hacía su entrada de no se sabe dónde, explosivo en erupción, el semental plateado y moteado de más blanco; un semental enorme, desmedido, como el rayo de Zeus, trotando, resoplando, coceando, brincando, babeando. Melquiades y sus compañeros percibieron en ese momento, de algún modo, la tragedia que se mascaba, pero bien resguardados entre las balas de paja del fondo. Cuando el caballo fijaba al cabo sus ojos en la yegua de rabo levantado, se enfurecía hasta el paroxismo, era para dar miedo, de puro macho. Claro está que no tardaba casi nada en irse encima de ella resoplando más y más, pero del mismo entusiasmo o frenesí animal no acertaba a cubrirla, era imposible, no podía atinar con aquello. Hasta que tenían que acudir dos como torvos peones de sucio uniforme que ahora servían a la patria enderezando y llevando a su objetivo natural una descomunal verga equina que andaba volteando el aire como suelta, como perdida, sin saber dónde encontrar la paz, bien enchufada. Con la penetración que aquella pértiga perpetraba enseguida con la ayuda de aquellos cejjuntos operarios, hete aquí que hendía la atmósfera, simultáneo, un alarido estremecedor que helaba la sangre y que supuso Melquiades saldría de la yegua, aparte de esto no se hacía notar la pobre, ciertamente tímida. Luego venía el renuente bajarse del semental, descabalgando dificultoso, con la aún gigantesca manguera vertiendo un río galáctico en todas las direcciones del espacio, mientras los dos peones se las arreglaban como podían para conducirlo a la pila a darle una refriega en el falo en el agua. Por cierto que era la misma pila en que los scouts aquellos lavaban los platos después de comer,

una pila muy vieja, con un fondo legamoso de pasta inmemorial de espermatozoides de caballo.

Todas estas cosas las iba meditando en su corazón el atónito niño Melquiades, estupefacto de toda aquella vida tan rara, tan chocante; lo meditaba todo, ávido de encontrarle una algo sensata clave tranquilizadora, mientras en el establo o pajar se hacía esperar el sueño, atraído por la absoluta oscuridad reinante, bien envueltos los exploradores en sus sacos de dormir, echado él al lado del líder Roberto, un lugar sin duda de privilegio que concitaba el respeto pero también la envidia de los iguales. Ese Roberto que también le pasmaba lo suyo, con todas sus manías de referirse siempre a él, que si Melqui ahora vete al pueblo por pan y mermelada, que si Melqui tienes el pelo y los ojos a tres colores, que si tú Melquiades vas a dormir todas las noches a mi lado, faltaría más...todo ello más bien incomprensible, un angustioso desconocer lo que de alguna manera se conoce. Pero en el fondo era para estar orgulloso de que el líder montañero se fijara tanto en él sin que él hiciera absolutamente nada para lograrlo, le bastaba con estar allí. Sería eso el regalo de la amistad, no cabía duda ninguna, la amistad, lo más importante del mundo, el amor entre los hombres; aunque no dejaba de ser chocante que la amistad se le diese así por las buenas, sin pretenderla, sin tener que hacer nada por ella, sin merecerla en absoluto, y por otra parte con una persona de tan diferente edad. ¡Bendita amistad!, quería pensar Melquiades, al tiempo que se dormía haciendo memoria de aquellas cosas tan extrañas que tenía la vida. Para no contar siquiera que le volviera el extraño sueño de la noche anterior, una imaginación de algo que le rozaba su pene infantil con una insistencia realmente paralizadora, algo como una mano, debía ser, unos manejos a los que la única reacción posible para él había sido quedarse congelado, petrificado, paralizado, simplemente rogando que aquello tan incomprensible dejara de ser, se desvaneciera en el aire como un mal sueño, sin necesidad de hacer nada, sin tener que contestar nada.

El padre Huelga, de la Orden de Predicadores, no estando loco en absoluto, habría llegado hace bastante tiempo a la conclusión de que a todos aquellos machitos adolescentes les hacía muchísima falta la presencia femenina,

simplemente para no enloquecer; les urgía convivir con mujeres de su edad que pudiesen atajar de raíz, con su mera presencia, con sus palabras, la incontenible tendencia al delirio y al sadomasoquismo que invariablemente se acaba por apoderar de los varones cuando están encerrados unos con otros, cociéndose todos a fuego lento en el jugo de su propia testosterona.

Todo iba a acabar para aquellos estudiantes, ya casi mujeres y hombres, con el consabido viaje de fin de estudios, a la tierra que entonces les valía a todos ellos como símbolo de la libertad. Después de que el autobús les dejara en Pigalle con Clichy, una noche de primavera que olía a perfume de flores, y nada más bajarse del mismo, los jóvenes varones iban a ser dulcemente asaltados por un nutrido grupo de bellas mujeres que se hallaban allí congregadas, como esperándoles. Ochenta francos, gritaban todos, ochenta francos, aquellas señoritas tan esbeltas, tan rubias, y los estudiantes españoles, como despertados de un sueño, ochenta francos y la cama, que por cierto estaba en el mismo hostel que habían contratado los curas. Se acuerda muy bien Melquiades de su compañero de pupitre Rafa Calvo pidiéndole dinero porque a él no le llegaba con el suyo, su prisa era agobiante, una urgencia incontenible, salvaje, que se convertía en auténtica violencia. No era que le pidiera dinero a Melquiades, en realidad se lo quitaba a puñetazos, y a punto estuvo de enfadarse con aquel compañero tan entusiasmado su novia, tan generosa, tan católica ella. Melquiades iba con su novia a París, allí llegaron los dos, de modo que aquellas mujeres tan guapas le supieron esquivar todas con muy buen criterio, como intuyendo la unción de una pareja formal.

*La Carihuela, (Málaga), ca. 1973*

#### 6. *Money Makes the World Go Round*

Nietzsche dejó escrito que todavía no hay un fin que sea el fin de la Humanidad, y por lo tanto aún no habría Humanidad como tal, sino sólo pueblos, cada uno de ellos con su tabla de valores diferente de la del pueblo vecino y extraña para él. Más de cien años después de su muerte podríamos decir, en conformidad con la inmensa mayoría, que Humanidad ya la habría porque todos tenemos la misma finalidad en la vida: conseguir el dinero, hacer dinero, para sobrevivir o si no por puro gusto de gastarlo. En sus momentos

más odiosos, más tremendos, el mismo filósofo se preguntaba retóricamente que si no tuviesen la necesidad de ganarse la vida en qué iba a emplearla y gastarla el sinnúmero de fracasados, desheredados y desposeídos. ¡¡Qué iban a hacer, a qué se dedicarían, los pobres, si no dedicaran casi todos sus días a ganarse las monedas que les dejan seguir viviendo para ganarse las monedas que les dejan seguir viviendo!! Parece que ganarse la vida habría sido siempre la finalidad de la vida, por lo menos para la inmensa mayoría. Algo podemos pensar que animal, escasamente humano, o tal vez, algo definitivo de lo humano, que por eso debe ser superado, si lo decimos en la línea marxiana o nietzscheana. Lo humano de verdad o lo sobrehumano se alcanzaría entonces en el tan improbable momento en que fuéramos una potencia más allá de la mera autoconservación, más allá de la mera ganancia, del dinero.

Sin duda que también “los más desfavorecidos”—como se les sigue llamando, sobre todo en los telediarios, con una desvergüenza o una falta de pensamiento que mete miedo— habrán de consumir su vida, como hemos hecho siempre casi todos, ganándose la vida, *earning a life*, y recuperando las fuerzas de vez en cuando para poder seguir mañana a la caza del dinero. Algo, según muchos, definitivo de lo humano y de su estado de necesidad, la maldición bíblica famosa o la expulsión del paraíso. Con tanto trabajo no habría manera de hacerse semejante a Dios o deificarse, por eso fuera la expulsión del hombre, en el fondo, autodefensa divina. “Los más desfavorecidos” son legión, y andan y vagan por los cuatro costados del planeta buscando que se les contrate, que se les acepte, que se les adopte incluso. Andan buscando cualquier cosa que comer y que dar de comer a sus hijos. Y todo lo que no sea buscar trabajo, o trabajar, es descansar para poder volver a buscar trabajo, o trabajar.

En nuestra Constitución de 1931, la de la Segunda República Española, se hablaba del trabajo como de una obligación de todo ciudadano, en línea con el mensaje bíblico. Y es que la burguesía, como antes la aristocracia, había criado a mucho holgazán desocupado que se entretenía seduciendo mujeres trabajadoras, o si no conspirando contra la República con delirios de grandeza. Y quien no trabaja es simplemente un parásito que vive del trabajo ajeno. Pero la inestabilidad de las condiciones laborales nos traería también el concepto

simétrico del trabajo como *derecho*. Porque no sólo resulta que quien no trabaja no come, ni come ni tampoco “hace el amor”, sino que a fin de cuentas no se *realiza* como ser propiamente humano.

Nada de esto tendría ningún misterio, todo lo contrario, se entiende la mar de bien, y a decir verdad resulta ocioso traerlo aquí a colación. El dinero *mueve* el mundo, o lo hace girar, en primer lugar en ese sentido obvio de que hay que comer, “hacer el amor” y además crear poco más o menos. Pero a lo que sí costaría mucho más trabajo enfrentarse es al enigma que para la gente de bien, y con entendereras, representaría el puro *coleccionista de billetes*. Porque eso de coleccionar billetes, y encima mover así el mundo, sería algo completamente diferente de la comprensible necesidad de dinero. Pero se puede pensar que es justo a ese exótico coleccionismo a lo que apuntan los que insisten en la universal filosofía de que *el dinero mueve el mundo*. El dinero se da cita con el dinero en Guinea Ecuatorial al olor del petróleo, y entonces esa cita del dinero consigo mismo revoluciona ese país, sobre todo la vida de la clase dirigente, que se hace muy rica. Por poner un ejemplo. La que resulta, se mire como se mire, profundamente enigmática, por lo menos así de entrada, es la figura humana del coleccionador de billetes en sí misma, aquel sujeto que al coleccionarlos resulta que *mueve el mundo*. Sobre todo si consideramos la opinión que asegura que lo que de verdad le ocurre al coleccionador de billetes es que *no sirve para otra cosa*. Porque ¿cómo puede ser que los que no sirven casi para nada, con esas sus actividades tan extrañas *muevan el mundo*?

Y tampoco nos referimos al gran comerciante que hizo el mundo moderno y circunnavegó el planeta abriendo todas sus sendas a los hombres. Aún hoy no se deja de insistir en que los humanos es mejor que nos entendamos intercambiando billetes que bombas y proyectiles. En el enfrentamiento entre dos modos de entender la civilización, el guerrero y el comercial, nosotros alabamos muy pacíficamente a este segundo, olvidando por completo que los cañones le abrían la ruta al comercio, o se la aseguraban. Es muy usual ensalzar al comerciante por encima del guerrero como significando un progreso de la civilización, motivados como estamos casi todos por nuestras convicciones pacifistas. Pero no pasa de ser toda esta cuestión una simple ilusión, pues el dinero y los cañones siempre van de la mano, los cañones

serviendo al dinero. La aristocracia de la sangre (de la sangre derramada) acabará ineludiblemente poniéndose firmes ante la aristocracia del dinero.

El dinero es lo que hace girar el mundo, y si no que se lo digan a los muchos millones de jóvenes que vagan todo el día sin nada bueno que hacer por entre las callejuelas y las horribles plazas de los barrios miserables de nuestras ciudades. Hay muchos países en que es seguro que bastarían menos de dos mil euros para hacer que uno o dos de esos jóvenes manden al otro barrio a cualquier enemigo que uno tenga. De manera que por poco dinero se tiene el poder máximo, el poder de la vida y de la muerte sobre los hombres. Y además el de convertir en asesinos de por vida a unos muchachos hundidos en la más negra de las miserias. Por eso el problema del dinero nos tiene que hacer sentirnos tan profundamente inseguros, en el quicio de la paranoia más devastadora. Y es que cualquiera que nos odie y tenga algo de dinero puede estar ahora mismo cerrando una especie de contrato que vaya a poner fin a nuestros días mejor no pensar cómo.

Pero volvamos a nuestro punto, que, como estamos comprobando, se nos resiste. ¿Cómo es posible que existan los coleccionistas de billetes? ¿Son de verdad reales? ¿Los hay? ¿Es posible que los haya tan inútiles, tan sin vocación, tan vacíos, que se tengan que dedicar precisamente a eso? Porque la vocación de enriquecerse sin límite es la vocación de todos y de nadie, o sea, no es ninguna vocación especificable, porque se le supone en tiempos como los nuestros a cualquier mortal nacido de mujer. Las grandes empresas comerciales de antaño habrían dejado tras de sí un cierto aroma de romanticismo. No sólo se arriesgaba el dinero sino la propia vida y la vida de los hombres, y por otro lado se descubrían muchas cosas por supuesto más interesantes que el dinero mismo, brotaban poetas, geógrafos, antropólogos, historiadores, novelistas, filósofos...tras la estela del dinero (en el sentido de colocados en esa estela, y no en el de ir tras el dinero mismo). Las grandes empresas comerciales a escala mundial han sabido adornarse con el oropel de una vida más elevada que la vida de la mera ganancia económica, de la que tanto hablan los boletines de noticias de la BBC. Y bien pudiera ser que esta sea la manera decente que tenía la ganancia económica de presentarse en sociedad, en tiempos no tan cínicos como el nuestro, en el que se oye incluso

aquello de: “no lo hice por cualquier cosa, lo hice por dinero”, como disculpa *moral* que todos pueden entender en tanto hombres modernos. Desde los noticiarios de la BBC se nos insta a cambiar culturalmente, a sumarnos a una gran revolución, es decir, a cogerle verdadero gusto a hablar y a hablar de dinero las veinticuatro horas del día, seguro que porque así nuestra existencia mejoraría al instalarse en la verdadera realidad de las cosas.

Esta revolución del cinismo monetario a la que se nos llama ahora, hace tiempo que la realizaron muchos, y a mí me fue dado conocer a algunos de ellos. Por ejemplo mi amigo Agustí, que al internarnos los dos en el núcleo de nuestra aparente amistad ponía la voz grave, toda la seriedad del mundo pintada en el rostro, y todo ello para decirme: “todo el secreto de la vida, como me decían mis abuelos paternos y maternos, consiste en comprar a cinco y vender a diez”. La verdad de la existencia, como filosofía de la vida del comerciante, es de una mediocridad que quita las ganas de vivir a cualquiera. Los seres humanos que produce semejante sabiduría del comercio representan el punto más bajo, más pequeño, más pobre, al que podría llegar la humanidad. Comprar a cinco, vender a diez, ¡eureka! Y Agustí llevaba a la práctica la filosofía de su sangre al elevarse a las más altas cumbres de la felicidad encontrando chollos electrodomésticos en Andorra, y al despotricar contra los impuestos, y al tasarme con los ojos muy abiertos lo que le suponía el mantenimiento y la educación de su hija. Por eso esta filosofía ramplona hasta la náusea se tiene que travestir de cualquier otra cosa para hacerse presentable, sobre todo de lo contrario de sí misma, de compasión e interés caritativo en las miserias del necesitado. Y también de devoción religiosa, faltaría más, porque la religión le sería muy importante al comerciante tradicional, como continuación ampliada de su esquema de compra-venta universal: en el libro de cuentas del Gran Contable Dios todos nuestros hechos están registrados hasta el día del balance final. Por eso con el descubrimiento, inevitable al cabo, de que la vida es un negocio que no cubre los costes, un negocio que acaba siempre en bancarrota, el que lleva en su sangre el instinto del comerciante se tiene que hundir en los abismos de la más negra depresión.

Pero nuestro asunto se nos sigue resistiendo, y por eso vamos dando vueltas como en círculo. Porque no nos queremos referir en realidad al comerciante, al

por menor o al mayor, al grande o al pequeño. Nos queremos referir al inversor, al que mueve el dinero, al que compra y vende dinero, a la piraña del mercado financiero. Ese sí que haría moverse al mundo, y a nosotros dentro de él, como decía la canción, quitando y poniendo gobiernos, mandando a la gente a la tragedia del paro, determinando que algunos millones de personas tengan que abandonar el país en que nacieron...Y eso simplemente con unos pocos clics de ratón, o por medio de unas cuantas llamadas telefónicas. El enigma del inversor.

Conocí a una pieza de esas, hace muchos años. Aunque después he oído hablar, naturalmente, de los que merodean por la Bolsa o conectan con la Bolsa por Internet para ensayar cambios de rumbo en su vida, no lo viví de la misma manera entonces. Una vez conocí a todo un inversor de verdad, supongo que lo era aunque yo no entendía nada del asunto, era casi un niño todavía, pero la verdad es que el inversor de marras tenía todo el aspecto de un inútil total. Fue no mucho antes del escándalo aquel de Sofico, aquella estafa del franquismo que ya nadie recuerda por compararlo con lo de ahora. En uno de los apartamentos de la cadena en la Costa del Sol conocí por casualidad, una mañana de verano, al marido de la hermana de Manolete, aquel torero español (“hay gente pá tó”). Un personaje diminuto e inverosímil, hundido en un gran sofá hasta el punto de que sólo se le podía ver una gran cabeza con unas grandes gafas de sol y unas enormes manos que se movían nerviosamente, destelleantes de anillos de oro. A su lado, una mujer de negro, toda ella reciedumbre y contención y acendramiento de hembra digamos que española. Al lado derecho del sofá, al alcance de la mano del enano, dos teléfonos de los negros tan antiguos, aunque no sé pero me parece recordar que uno de ellos era blanco. Cuando entré en aquella estancia acompañando a mi padre, el individuo se hallaba en el calor de una apasionada conversación telefónica sobre acciones, pagarés y títulos: quita de allí y pon allá, algo así se decía con insistencia, una y otra vez. Envuelto el disminuido en una bata de seda de colores brillantes, intenso verde con lunares negros, acabó de colgar los teléfonos al cabo de un rato, y mirando hacia nosotros dos, hechas las presentaciones, no iba a tener inconveniente ninguno en compartir con un adolescente como yo los intrínquilis de su actividad profesional. “Esta es mi

oficina”, me dijo, señalando el par de teléfonos, “desde aquí controlo el barco, todo el día de Dios desde las once de la mañana”. Me contó después mi padre que era el cuñado de Manolete, naturalmente, lo que se dice riquísimo.

Tener mucho dinero para dedicarse a tener más y más, a partir del dinero mismo, sin darnos tregua ni a nosotros mismos ni al mundo, al utilizarlo diestramente o sacarle todo el jugo, usando a tal fin el consejo de unos cuantos asesores, especialistas en el asunto del medro de capitales, y apoyándose también en una experiencia propia de mercader del dinero, de adquisición completamente mecánica. Es decir, lo que de verdad haría falta es el primer millón, como todo el mundo sabe pues todo el mundo lo dice muy convencido de ello. El que no sirve para nada en concreto serviría para ser muy rico en general, con tal de tener tiempo libre (el que disfrutan, como aburrimiento, los que carecen en absoluto de vocación), pero sobre todo un primer dinero libre de cargas, a poder ser heredado.

El inversor tampoco acostumbraba, hasta ahora, a presentarnos el sentido de su inhumana actividad, que haría girar el mundo, como mera puesta en acción de su codicia pura y dura. Porque está, sobre todo, aquello del valor social de la creación de puestos de trabajo: el dueño del dinero tendría una misión divina que cumplir, llevarle la vida a los hombres que carecen de ella, ¡nada menos! Vivificar el Riff, pongamos por caso, con inversiones que movilicen a los rifeños, hasta ese momento hundidos en su estupor inmemorial. Y quien dice el Riff, dice Getafe o Pernambuco. Es el poder vivificador del dinero, verdadero pan del cielo, y el mercader del dinero sería entonces el pontífice y el profeta. Desde su apartamento de Sofico Renta, Costa del Sol, el enano aquel del batín de seda brillante verdinegro llevaba todos los días la vida al mundo, desmintiendo así, y de la manera más tajante, su apariencia de absoluto inútil. Por eso nos sumen los que son como él en la confusión. Porque si mueven su dinero para ganar más dinero, los inútiles como ese hacen de paso, con ello, que el mundo siga dando vueltas, o sea, huelgas aquí, paro allá, revoluciones, emigración, suicidios, riqueza de unos cuantos, países en quiebra.

Se podría pensar que, mercadeando con el dinero, los inútiles adquieren una embriagadora sensación de poder que les sería absolutamente inasequible de cualquier otra manera. Y ellos, en su imbecilidad, se apresuran a insistirnos en

que se trata de un poder real, muy real, o el único poder real, como lo de la única vela que es la que arde. Y eso se echa de ver en que todos los políticos, sin distinción, cortejan al inútil del dinero, le adulan, hacen cualquier cosa para que no se vaya de su lado, le ponen pisos y mucho más que pisos. La política de los políticos tendría su condición de posibilidad en que el inútil del dinero les apoye con su dinero, de modo que los políticos se ponen al servicio del inútil del dinero explicándonos a nosotros los que les votamos que esa servidumbre y esa sumisión son la única manera de asegurar el bienestar y la felicidad de los ciudadanos. No digo yo que no, porque tampoco lo sé.

O sea, el gran inversor disfraza su inmensa codicia sin límite, con la que vendría a intentar llenar, supongo que en vano, el vacío colosal de su alma, haciéndose pasar, nada menos, por el único Dios, omnipotente pero nada misericordioso. Su filosofía monótona y extremadamente simple, la única idea fija y maníaca del máximo beneficio posible, queda travestida con ello de los emblemas de lo sagrado, porque es el dinero el símbolo de la Vida de la que todos por ahora participamos, hasta cuando ellos los inversores dejen de tenerlo a bien, naturalmente. ¡Y pretenden que les tengamos agradecimiento, incluso que les queramos, porque nos dicen que ellos arriesgan su patrimonio para darnos la vida a nosotros! Lo peor del asunto no es sólo que ellos, en realidad, nunca pierdan, al menos como pierden los seres humanos que viven de su trabajo, no es sólo que en realidad nunca arriesguen nada vital, es que están pretendiendo representar el papel de Dios. *Hacer girar el mundo.*

### 7. *El padre sin dinero*

No es que sólo sea una norma de índole digamos que moral, que es también una mínima precaución intelectual, un adarme de actitud crítica, la que nos exige examinarnos a nosotros mismos para determinar, si es que podemos, en qué medida enturbiamos la objetividad de nuestros juicios sobre el mundo y las personas con todo el variopinto y ruidoso manajo tan molesto de nuestras insatisfacciones, traumas y frustraciones. Me refiero ahora a lo siguiente, ¿qué autoriza a un niño que sólo lo está dejando de ser al iniciar la adolescencia, cuando se adolece de casi todo, a emitir un juicio tan negativo del pobre señor del sedoso batín verdinegro que trabajaba en sus inversiones, igual que, es de

suponer, la hermana de Manolete trabajaría en “sus labores”? ¿Cómo se podía saber que el tal señor enano era “un inútil”? ¿No se estaba deslizando aquí la envidia, es decir, la envidia que siempre se entromete en las relaciones humanas y las hace infernales? Porque el padre de ese adolescente no era inversor ni nada semejante, y para colmo como tener no tenía ni un duro, para decirlo en el lenguaje de los inversores. El adolescente tal vez había mirado con los ojos del señor inversor a su propio padre, y había colegido, inteligente como era, la opinión que al susodicho le merecía su padre, un don nadie, no tiene un duro. Porque esto es lo que en definitiva importa, no sólo a los que se dedican a la inversión y hacen del dinero su vida, sino en realidad, ¡ay!, a todo el mundo: una persona sería, en el fondo, para todos los demás, que forman simplemente algo a la vez tan abstracto y tan concreto como “la sociedad”, el dinero que tiene o del que puede disponer, y eso es lo que la persona *vale*. De modo que desde el punto de vista del triunfador, y qué mayor triunfador que un inversor millonario, el padre del chico aquel no era más que otro fracasado a quien nunca se tendría de verdad en cuenta “en la sociedad” mientras no tuviera dinero. Ya podía escribir *El Quijote*, por poner un ejemplo, que si no se lo compraban millones *no era nadie*. Y está claro que el padre del adolescente aquel, que era yo, no lograba vender lo que producía, o no vendía lo suficiente para ser considerado alguien que cuenta, alguien con cuenta.

Pero tampoco se puede ser tan simplista. Bien es verdad que pensar que el inversor del sedoso batín verdinegro fuese todo un *inútil* no estaba bien justificado, juzgando solamente a tenor de lo visto y lo oído. Y es que nada se sabía de su eficacia en la multiplicación del capital, y en su caso sólo de eso se trataba. Y es que tal vez la palabra no hubiera debido de ser “inútil” sino otra diferente, pero asimismo indicativa de una valoración muy desfavorable. Porque desde un punto de vista externo e incluso distanciado, relativamente objetivo, a tenor de lo visto y oído no hubiera sido en absoluto descabellado ni malvado en demasía calificar al inversor del batín, por lo menos, de *antiestético*, *ridículo* y *cretino*. Y entonces de lo que estamos hablando no es propiamente de la vulgar envidia que tantos sienten o sentimos, los hay que dicen que sobre todo en España, cuando a alguien le va *demasiado* bien. Sino de algo mucho más digno y serio, como sería la introducción de un niño en la

mentalidad o visión del mundo del adulto, o en la misma *realidad*, para decirlo con una palabra y de una vez. Al adolescente aquel, que entonces era yo, se le estaba hundiendo con todo ello su mundo de la justicia, su paraíso de la niñez. Porque ese paraíso estaba basado en un dogma incuestionado que posibilitaba y favorecía hasta la misma alegría de vivir del chico, el dogma infantil de la estricta correspondencia entre valor personal y posesión, *tanto vales tanto tienes*. Lo que de verdad había ocurrido al comparar casi inconscientemente las situaciones respectivas del enano inversor y de su padre, era que el dogma incuestionable no es sólo que se hubiese cuestionado o incluso roto, es que se había invertido. La terrible crisis inconsciente de aquel adolescente iba a tener en el futuro secuelas evidentes en su estado de ánimo dominante, esa tristeza profunda que le sobrevino al ponerse a rumiar en el fondo de su mente la nueva evidencia inversa de que *tanto tienes, tanto vales*. Y es que ese era el mundo, la cera que arde, la realidad verdaderamente real que se les oculta a los niños tal vez para que no se pongan a llorar de desesperación, y se conviertan con el correr de los años en pasto fresco en el que sacian sus notables ansias de poder, o sus ganas de ayudar al prójimo, los profesionales de lo *psi* cuando lo ajustan todo en nuestra cabeza para que sobrellevemos la suciedad de la injusticia del mundo hasta con una sonrisa en los labios.

De todos modos, ese despertar del niño a la injusticia del mundo es lo que haría de él un adulto, así que sería estúpido llorar aquellas lágrimas, ponerse triste por aquella tristeza que es la tristeza de tantos adolescentes que se dan de bruces contra el áspero cemento de la realidad adulta. Ahora iba a resultar que los verdaderos Reyes Magos, o sea, los dueños del dinero, les traen los regalos incluso a los tipos más cretinos, ridículos y antiestéticos, desatendiendo escandalosamente a los más listos y amables. Porque es que además aquel adolescente que era yo intuía de alguna manera misteriosa que el trabajo que hacía cada día más rico al enano del batín verdinegro era un trabajo que requería unas extrañas cualificaciones, en todo caso absolutamente apartadas del *mérito*. O sea que a la meritocracia había que mandarla a la porra porque lo que en realidad teníamos, en la vida o la vida adulta, era una llana *plutocracia*. ¿Cómo era posible, si no, que un cretino como aquel fuese tan rico?

Pero lo peor del caso, lo verdaderamente indignante, es que la gente “en la sociedad” disimulaba o mentía sobre todo esto con muchísimo cuidado y muchísimo tesón, como si de ello dependiera algo muy importante, algo así como la misma posibilidad del orden social existente. En la sociedad todo funcionaba como si todos dieran por bueno el *tanto vales tanto tienes*, o como si rigiera inviolado y sacrosanto este principio de pura justicia. O sea, la pura mentira. Como si la realidad fuese la realidad paradisíaca y justa de los niños en su sueño infantil. El adolescente de nuestra historia bien lo sabía, porque su familia era una familia de gente bien pero muy venida a menos. Y los que rodean a la gente bien tan venida a menos no se abstendrán nunca de emitir una serie de comentarios absolutamente denigratorios y letales para la dignidad de la figura del padre de familia de aquel entonces, es de suponer que caritativamente, claro, con el fin básico de que los escuche su hijo y sepa bien a qué atenerse en todo lo referente a una resolución rauda del complejo de Edipo.

La situación era enrevesada y difícil incluso desde el mismo punto de vista lógico. Se le presentaba la situación como si el padre del chico, al ser pobre, lo fuese por su culpa. En una palabra, que aquel padre no tenía nada porque no valía nada o casi nada. Y así se la presentaban los comentarios que le hacían a su hijo de manera abierta las personas caritativas que siempre abundan. Por otra parte, sin entrar ahora en el asunto del amor filial, y como hemos podido comprobar, el chico ya había tenido la ocasión de descubrir que hay ricos que son unos verdaderos cretinos, a juzgar por las apariencias. Por lo tanto, lo de su padre no tenía por qué ser cierto, pero justamente si no era cierto era porque se acababa de hacer añicos el dogma sagrado de la justicia del mundo de los hombres, el tanto vales tanto tienes. Lo que ocurrió fue, entonces, que se acabaría salvando la figura paterna, quedando indemne el respeto y el cariño filiales, pero a costa del penosísimo descubrimiento de que el mundo es una mierda, es el mundo del dinero malo por el que se desviven los pobres para seguir con vida, del dinero sucio por el que también se desviven, acumulándolo, los cretinos que son ricos. La vida era realmente fea, en conclusión, y por eso, dio en pensar el adolescente aquel, que era yo, no es de extrañar que la gente en tantas épocas se haya tenido que imaginar otro

mundo, otra vida, de paz, amor, felicidad y belleza. Para poder soportar esta vida de aquí del dinero sucio, será.

Bajar de nivel social y en el nivel de vida, descender en la escala, ya se sabe que debe ser muy difícilmente soportable, es decir, muy difícil de sobrellevar sin que a uno se le envenene el alma y lo aneguen las olas del resentimiento. A lo malo no acaba nadie de acostumbrarse nunca cuando se ha conocido lo bueno. Y sin embargo lo peor no es la cuestión meramente material, a esa se acaba haciendo uno enseguida porque no le queda más remedio y cuando se es joven se puede con casi todo en ese terreno, sino la cuestión que podríamos llamar simbólica o de estatus. Ese clavo al rojo ardiendo en la frente, el clavo de intuir que todos hablan de tu descenso, de tu caída, de tu catástrofe. Esas miradas de incompreensión, de estupefacción, de compasión, de burla, pero sobre todo de condena. Entonces se acaba de comprender que el dinero lo determina todo, pero de manera que se quiere, por encima de todo, oculta o cuando menos disimulada. El que es pobre lo es por su culpa, eso que piensan todos los que te rodean quedará suficientemente claro. Queda tan claro que hasta estás a punto de creértelo tú mismo, y entonces llegas a ponerte a pedir perdón al mundo con tus actitudes, tu mansedumbre de corderito, tus gestos, tus sonrisas suplicante. O la tomas contigo mismo, contra ti mismo, y te denigras a tus propios ojos, ensañándote contra ti cuando se presenta cualquier pretexto o cualquier ocasión. Y todo, naturalmente, por simple solidaridad familiar. O romper con tu padre o con el mundo, una de dos porque no era lo mismo, pero el caso es que había que romper para siempre con alguien, hacerse adulto.

Madrid, barrio de Atocha-Menéndez Pelayo, 1971-1972.

#### 8. *La obra de Dios*

“El sujeto, no me voy a referir a él por su nombre, como saber, no sabe quién o quiénes le acabarían pagando los estudios en aquel colegio de religiosos al que tanto ha venido refiriéndose en las últimas sesiones. Sólo tiene por cierto que sus padres no pudieron ser, dada la angustiosa situación económica por la que estaba atravesando entonces la familia. Tal vez sus tíos, tal vez sus abuelos, no podría precisarlo. Hasta le llegaron a decir en una ocasión, y a

insinuar en varias, que los mismos religiosos le dejaron estudiar de balde, qué cosa más rara tratándose además de ellos, en vista de lo brillante, aplicado y obediente que era él. Todo lo que se decía un buen chico, en suma, que se había tomado tan en serio el lema aquel que justamente era el de aquellos curas: 'No queremos niños listos, queremos niños trabajadores'. Y a decir verdad no es que le preocupase mucho a él este pequeño enigma de la financiación de su bachillerato, pero si le ocurre que piensa de vez en cuando en ello es porque no cabe duda de que tendría una idea muy marcada de la necesidad de saldar sus cuentas, todas sus cuentas, una necesidad que casi rozaría lo simbólico, y además no tolera nada bien esa sensación de ser un deudor que no puede pagar su deuda simplemente por su ignorancia de la identidad del legítimo acreedor, y menos aún el remordimiento de ser un desagradecido, ese pecado para él tan feo. Porque muchas veces ha hablado muy mal en las sesiones de las cosas que le sucedieron y de las personas que conoció en aquel colegio de curas del tardofranquismo. Y es para estar convencido de que lo sucedido allí con él se halla en el origen de los problemas psicológicos y vitales que después arrastraría. De alguna manera el sujeto es consciente de este hecho, y sabe también que le iba a ayudar mucho a digerirlo que le demostraran que aquellos curas de su pasado también hicieron posible lo que actualmente habría llegado él a ser en el aspecto más positivo de su realidad presente.

Sobre todo es de considerar lo que cuenta de un tal Roberto, una especie de líder de adolescentes que ya no era por supuesto adolescente desde hacía muchos años, monitor del grupo de Scouts Católicos Españoles del centro de marras. Ya se sabe, aquello de las excusiones a la montaña, las largas caminatas y los fuegos de campamento con actividades lúdicas e incluso literarias. Cuenta el sujeto que ese Roberto se las daba de gran escalador de picos inaccesibles, y presumía además ante los chicos de gran seductor, y conocedor en el sentido bíblico de mujeres sumamente bellas, mujeres igual de inaccesibles que aquellos picos serranos para el común de los mortales. Cosas las dos que por supuesto le habían granjeado en aquellos años la admiración e incluso la reverencia de los casi aún niños y los adolescentes que con él participaban en las actividades tendentes al ensanchamiento de horizontes

mentales puestas a su disposición por los curas aquellos. Les narraba Roberto a los ansiosos adolescentes toda clase de curiosidades de la sexualidad humana, y sabrosos pormenores de las relaciones íntimas entre hombres y mujeres por él experimentados también con vistas a su explotación didáctica. Unas cosas que como es natural les hacían entrar a todos ellos en un estado de excitación del que de algún modo tenían que librarse.

Recuerda asimismo el sujeto, pero estas veces entre sudores y angustias, la persecución de más de dos años a la que le sometería el tal Roberto cuando él contaba trece y catorce, las taimadas encerronas, los tocamientos que siempre buscaban su complicidad y al parecer nunca la consiguieron, incluso al final sus constantes y a veces ardientes súplicas de que el sujeto le masturbara (no era este verbo que roza el cultismo el que aquel elemento empleaba en ellas). La actitud y la reacción del paciente ante este acoso continuado, sutil y bestial a la vez, eran las de quedarse como petrificado, o más bien congelado, eso es lo que dice él. Como si también estuviera o se sintiera atado por las palabras que había pronunciado él mismo en una charla que había dado sobre la homosexualidad en una de aquellas noches de fuego de campamento elegidas para la reflexión y el debate sobre temas candentes o por lo menos importantes, charla en la que había asegurado muy convencido que por supuesto entendería perfectamente a un amigo homosexual. Eran las cosas típicas de aquellos años a Dios gracias tan lejanos, con la ignorancia del adolescente confundiendo así del modo más lamentable homosexualidad con pederastia. Porque por supuesto era la verdad del caso que Roberto, cómo no asistente entusiasmado a aquella charla, ni era homosexual ni muchísimo menos era amigo suyo. Y no había nada de nada que entender, entonces, ni nada que pasar por alto.

Lo que más daño le hacía al sujeto de todas aquellas agresiones y aquel acoso era, recordaba él, la sensación que le provocaban de ser un absoluto esclavo, la de ser sistemáticamente manipulado por aquel listillo que le llevaba doce o trece años y era muy capaz de cerrarle todas las salidas, la certidumbre de estar totalmente en sus manos sin poder hacer nada para escapar, como un muñeco sin vida y sin voluntad.

Por cierto que algo parecido pero diferente había sentido en el mismo colegio alrededor de los seis y siete años, hasta que empezó en aquel entonces a hablar por los codos del asunto entre sus compañeros, algunos de ellos estupefactos, con alguien a quien llamaban Padre Gallego, un cura alto y desgarrado verdaderamente siniestro que acorralaba a los niños por los pasillos, les decía lindezas melifluas acariciándoles el pelo y las mejillas, para acabarles metiendo las manos pantalones abajo, sedientas de pene infantil. Algo parecido pero no igual porque aquella vez se trataba de un auténtico anormal, un pobre hombre que cuando aquello le ocurría ni pensaba ni regía. Pero en todo caso terror, algo como una parálisis general, una terrible impotencia, no ser nadie, ser un esclavo, incluso querer morir porque el deseo de matar no es cosa de niños, cosas como estas se le oyen decir al paciente. Hasta tal punto ello era así que en ninguno de los dos casos se atrevió a decir nada a sus padres, ni siquiera se le ocurrió, además los pobres bastante tenían ya con sus problemas de dinero.

El tal Roberto se las arreglaba, esto es increíble pero no es raro que suceda en estos casos, para que el sujeto se sintiera responsable de lo que le estaba haciendo él, y es que no se podía ser tan guapo, y además había que estar comprometido con los valores de la amistad si uno era de verdad un bien nacido. Porque si hay que amar a nuestros enemigos, ¡no digamos ya a los que tanto nos aman! Como Roberto o el Padre Gallego.

Una escena que vuelve una y otra vez a revivir el paciente habría tenido lugar una noche de Nochevieja una vez terminada la cena familiar, de esas noches de tanta alegría, en el salón de la casa de sus padres, después de que ellos hubieran marchado con los amigos. Ya había empezado por aquel entonces a sentirse deprimido de forma intermitente, sin duda a consecuencia del desgaste que le suponía defenderse como bien podía del acoso al que venía siendo sometido. Como le iba a decir mucho después alguien, con ese simplismo característico de los que son sabios, las depresiones son pura mala leche. Y se había quedado solo aquella noche, todos se habían ido a alguna fiesta y a él le dolía el estómago y no tenía ganas de nada. De repente sonó el teléfono, era el acosador que le preguntaba qué planes tenía para esa noche tan especial que los dos podían pasar juntos tan ricamente. El sujeto intentó,

con timidez, como agarrotado por el miedo, quitárselo de encima diciéndole que no iba a ir a ninguna parte porque le dolía el estómago y no estaba de humor. No recuerda cómo sucedió entonces que Roberto se olió que estaba solo en casa, pero el caso es que le dijo que ahora mismo venía a hacerle una visita para animarle en su tan inoportuna enfermedad. Lo que sí recuerda es el pánico que le invadió cuando el otro colgó el teléfono. Así que llegó el acosador e insistió con esa inequívoca dulzura imperdonable en darle al sujeto un masaje en el estómago, haciéndose lenguas de las maravillosas propiedades de los masajes bien dados por mano sabia. Acabaría el sujeto, como paralizado, mucho peor que aturdido, dejándose hacer con la mente en blanco, tan sólo con una música fantasmal de fondo de película de terror, y la seguridad creciente de que tenía que tener mucho, pero que mucho cuidado para que no ocurriese lo que sin duda podía ocurrir y el adulto anhelaba se diría que con desesperación. La mano de Roberto bajaba por el estómago del paciente y comenzaba poco a poco a recorrer su vientre hasta la parte más baja, luego subía y después volvía a bajar. Aquí hay un vacío en la memoria del sujeto, sólo el recuerdo de una victoria parcial trabajosamente conseguida, y es que para habérselas con aquel elemento del acosador había que aprender a ser más listo que un adulto listo.

Y luego la escena de los dos sillones el uno frente al otro, el acosador ejerciendo la caridad cristiana tan característica de los scouts católicos españoles, mira, le dijo con voz de muchísimo cariño al niño que estaba dejando de serlo, mira que no importa lo de no tener dinero tratándose de casos tan especiales como el tuyo. Mira, que si a la próxima salida a los Montes de Toledo no puedes venir por falta de dinero, no importa nada, *me lo dices a mí* y yo voy y lo arreglo, al amigo y al compañero scout no se le deja tirado, tú vendrás a la excursión, y dormirás si quieres a mi lado en el saco de dormir, como otras veces. El sujeto recordaría en ese punto, con lágrimas asomándosele a los ojos, tal vez el acosador las interpretara como fraternal gratitud, sus denodados esfuerzos para no quedarse dormido aquellas noches al raso que había pasado en el campo al lado de Roberto—éste le *ordenaba* que durmiese junto a él, en los scouts había rangos, daban órdenes que había

que cumplir—porque si se dormía, sabía muy bien hasta dónde y a qué iba a llegar la mano de Roberto.

Aquella noche el sujeto consiguió por fin que Roberto se fuera de su casa con cara de pocos amigos y como haciendo que daba un portazo. Se quedó agotado, pero había podido con el acosador, seguía virgen, para él no tiene ninguna gracia recordarlo.

La impotencia a la que reduce el depredador al niño adolescente es lo que más le va a doler de ahora en adelante, le va a quemar pero sin darse cuenta en lo más hondo, y es que la voluntad del niño habría quedado desaparecida, borrada del mapa, como si el niño en realidad no fuera, como si lo mataran. Muy en conformidad con la moral del no ser nadie ni levantar la voz, y hacer en todo la voluntad del cura o del cuidador de turno, que para eso te repiten que es la voluntad de Dios, nada menos. Que tu voluntad sea la voluntad de Dios, quiere decirse la del cura o la del adulto delegado del cura, esa es la finalidad de tu vida de adolescente, hay que ponerse en situación, y todo esto es por tu bien porque así serás feliz ya en esta vida y no digamos en la otra. Serás feliz precisamente por no ser o a costa de no ser, de no ser nadie, de no ser nada. Los acosadores a lo que se dedicaban, entonces, era a organizar con los niños adolescentes ensayos para la vida eterna. Por así decir. El sujeto quedó reducido a espectador sin voz ni mucho menos voto, y a sirviente universal de su amo Roberto, cuando en una salida a la montaña éste se rompió una pierna y por supuesto eligió al niño adolescente como se elige corbata para que le hiciese compañía durmiendo en su habitación del hospital durante dos interminables semanas después de la operación a la que fue sometido. El sujeto allí sentadito a los pies de la cama sintiendo un horrible vacío en la boca del estómago mientras pasaba el tiempo con lentitud desesperada, y Roberto embozado entre las sábanas clavándole sus ojos azules de emperador que dispone del esclavo. Haz esto, tráeme enseguida aquello, vete por lo otro...y el niño adolescente como una máquina sin voz aguardando a que se hicieran explícitos los deseos del tirano. Ese aguardar en silencio era todo el sentido de aquellos días de muerte.

En realidad por aquel tiempo el sujeto se sentía avergonzado también, y culpable, de ser pobre, dice, y sobre todo de que todos lo supieran, en un

ambiente donde en realidad no había pobres auténticos. “Pobre”, esto es, simplemente en el sentido de hallarse en un lugar superior que no sería en realidad el suyo, un lugar cedido por personas que se lo perdonaban. Eso le hacía pensar que en el fondo era un agraciado, un privilegiado, alguien que no tenía derecho a decir absolutamente nada, no digamos ya a denunciar a Roberto, qué imperdonable atrevimiento hubiera sido, cuando se trataba de una gente tan buena como aquella, tan buena que le dejaban estudiar y hacer excursiones *gratis*. *Gratis et amore*.

De todos modos, encuentro muy natural que ahora el sujeto se eche en cara a sí mismo, con la distancia que da el paso del tiempo, haberse callado durante aquellos años. Porque fue sólo más tarde cuando hubo de saber que sólo había que hablar, hablar y contar sin parar. Ocurrió que al final Roberto perdió la paciencia, en la desesperación de no conseguir su propósito, y le hizo la vida imposible al sujeto hasta que éste accedió a verle en una cafetería de postín, de las que el acosador frecuentaba, y allí le empezó a exigir en voz baja pero increíblemente firme, como de acero, mirándole fijamente a los ojos con ojos dementes, que le masturbara, que se fuera con él de allí ahora mismo a masturbarle, que eso no tenía nada de malo, que incluso era bueno, no como la penetración anal que sólo es ‘para los muy viciosos’, y que la culpa en realidad la tenía él, por haberle llevado a la situación en la que se encontraba por ser tan guapo y tan buen chaval. Fue en ese momento justo cuando el sujeto no pudo ya más, lo que quería desde hacía un rato con todas sus fuerzas era romperle al otro en la cabeza la jarra de cerveza, pero no fue capaz de eso porque el sujeto en el fondo es muy tímido o tiene buena educación, y simplemente empezó a decir en voz alta para que todo el mundo lo oyera en aquel lujazo de cafetería lo que Roberto le estaba diciendo en voz baja. El tal Roberto saldría corriendo despavorido, porque allí le conocían, la mayoría. El paciente llamó luego a un amigo de los dos, y se lo contó todo. El amigo aparentó no creérselo, pero al tal Roberto nadie le volvería a ver por aquel colegio y sus alrededores. Alguien le contó al paciente meses después que no tenía de qué preocuparse más, Roberto se había marchado definitivamente a trabajar en el Ayuntamiento de Madrid, y además se iba a casar en un

santiamén. Aquí no habría pasado nada, ese era el mensaje, recordarlo es de masocas o de viciosos, mucho peor.

En resumidas cuentas, lo que supuso todo esto para el paciente no fue otra cosa que su atroz arribada a la mayoría de edad, o sea, caer en la cuenta de que en la vida las cosas no son en absoluto como deben ser, y que las personas, casi todas las personas, son extrañas, imprevisibles, chocantes, turbias, confusas, y locas hasta llevarnos a todos a la locura, tanto en lo que hacen como en lo que dicen”.

Desconectaría la grabadora llegado este momento el doctor Melquiades Bendicho, ya cansado al final de su prolongada jornada de trabajo. Menos mal que ahora podría ir a dar una vuelta con Genoveva y a tomar unas copas para relajarse. ¡Genoveva!, me estás saliendo muy cara, pero me tienes loco, tú sí que me quieres. En fin, estos casos de abuso sexual a menores le estaban dando mucho trabajo, y por lo tanto dinero, todo había que decirlo, muy importante en estos tiempos que corren. La verdad es que este último paciente no había quedado demasiado perjudicado a fin de cuentas, no como otros que intentaron varias veces el suicidio o sólo una vez definitiva. El doctor Melquiades, guiado por su experiencia pero también por su fino olfato, estaba seguro de que el problema básico era esa sensación insoportable que tenían estos pacientes de encontrarse solos y absolutamente abandonados, aun cuando no lo estuvieran en absoluto, esa necesidad imperiosa de sentir que se les quiere y se les quiere, se les quiere sin límite, sin tasa, como una bulimia afectiva que les iba a traer a todos ellos tantos problemas, andando el tiempo, después de sus experiencias infantiles y adolescentes. Bueno, la terapia como de costumbre iba a ser larga, y costosa, y a él no le sobraba el tiempo, ni mucho menos, sobre todo con aquel Máster que dirigía sobre las repercusiones patológicas del abuso sexual a menores. Fue en la organización de uno de aquellos talleres para profesionales de lo psi- y lo socio-, cuando conoció a Genoveva, ¡qué preciosidad de candidata!, allí en su consulta la recuerda perfectamente medio echada en el diván, mientras él la entrevistaba cada vez más hacia lo hondo, trascendiendo lo secamente académico, y aun lo profesional, internándose en lo emocional de su inteligencia, penetrando más y más íntimamente, para poder comprobar si reunía ciertas cualidades, las

requeridas para ingresar en el Máster dichoso. La verdad es que esos cursos le habilitaban a uno para trabajar, de por vida, eran cursos que de verdad daban dinero, tanto al que los impartía como al que los lograba culminar con éxito. Y por eso había en aquello tanta competencia, incluso tanto juego sucio. Pero como todo el mundo sabe, la competitividad es a fin de cuentas la única garantía fiable de calidad.

El doctor Melquiades sabe reconocerse a sí mismo, en el fuero de su conciencia, que cayó en la tentación del mundo o del dinero cuando dejó la Orden, simplemente porque ya no aguantaba los votos de castidad y de pobreza, con el de obediencia nunca había habido a decir verdad mayor problema. Pero aquello de la castidad sí que no quería, no podía, ni recordarlo siquiera, porque se le iba inmediatamente la tranquilidad de la vida. Lo de la pobreza definitivamente tampoco iba con él, y además se hallaba a su juicio indisolublemente unida a la castidad, al fin y al cabo. Por eso aprovechó su carrera de Psicología, que le dejaron estudiar mientras figuraba entre los curas de aquel colegio religioso, para encontrar trabajo fácilmente y despedirse así de la vida sacerdotal. Al principio se había dedicado a orientar psicopedagógicamente a los adolescentes de ambos sexos que todavía no eran conscientes de una vocación clara. Pero aquello daba muy poco dinero, después de haber estudiado toda una carrera de Psicología y encima haberse doctorado, y por otra parte surgieron de nuevo ciertos problemillas y ciertas complicaciones en el terreno de lo verde, digámoslo así por abreviar ¡Tantos adolescentes! Melquiades pensaba que ahora sí que era por fin feliz, y al pensarlo era tanto más feliz: un trabajo que no sólo le daba dinero sino además la posibilidad de desplegar su apetito sexual en un ambiente de jóvenes mayores de edad.

*Juntando la juventud con la madurez, porque en el fondo todo es tan parecido que acaba por asustar (La Coruña, Hotel Atlántico, 1977-78; Campus de Somosaguas, Madrid, año 2000 y pico)*

#### 9. *El placer del dinero*

Muy distinto del dinero que se gana invirtiendo dinero es el que se gana trabajando, siempre en el supuesto de que el comerciante del dinero en

realidad *no hace nada*. Aunque desde luego sería muchísimo menos el dinero que se gana trabajando. Los que en la actual coyuntura catastrófica, nada coyuntural, defienden a los grandes inversores y dueños del dinero—y es que hay gente pá tó, sobre todo si pagan bien—lo harían por ejemplo con el argumento de que los ricos, ¡pobres!, arriesgan tanto... Se arriesgan sin duda a ganar menos. El poco dinero que le dan a uno por trabajar representaría en cambio ni más ni menos que la sangre de uno, sin ella no hay vida. Pero no sólo eso sino que también es el dinero trabajado algo así como un símbolo, el de la independencia y la libertad como mínimo abstractas. Trabajar significa entre otras cosas que te has hecho un sitio en el mundo, porque de un modo u otro eres útil a los demás. Y el dinero por tu trabajo, además de permitirte seguir vivo, te recuerda esto tan importante.

Defienden también a los que quieren ganar dinero simplemente poniendo su dinero, con la especie tan contundente de que obrando así crean puestos de trabajo, y con ello darían la vida al prójimo, en los sentidos tanto literal como simbólico de la expresión, por aquello que hemos dicho de la sangre. Pero lo primero que habría que decirle a los que esgrimen semejante opinión es que *sin duda* los que invierten no lo hacen por eso, en absoluto, sino para enriquecerse o ser todavía más ricos. Pero, en fin, lo de las intenciones casi no cuenta. En cuanto a lo de que la prosperidad general sería el simple resultado mecánico del afán de enriquecerse del ser humano de cada caso, dejado a su absoluta libertad irrestricta, sobre eso no diré nada por ahora, o tal vez nunca, porque la verdad es que no lo sé. Lo que sí se echa de ver son las brutalidades inhumanas del llamado mercado libre, con sus crisis periódicas inevitables, pero también los fracasos, hasta el momento estrepitosos, de las economías colectivizadas. De todos modos, el hecho de que sea la codicia de unos lo que vaya a permitir vivir a otros de *su* trabajo—un trabajo que la codicia, precisamente por ser tal codicia, crearía—no deja de tener *como todos sabemos* gato encerrado. Porque entonces lo que viene a resultar, lógicamente, es que de *nuestro* trabajo habría personas que son de algún modo los dueños, porque sacan partido de él sin en realidad trabajarlo, y por eso resulta que tenemos un trabajo que no tenemos, o no es nuestro sino de ellos, de quienes se benefician de él sin hacer más que poner dinero. A no ser,

ya digo que no lo acabo de saber, que el dinero, acoplado con el trabajo, tenga la propiedad verdaderamente mágica de generar riqueza para todos, para los dos lados de la extraña relación. En vez de más riqueza para unos y más miseria para otros, como siguen apuntando algunos, llevados a juicio de los otros de su mala lengua.

En fin, yo lo que sí puedo decir es que el gusto por el trabajo le puede liberar efectivamente a uno de casi todos los males. Pero claro, haría falta verdadero *gusto* por el trabajo, o que se dé la posibilidad real de que el esfuerzo o el sudor laboral vengan de la mano de ese intensísimo y duradero placer de la vocación, como la llaman también algunos empleando un lenguaje tan pasado de moda. Si lo pensamos bien, muchos trabajos, y no sólo los intelectuales y artísticos, pueden ser *creativos* y por consiguiente reportar placer al trabajador. Y además, y a lo mejor por eso mismo, reportar un claro beneficio social. Y esos trabajos, los trabajos de la alegría, como bien los podríamos denominar, son los que no suponen ninguna esclavitud en el sentido propio de la palabra, aun cuando puedan generar una cierta dependencia que en el fondo bendita sea.

Se podría incluso llegar a pensar, con la vista puesta en ocupaciones semejantes, que el sentido de la vida humana *también* podría ser este, el de crear una obra que valga la pena o por lo menos hacer las cosas bien hechas, y hacerlas para los demás. Recordemos la conclusión tan negra a la que había llegado Schopenhauer, la de que al final todos descubrimos que la vida humana es un negocio que siempre arroja pérdidas, un negocio verdaderamente ruinoso. Y pensemos por un momento en que Schopenhauer seguramente nos estaba engañando a todos por su empecinamiento en representar su propio personaje, porque considerando *El mundo como voluntad y representación* sin duda había de haber llegado a la conclusión, ya que no era tonto, de que su vida sí que habría valido la pena.

El trabajo de la alegría existe, y es el que se hace por sí mismo y no en primer lugar por dinero. Sería el trabajo libre, no forzado. Aunque eso no significa que se pueda vivir sin trabajar, por supuesto, son muy pocos los que pueden vivir sin trabajar. O sea que el trabajo libre también se paga, o se pagaba, si mi memoria no me engaña. De manera que cobrar por ese trabajo que se hacía

con un sudor gustoso o gozoso formaba parte de aquello “que se da por añadidura”. Empleando una expresión así mismo pasada de moda, estaríamos hablando de ese trabajo que le realiza a uno. Hoy nos hablan, en cambio, de “enriquecimiento personal, crecimiento personal, puesta en valor”, u otras memeces semejantes carentes de pensamiento, por la sencilla razón de que en nuestro tiempo ya casi nadie otorga el certificado de real a lo que no se pueda contar, a nada que no sea *contante y sonante*, aquello del *cash value* que decía William James. Ni mucho menos, todos esos pedantes que siguen pretendiendo hacer algo de mérito modificando constantemente la manera de hablar de las cosas, como si así fuera a cambiar la realidad, o como si de ese modo quedara patente algo distinto de su cursilería atroz.

Pero este trabajo libre o placentero, del que estamos hablando ahora, parece tener los días contados. En las condiciones actuales ya casi no queda margen para ninguna ocupación humana que a fin de cuentas no se reduzca a la compraventa. Nuestro mundo es el de la dictadura de los comerciantes y de los grandes tenderos del dinero en cuya actividad se celebraría la apoteosis de la compraventa. Ahora bien, el comerciante es imposible que obtenga placer de su esfuerzo, *con independencia del dinero que gana a cambio*. El negocio de la compra-venta es el puro sufrir o la pura negación de lo humano, que por consiguiente sólo podemos admitir a cambio de las posibilidades reales de placer que nos traerían los billetes de banco. Porque en realidad el comerciante, como hacer *no hace nada*, y por lo tanto no es posible que disfrute trabajando. Pasa las horas cambiando de lugar determinados signos, determinadas marcas digitales o en papel. Y esto se distribuye por todo el mundo del comercio y sus derivados, los que venden, los que compran, los que alquilan su imagen, los que nos seducen con la nada para que compremos. Todo irreal, todo falso, chinos que venden las veinticuatro horas. Productos que no son nada, que no tienen fondo ninguno, pero que tampoco sirven, que entonces no duran nada, pero no se sabe bien, tampoco, qué demonios representan. Sólo servirían para llevarnos a otros productos tan vacíos como ellos.

En el mundo del comercio no hay placer, no hay sangre, no hay nada que propiamente sea. Las comidas ya no saben, todos los perfumes son una

mezcla de todos los perfumes, el sexo lo practican más que nada los robots. Todo se cambia en el medio universal que es el dinero, lo único que en el fondo *vale*, porque el comerciante nos ha impuesto a todos su ley. Ya no valen las cosas, ni las personas, ya sólo vale el dinero. Y por eso lo que en realidad se compra y se vende sería el dinero mismo, más que las cosas que por él se cambian. Lo que significa una transformación verdaderamente chocante de la alegría de vivir. El vacío del comerciante es ahora el nuestro, y entonces descubrimos que ya nada tiene sentido, es decir, nada tiene sentido (en sí mismo considerado): ni el arte, ni el conocimiento, ni el amor, sino sólo en relación al dinero que pueda suponer o por el que se pueda cambiar. Dicho de otra forma, y para poner un ejemplo, la prostitución, lo de la puta y su cliente, también hay putos, pasaría a ser ahora el modelo de toda relación laboral, incluso el modelo de la vida humana. Libre de las complicaciones biográficas diabólicamente gratuitas del amor—una palabra que ya casi nadie se atrevería ya a pronunciar por miedo a pasar por gilipollas. Y es que el comerciante no se permite perder el tiempo *enamórandose*, poniendo toda su inversión en un solo objeto, algo tan irracional, tan arriesgado, con lo que te amenaza a cada momento la quiebra absoluta (como ya advirtiera Freud, el comerciante de los afectos). Como ya dijo el fundador del Psicoanálisis, *la felicidad no es (ya) otra cosa que una cuestión de economía (libidinal)*. Y la *libido* no sería otra cosa que el dinero elevado a metáfora cósmica, nada más y nada menos. Único problema de la vida: ¿dónde invierto?, ¿dónde pongo yo mi libido *que más valga*? ¿Y a mí qué me van a dar por mi libido-dinero? Amar a alguien es poner mi dinero en él, como apostar. Ya sólo amamos para que nos amen, tiene cojones.

A todo esto, recuerdo a un catedrático de Economía, creo que era de Economía y si no bien merecía serlo, que presentó un programa electoral verdaderamente inspirado, con la pretensión de ganar las elecciones a Rector que un año de estos se celebraban. Un programa personal, pero muy acorde con los tiempos, que habría venido madurando desde su estancia en prestigiosas universidades gringas. Era como proponer o plantear una así llamada “Universidad Transformacional”, un establecimiento académico de prestigio en el que el estudiante ingresaría con unos créditos asignados en

valor-tiempo—o sea, el estudiante aportaba su tiempo, nada menos, su tiempo de trabajo o su vida. Créditos que se iban a transformar, por la magia de la intervención educativa, o en virtud del proceso docente/discente, del reglado acontecer de la enseñanza/aprendizaje--¡abracadabra!: ¿y el mago?, ¿dónde se ha metido ahora el pedagogo de florido lenguaje?--, en créditos de valor-destreza (o si no era “destreza” era algo por el estilo, en todo caso un palabro de esas *ad hoc* que traducen literalmente algo del inglés), créditos que quedarán a disposición de las empresas que al final se supone le van a contratar al graduado a cambio del valor propiamente dicho, el valor en que remataba el proceso en su apoteosis, el dinero como es natural.

O sea, la Universidad sería una Máquina Transformacional no destinada a otra cosa que a la puesta a disposición del estudiante, su ofrenda, al mercado, de trabajo, y el proceso formativo remataría así sacando Dinero-para-el-estudiante del mismo Tiempo—y—Dinero-del-estudiante. Para más inri, además, el estudiante ya graduado, a cambio del Dinero-de-la-Empresa que le contrataría, iba a entregar Tiempo y Trabajo propios, que a su vez redundarían en más Dinero-para-la-Empresa, lo que al parecer implicaría Dinero-para-la-Sociedad, es lo que dicen pero vaya usted a saber.

De manera que—se me ocurre apuntar humildemente para intentar resumir en su *quid* la complejidad de la cosa—, bien al comienzo de todo el grandioso ciclo que es el currículo de una persona humana con estudios universitarios, se sitúa el Dinero que entrega la misma persona, junto con su vida y su esfuerzo por un espacio de tiempo no pequeño; y en la llegada o el punto último del ciclo antedicho el Dinero que ganaría la Empresa. Entre el Dinero que paga el Estudiante y el Dinero que gana la Empresa, se añadiría al proceso, para hacerlo posible, el Dinero que la Sociedad (en el caso de la Universidad Pública) aporta para pagar el tiempo de trabajo de profesores etc.

¿Qué supone el esquema “transformacional” del catedrático que quiso ser rector sin conseguirlo? ¿Era algo más que palabras? Nada más que palabras: palabras que justificaban o más bien presentaban como obvio, como lo único pensable dentro de los límites de la humana sensatez, que el único sentido del conocimiento humano es el beneficio económico de las Empresas. Porque en cuanto a la investigación científica ni que decir tiene que sólo se nos

presentaba como valiosa en tanto relacionada con el llamado “tejido productivo”, aunque también para curar la demencia senil, eso tienen que decirlo. Implicando con ello, sin duda, que el beneficio económico privado significaba por supuestísimo el beneficio en todos los órdenes de la sociedad en su conjunto. Como decir que ni pensar en las Bellas Artes si no hay en la comarca una industria cárnica desarrollada, Chorizos Planelles, que nos permita en nuestros ratos libres ir a museos y conciertos, sobre todo porque es la industria cárnica la que hace posible que haya museos y conciertos. Dos y dos son cuatro: es la Economía la que lo dice, es decir, la Ciencia. Así que no habría nada más claro que el sentido económico del principio de realidad. En el sentido más puramente capitalista de la economía.

La tragedia para todos los demás que todavía no somos comerciantes o parados es que ni el comerciante ni el inversor o comerciante en dinero, en lo que tengan de puramente tales, reconocerán como posible ni legítimo (las dos cosas serían la misma para los que adoran el principio de realidad) un trabajo placentero al margen de la ganancia económica que con él consigamos. Disfrutar trabajando tiene tan poco sentido como hacerse una paja, mental o física. El dogma absolutamente imperialista del comerciante es que fuera del dinero no hay placer (fuera de la Iglesia no hay salvación), lo que en el fondo implica que las cosas (pero también el conocimiento, el arte, el amor, las mismas personas) sólo valen en tanto convertibles en dinero.

Yo cuando era joven daba clases particulares de latín, mire usted qué cosa más antigua, y el caso es que me encantaba darlas. Era como si aprendieras a pensar, dar una clase de latín, también recibirla. Además, lógico, por ellas me pagaban, y yo aceptaba el dinero como *otra* recompensa, en sí misma menor que el hecho de dar clases de latín, porque resulta que para mí comer, ir al cine, usar los transportes, o casi cualquier otra cosa, me gustaban menos que el latín (aunque está claro que si no comía yo no podía dar clases de nada). Como me sucedía este extraño fenómeno me siento autorizado a decir que es perfectamente posible. Pues bien, el comerciante lo niega, lo tiene que negar, y se ha propuesto impedirlo, se ha propuesto que no podamos disfrutar trabajando y “encima”, dice él, ganemos dinero con nuestro trabajo. El pecado, tal cual. Sólo se puede trabajar, sólo se trabaja de veras, si ese trabajo es dolor

o aburrimiento puros, el vaivén del dolor al aburrimiento que es la vida misma para el comerciante, *porque* sólo así nuestro único placer será el dinero. El dinero es lo real, el dinero mucho más que las cosas que con él se puedan comprar, pensarlo al revés sería flaqueza de carácter o incluso puro hedonismo, puro vicio. El dinero para lo que sirve es para hacer dinero. Así se realiza en su forma más pura el placer del dinero: los comerciantes creo que por regla general son fríos, mal que le pese a Platón.

*Cerca de Ciudad de México, Agosto 2010*

#### *10 . La maldita suerte*

Al bajar aquellas increíbles pirámides plantadas en el valle inmenso indomeñable, te asaltaba, ensombreciendo el mismo sol, pero aún con el cielo invadiéndote los ojos y llegándote hasta lo profundo del alma, un enjambre de afanosos pobladores de las aldeas próximas, para venderte sus mercancías y sus productos, desde agua y sombreros de paja hasta manteles de vivos colores y estatuillas de obsidiana representando la pirámide del sol y la de la luna. Aturdido por su griterío y de verdad ausente en la belleza estupefaciente del lugar y de las moles de orgullosa piedra precolombina, el turista europeo se defiende como puede del desesperado vendedor, comprándole algo para que se calle con unos veinte euros que apenas le quedaban en un bolsillo. Así por las buenas, sin pensarlo, sin regatear en absoluto, pero el mexicano tiene buen cuidado en devolverle la perplejidad no sólo con la imponente intensidad del brillo de alegría de sus ojos negros, sino sobre todo al dejarles asomar unas lágrimas, y murmurar consumido por la pasión: “¡esto significa que me cambia *la suerte!* Llevaba más de tres meses sin vender *nada*”.

La suerte, la suerte del pobre, la de los abandonados, la de muchísimos en nuestro mundo. A los pobres sólo les quedaría la suerte, encomendarse a Dios y a la divina providencia. ¡Que tengas suerte en la vida!, te desean los humildes cuando el deseo les sale del corazón y te ven como a uno de los suyos, porque otra cosa que no sea suerte no puedes tener como no tengas dinero. Si no tienes dinero sólo te queda rezar, intentar inclinar la suerte a tu favor como buena suerte, recurriendo al rito, a la liturgia, a las palabras mágicas, a las acciones consagradas. ¡Que tengas suerte en la vida!, es decir, que no te

llegue a abandonar del todo el Dinero, que puedas seguir con una vida pasable el mayor tiempo posible. Y entonces el mismo dinero, su llegada, es indicio de que cambia tu suerte, de que entras en otra racha. Sin duda que los ricos también dependerían de la suerte mala o buena, para eso son humanos igual que tú, pero dependen tan sólo en parte porque para ellos es como si jugaran a la ruleta que no es rusa: no tienen que jugarse todo lo que tienen sino sólo algo de lo que tienen, con la mira puesta en conseguir más, en multiplicarlo. Mientras el pobre no puede apostar dinero que no tiene sino tiempo y sudor, sus haberes de pobre. Y entonces no es como jugar a la ruleta no rusa, no es de ningún modo jugar a la ruleta como hacen los que sí tienen dinero que jugar, a lo mejor bien acomodados en un lujoso casino, tal vez bebiendo una bebida deliciosa, habiendo cenado quizás, jugando pero sin duda al mismo tiempo relajándose en el juego, divirtiéndose al jugar, o incluso si la ruleta ha llegado a ser un vicio peligroso. Porque el pobre no tiene vicios, sólo estar expuesto totalmente a la suerte, cuestión de vida o muerte *que no depende de él*.

Sólo jugaría de verdad el pobre, entonces, porque sólo él juega absolutamente: se la juega o se pone a sí mismo y a sus hijos en juego. Los hijos del pobre serían la impotencia doblada, la más absoluta impotencia, porque para vivir y salir adelante dependen no ya de su suerte, puesto que son niños, sino de la suerte del padre y de la de la madre. Aunque también se podría decir que sí de su suerte, y quizás fuese más verdadero, que para el caso es lo mismo. Y es que el hijo del pobre no sería en realidad más impotente que sus padres, porque éstos tampoco controlan en el fondo nada de nada, estando como están totalmente expuestos a su buena o mala suerte. Además, cualquiera puede encontrarse un tesoro tirado en el suelo, o aunque no sea un tesoro por lo menos un billete, o siquiera una moneda. Incluso se la puede encontrar el hijo del pobre antes que sus mismos padres, porque el hijo del pobre tiene más costumbre que ellos de andar todo el día inclinado ante los demás, con la vista clavada en el suelo. Por mera humildad, se entiende, la que le da ser niño pobre.

El hijo del pobre se angustia lo suyo día tras día porque no puede influir para nada en la suerte de sus padres, y en su desoladora impotencia les oye hablar y discutir noche tras noche, casi todas las discusiones las traerían el dinero y la

falta de dinero. Les oye hablar y discutir noche tras noche, y así llega a hacerse una idea bastante ajustada de cuál va a ser su destino, de las consecuencias de la catástrofe que viene, que se acerca, que tenemos encima sin que nadie pueda hacer nada para evitarlo, y mucho menos él. Esa catástrofe que es la ruina, la quiebra, que le quiten la casa, casi todo lo que era suyo, y con lo que era suyo también se van los amigos, naturalmente, amigos que hasta el momento creía suyos y seguros el hijo del pobre.

Exponerse a la suerte es jugar a la lotería todos los días con su vida, por eso el pobre cuenta con la lotería que se juega con dinero. Cuenta con ella con una seriedad y una sinceridad propiamente increíbles. “¿Y qué haría yo si me tocara el gordo?”: se trata para el pobre de una posibilidad real, de las que casi se pueden tocar con los dedos, que además se nos presenta todos los años, y casi todos los días si bajamos nuestra codicia a premios menores. Al pobre le quedaría entonces la opción de revelarse como lo que de verdad es, un genuino profesional de la suerte, que vive realmente de la probabilidad de *que le toque*. “¿Y qué haría yo si me tocara el gordo?” Ante todo, tapar tantos agujeros, que no me vayan a cortar la luz, que no me vayan a echar de mi casa, pero también ayudar a los pobres que no les ha tocado, tanto y tanto para las viudas, tanto para los huérfanos. Y el resplandor de la felicidad se manifiesta en las pupilas del pobre pensando en poder ser caritativo, en la grandiosa posibilidad de repartir su dinero entre los pobres como nadie lo repartió nunca con él.

La lotería sería como el dedo de Dios reparando graciosa, sin que nosotros podamos saber según qué lógica, las grandes desgracias de la vida humana. Y que a uno le toque la lotería no significa sino que le habría alcanzado el toque de la providencia, algo que te puede ocurrir en cualquier momento, en cualquier aspecto de la vida, y no sólo en el monetario desde luego. Y es que debe haber una justicia así a lo grande, una justicia de los grandes números que ni calcular sabemos. Dios aprieta pero no ahoga, ya se dice. Y si toda la vida es en realidad como la lotería, para el pobre, entonces la lotería propiamente dicha no sería sino lo más real de su vida, la vida hablando desde lo más profundo del vientre del ser. Las bolas saliendo del bombo, eso es la vida, si sale la tuya estás salvado o casi salvado. Si no...habrá que seguir esperando, y seguir

apostando. Porque claro, lo único seguro es que si no apuestas nada te tocará. Si no metes tu tiempo y tu esfuerzo en alguna casilla no te tocará la lotería de la vida, por otro lado. Moraleja: el único imperativo es ¡a jugar! Y el vago que dormita debajo de un árbol sin presentir la proximidad de la ruina equivale al insensato que nunca compra un décimo de lotería.

Con el décimo en la mano todos seríamos inversores, capitalistas de armas tomar. Seríamos los máximos inversores, en realidad, porque nunca el dinero habría podido generar tantísimo dinero. De manera que con la lotería que compra, el pobre se vuelve *ya* rico, se vive como tal antes de que le toque o no le toque. Es la sombra del dinero que pasa planeando sobre nuestras cabezas, y que nos hace disfrutar de la sensación de poder, en nuestra impotencia radical de jugadores de lotería. Pero en realidad habría una diferencia abismal, con la lotería no hay que hacer ningún tipo de estudio, ni tener ninguna experiencia, ni realizar cálculo alguno. No hay que molestarse para nada, excepto en conseguir el dinero del décimo, porque la lotería es completamente ajena a la lógica, es la suerte en estado puro. Es decir, la lotería es la voluntad de Dios que se pone en juego en el mundo de los hombres. ¿A qué puede obedecer, si no, que haya salido el 21883, con todas las tremendas consecuencias que de este hecho se han derivado para ciertas personas y sus familias? La pura suerte es la divinidad pura, en la lotería sólo es imaginable que sirva de algo el rezo (o abonarse treinta años al mismo número, o pasar el décimo por encima de una joroba de alguien que se preste y que la tenga). Para que le toque la lotería lo único que puede hacer el pobre es conseguir un número, nada más, lo que es igual que decir que no puede hacer nada. Por lo tanto...

El ser humano es un animal supersticioso por su misma impotencia, su limitación y finitud conscientes. Es decir, es un animal que no se limita a reiterar las conductas que han sido recompensadas y a evitar las que han sido castigadas, sino que va mucho más allá, hasta el mismo disparate en palabras y acciones. Y no digamos el ser humano pobre: no le quedaría otra opción que hacerse su vida medianamente tolerable por medio de las supersticiones, en su indefensión y desamparo multiplicados. A las supersticiones las iría a buscar inevitablemente la esperanza que todos necesitamos para vivir, en el momento

en que ya no queda nada racional a que agarrarse porque la situación se habría hecho realmente desesperada. Quedamos fiados entonces a la solución maravillosa del *deus ex machina*. Curiosamente, la misma desesperación encuentra compensación psicológica en un anhelo de felicidad que llegamos a palpar no como anhelo sino como la realidad misma. La felicidad de ver todo el problema resuelto, el problema que nos ponía al borde de la desesperación.

*Vuelta al barrio de Atocha-Menéndez Pelayo, Madrid 1972.*

#### *11. Mentira podrida.*

No cabe duda de que en cuanto se roza siquiera el asunto del dinero empezamos a nadar en la mentira, todos nadando en ella, los más ricos y los pobres. Si es verdad que no se puede servir a la vez a Dios y al Dinero, ello podría ser, entonces, porque el dinero nos hace imposible vivir en la verdad. Si debes que por qué no pagas, y entonces mientes irremediabilmente para que te dejen vivo algún tiempo más, a ver si entre tanto ocurre el milagro, la más que improbable herencia, el dislate de la lotería, o suena la flauta del mercado de trabajo y te contratan en una gasolinera o en un burger, que para el caso vendría a ser tan igual. Si te haces cada vez más rico que cómo lo logras, y entonces supongo yo que además del “a usted qué le importa”, generalmente habrá que disimular bien disimulado, con un buen argumento más o menos verosímil y políticamente correcto, sin dejar de aludir como es natural a los puestos de trabajo creados que coinciden nada milagrosamente, en este que es el mejor de los mundos posibles, con el hacerte-tú-tan-cochinamente-rico. Y también borrar de alguna manera todas las huellas de todos los pasos que habrías dado para conseguir tu riqueza, porque casi seguro que por lo menos algunos de ellos serán comprometedores en tanto basados en alguna clase de engaño o estafa, comprometedores como mínimo para tu dignidad de persona humana. En los comentarios de la BBC han propuesto educar a los jóvenes en la incesante conversación sobre el dinero para habituarles a expresarse con toda franqueza sobre este tema capital, trasfondo de todo otro interés en apariencia diverso. Porque a lo mejor en una ciudad en la que todo el mundo charle abiertamente todo el día de dinero, y no sólo de fútbol aunque venga a ser lo mismo, la moralidad de la ciudadanía alcance cotas jamás sospechadas

por la filosofía clásica ni por la religión de nuestros padres. Por lo demás, ya estamos en ello, como es evidente y si no enseguida se echará de ver.

Aunque, bien pensado, la dignidad de los ricos estaría hoy, y en verdad ha estado siempre, muy “puesta en valor”, para decirlo a la manera gilipollas, e incluso por encima de cualquier otra dignidad, incluso en el sentido, tan sólo en principio inquietante, de que ya no habría ninguna otra dignidad. El dinero lo santifica todo, ya lo sabemos todos por propia experiencia, y es por eso la dignidad como tal, o la única dignidad probada sin lugar a dudas. Porque si se es rico tendrá que ser por algo, será porque el muchacho no sólo vale sino que además trabaja, y en cualquier caso no puede haber habido ni trampa ni cartón porque a nadie le regalan nada. ¿O sí se lo regalarían a algunos? Según se ha oído decir no hace mucho, y por supuesto se ha escuchado con la debida admiración, el hijo de una de esas raras de lo rosa habría invertido cuando chaval ochenta y cinco mil euros en una idea de un compinche, nada menos que la de poner en marcha una red social de esas, y hace poco habría vendido su participación por cien millones de euros. Eso es valer, sí señor, eso es valor, eso es saber conjugar la inteligencia con la valía de persona cabal, y con el arrojo necesario para afrontar el riesgo. Bien es verdad que alguien podría objetar que en este caso no ha habido esfuerzo directo, pero sí ochenta y cinco mil euros de punto de partida, pero esa cantidad es como si fuese todo el esfuerzo en un bloque, todo el sudor, tantos desvelos en ella representados. Ochenta y cinco mil euros, tenerlos todos juntos en tus manos, ver los números de tu cuenta, no desde luego sólo pensarlos, es lo mismo que haberlos trabajado. Así que, siendo esto irrefutable desde el punto de vista del mundo como representación (teatral), y nadie lo podría negar porque ese es nuestro mundo, constituye al mismo tiempo la más infame de las mentiras desde el punto de vista digamos metafísico de lo propiamente real, lo que de verdad habría en sí, y eso tampoco lo puede negar nadie porque ese es también nuestro mundo, o incluso más que el otro.

El dinero nos instalaría de esta manera en el borde mismo de los dos mundos, en ese filo tan hiriente, tan cortante e imposible, que delimita la verdad y la mentira. Es el dinero el juego, el cruce y el intercambio constantes, de la más pura verdad y la mentira más tenebrosa. Sería esta su penetración mutua,

la de la verdad y la mentira, mucho más que un imposible abrazo. Por eso resulta tan incómoda e inestable la vida de todos nosotros, porque está profundamente marcada por el sello del dinero.

Las mentiras del dinero, cuando no vienen para poder ganarlo, entonces vienen porque habría que disimular y hacerse el digno, una vez que se ha ganado. Y es que en determinados ambientes esto último todavía parece ser importante, hacerse el digno, en el sentido de que aún sería considerada la dignidad como algo independiente de la riqueza que habrá de añadirse a ella desde fuera. Por supuesto que esos círculos de personas, en el fondo y a decir verdad, no se sabe bien en dónde se podrían seguir encontrando. Porque al fin y al cabo la dignidad del dinero no sería otra cosa que la misma dignidad del mercado global, la dignidad del mundo que es el nuestro. Desde las meretrices y los gladiadores famosos de la Roma imperial a los futbolistas y las modelos de hoy—por supuesto que no estoy cometiendo ahora la imperdonable torpeza de compararlos en cuanto a sus respectivas labores, sino tan sólo citándolos sucesivamente en su calidad de cresos absolutos del mundo del espectáculo en la sociedad de masas, antigua y moderna—, todas las épocas han venido en esto a ser como la misma época. El “perfecto” no sería ya Cristo, ni tampoco el sabio estoico, sino la modelo o el futbolista famosos y cubiertos de oro, a los que entonces se les hace ejercer de modelos éticos y de cumbres de la sabiduría, balbuciendo vaciedades y diciendo que nos quieren tanto, en la televisión y en las redes sociales. Aunque habría que pensar, para que no nos arrastre del todo la envidia y el resentimiento tan característicos de los fracasados sin un duro, como nosotros, que tanto los unos como las otras se han venido dejando la piel, sudando en sus esfuerzos diarios en el campo y en la pasarela, casi a lo mejor como los albañiles encaramados en Sevilla en Julio en el andamio. Y además no se puede comparar, qué va, porque ahora todas ellas y todos ellos hacen tantas cosas por los pobres y “los más desfavorecidos”. Pero vamos a dejarnos de tonterías de una vez y a reconocer que las modelos y los futbolistas famosos *hacen a la gente feliz*, a la inmensa mayoría, mientras que el albañil sevillano *vaya usted a saber*.

Las mentiras del dinero le vendrían por su parte al pobre de una manera absolutamente inevitable, como único medio de adaptación que le queda para

salvarse, siempre sólo de momento, de la guillotina insaciable de la selección natural que encarna el mercado libre. Ir trampeando para sobrevivir, para decirlo en dos palabras. El típico sablazo implacable, por ejemplo, generaría por los dos lados un sinfín de excusas, todas ellas generalmente falsas. Los engaños del pobre son inevitables y a la vez inútiles, porque el pobre estaría habitando impávido el filo de la pura realidad, ese borde cortante del insoportable resplandor de la verdad misma, que es la verdad del dinero contante y sonante. La verdad del Contable, la parusía del ser como saldo, como diferencia entre el Debe y el Haber. El pobre miente por la única razón de que, por supuesto, no podría engañar a nadie, *y no poder engañar a nadie en lo referente a tu condición esencial, en tanto brutal imposibilidad, sería lo más parecido a estar muerto, porque es la falta absoluta de poder.* “Llevan los señoritos en el zapato un letrero que dice no tengo un cuarto”, y por si eso fuera poco hay una cara absolutamente inequívoca que es la cara de pobre, para que no vean que es la tuya te tienes que poner máscara.

No puede el pobre fingir que su pobreza no es tal o es otra cosa distinta, como no sea viviendo vida de fantasma. Pero los fantasmas nos podrían engañar sólo si provocaran cambios en el mismísimo mundo físico, algo así como un ruido de cadenas que alguien arrastra, o una calima polvorienta que nos hace pensar que han entrado de repente en nuestra habitación. Y la pobreza se definiría, precisamente, como impotencia, como incapacidad para causar modificaciones, conforme al uso social, en el ambiente. Es un don Nadie, el pobre, con toda propiedad lo dicen así en español. Porque no puede *hacer* nada. De ahí que la extrema pobreza, como absoluta impotencia que viene a ser, o la nada física y social, acabe por desembocar tantas veces en el estallido más brutal y violento. Y es que cuando se niega y comprime en exceso la energía de la vida, se podría pasar de no poder modificar nada a ponerlo todo patas arriba en un dos por tres. O si no, se desvae tanta fuerza reprimida en la salida fácil del narcótico o del estupefaciente, para no seguir notando la impotencia, y llegar a imaginarnos incluso que somos casi todopoderosos.

A toda verdad contundente se le tienen que acabar por adherir sus mentiras correspondientes, todo ese cortejo, sencillamente porque hay muchos

a los que la verdad no les convendría para nada: son esos los que hacen sus negocios en la oscuridad porque de otro modo no los podrían llevar a buen puerto. Y a la Verdad del Contable, que es la verdad con mayúsculas, la verdad de la auditoría que expone la realidad de la situación como tal, no tendríamos más remedio que hacerle frente con todo tipo de bombas de mentira, cuanto más turbias y confudentes mejor que mejor. Por eso el dinero sería amalgama inextricable de verdad y mentira, como por otra parte la misma vida humana. Y el dinero su mejor símbolo porque ella es vida pero para serlo también es muerte en igual medida. Decía uno de aquellos personajes del gran Joseph Conrad, marinero de los siete mares, que si no podía soportar el olor de la mentira no era sino porque se había percatado de que es el mismo olor que el de la muerte, el dulzón aroma de la carne podrida: “mentira podrida”, mentira gangrena de la vida, siempre acompañando por necesidad a todo lo que vive, exactamente igual que la muerte. Ya se sabe que sólo se es uno, sólo se es alguien, en la medida en que se dice la verdad, y también por supuesto la verdad sobre uno mismo, porque decirla es la única manera de mantenerse *sujetado*.

Y el problema moral y ontológico del dinero es que con su mezcla inextricable de verdad y mentira, justamente en cuanto *inextricable*, nos haría a todos falsos de raíz. A no ser que se nos educara exclusivamente en la verdad o el resplandor del dinero, que es un resplandor que no deja crecer la hierba, como la luz del mediodía en los trópicos. Por eso es la muerte pura la del dinero sin más, más muerte aun que la mismísima muerte, en la medida en que la del dinero no quiere saber nada de la vida, no como la otra.

No se le olvidaría ya nunca a Melquiades Bendicho la costumbre aquella de desentenderse completamente de los problemas que a todos se nos van presentando sin cesar, como si no hacerles frente fuese la mejor manera de quitárselos de encima. Aquella mañana de su adolescencia escolar, cuando le hicieron salir de clase para dirigirse raudo al despacho del director, aquel Padre Piraña de hablar tan pastoso como opaco, gran expectación sentida en lo hondo de los compañeros de pupitre, todos deleitándose en imaginar cuál habría sido esta vez la falta del reo, pero sobre todo cuál iba a ser su merecido

castigo, refocilándose en la anticipación de la crueldad de la pena. Porque sin duda la crueldad divertía a los adolescentes cuando caía sobre cabeza ajena. Y es que, en esa su alegría compartida ante la desgracia disciplinaria del otro, estribaba toda la sabiduría secreta de la justicia en el cosmos juvenil. Hoy a ti mañana a mí, así se compensa el dolor de todos con la risa de todos.

Y volver enseguida al aula para recoger sus cosas, Melquiades Bendicho completamente ajeno, o enajenado, como por encima de todo aquello que le había susurrado meloso Piraña, siempre bien oculta su intimidad más íntima, ya se sabe que el alma en los ojos, tras las impenetrables gafas oscuras así como de ciego: “hasta que no paguen sus padres todo lo que deben no vuelva usted por aquí”. Simplemente. Y Melquiades Bendicho tenía por supuesto toda la razón, porque la cosa no iba con él, no estaba en su poder. Así que lo mejor quedarse tranquilo, hasta como congelado, y él tendía instintivamente a estoico, como María Zambrano y tantos con ella han pensado que ocurre en general con los de este país nuestro. Fue Planelles el valenciano el que le susurró qué es lo que te pasa, y Bendicho nada más al pasar que no le toleraban su última fechoría, tal vez excesiva en su audacia transgresora, y que le echaban temporalmente o para los restos. Las miradas de todos los compañeros de clase centradas en Melquiades Bendicho eran sin duda de respeto, algunas incluso de admiración, todas de solidaridad pero también de la quemazón de la intriga. Miradas al represaliado que, por serlo, automáticamente, ya era líder o incluso el líder.

Se lo comunicó en casa a sus padres como quien da el parte de guerra, como el que informa de los hechos escuetos con la distancia emocional requerida por el imperativo de la objetividad. Me han echado por falta de pago. Y se fue a sus cosas, las que de verdad eran suyas, como si en definitiva nada de esto fuera con él. Y ocurrió que dos o tres días después le indicó uno de sus progenitores que ya podía volver al colegio, y así lo hizo, sin preguntas, con la curiosidad congelada, extrañamente en suspensión. Como si nada, todo como de costumbre, las miradas de los compañeros en su retorno seguían siendo de solidaridad y también de alegría, y los comentarios unánimes se dirigían esta vez contra el sadismo ya proverbial, ya por casi todos experimentado del benemérito director de la institución.

*Barrio de Chamberí, Madrid, 1979*

*Pretender la autonomía puede parecer locura, y con razón*

## 12. Justicia y Símbolo

Todos tenemos un pasado, y siempre habría dolor en él, en esto piensa el psicólogo Melquiades cuando le asalta la melancolía y procede a pasar revista a su vida, que a los psicólogos también les pasa de vez en cuando, aunque últimamente les haya dado por hacernos creer a todos que tendríamos la extrañísima obligación de ser felices, sin duda porque así viviremos mejor, vaya redundancia, y estaremos más sanos, y entonces viviremos más años. Y nos deprimiremos menos: si somos más felices nos deprimiremos menos (sic).

Porque de cuando en vez al buen Melquiades le da por pensar en su querida madre ya muerta, a pesar de que no le haga mucha gracia la cosa, porque en cuanto psicólogo no tiene más remedio que atenerse a la regla de oro de los que serían como él, la de estar a gusto y bien cómodo consigo mismo, la de estar satisfecho e incluso contento con uno mismo por mucho que no haya la más mínima razón para estarlo, o hasta las haya para sentirse más bien descorazonado e incluso contrito o estremecido, como habría sucedido en el caso de Hitler o en el de Franco, pongamos por caso, si hubiesen tenido un mínimo de conciencia, moral y de la otra. Claro está que su psicólogo personal le habría dicho a Hitler que se aceptara a sí mismo tal y como era, porque así viviría mejor, más sano y más años, puesto que sería más feliz y por tanto se deprimiría menos (!). Con lo que el psicólogo personal de Hitler, aun en el improbable caso de no haber sido un psicólogo auténticamente hitleriano, le estaría haciendo la santísima pascua a tantísimos.

Viene a resultar que Melquiades Bendicho se acuerda a la perfección, esta vez como si lo tuviera grabado a fuego en la limpia pizarra o en el papel en blanco de la mente, o su memoria, de la pequeña figura de su madre pelirroja, su reverendísima madre jalando con fuerza de un asa de la bolsa de cuya otra asa tiraba él, allí en la mitad del estrecho pasillo siempre en penumbra de la casa alquilada de sus padres. Esta es la imagen que siempre le vuelve, aquella que representa como un espejo a Melquiades Bendicho y a su aguerrida madre

disputándose con ardor y tenacidad, pero al mismo tiempo como si al hacerlo se tratara nada más que de un juego algo triste, o mejor, de representar un papel en una tragicomedia griega, el contenido de una bolsa azul pálido salpicada de lamparones, una bolsa, en fin, con ese aspecto ridículo y más bien miserable perfectamente a juego con su realidad de pobre pero muy ilusionado becario de investigación de una Facultad de Psicología en el Madrid de finales de los setenta.

Ya su madre le había notificado, al acabar sus estudios de bachillerato, que para todo lo sucesivo sólo comida y cama, que ya es casi demasiado. Que lo demás que quisiera o necesitara correría por supuesto de su cuenta. Así que él tuvo mucha suerte por poder trabajar de lo lindo en lo de las clases particulares que daba. Pero cuando llegó lo de la beca seis años después, la primera mensualidad de la beca, a Melquiades se le iba a introducir en el cuerpo un auténtico demonio de los ínfimos, o a lo mejor, en cambio, una divinidad de tomo y lomo. Es decir, empezó a hacer algo tan raro que llegaba a lo incomprendible, sobre todo tratándose de él, es decir, si hubiese seguido siendo él mismo, y considerando aquello de su contexto psicosocial, por no decir también histórico y económico, sobre todo económico. Porque el caso es que Melquiades Bendicho se iba a negar tozudamente, y con verdadera insolencia, con toda la arrogancia y la soberbia culpable de la que fue capaz, y de una manera insultante y a la vez dañina para sus propios padres del alma, se iba a negar a hacerles dócil entrega, así por las buenas, del dinero en efectivo de las mensualidades de su beca de investigación. Algo parecido a eso tuvo que ser, no cabe la menor duda, un demonio de los ínfimos, porque explicación lógica o racional, como haberla no la había. Y es que no se trataba, en absoluto, de la necesidad de comprar libros, ni de viajar a congresos, ni de ayudarse a financiar con su dinero estancias en centros de investigación extranjeros. Porque ni compró muchos libros, que para eso había magníficas Bibliotecas, ni iría a ningún congreso, ni habría salido casi nunca de su propia Universidad. Es más, tampoco empleó nada de ese dinero en sus gastos de joven más o menos normal del momento, o sea, en beber, en fumar, en ir por ahí con sus amigos y sus amigas, ni mucho menos. Ese dinero de la beca, Melquiades Bendicho jamás lo iba a tocar en toda su vida.

O para decirlo con toda exactitud, lo que de verdad ocurre es que habría pagado mes a mes con su beca investigadora lo que para él más valor tenía de todas las cosas del mundo, su independencia, su libertad, su definitiva arribada al estado de adulto. La pobreza de sus padres, los rigores económicos de su casa, le habían impedido gastarse el dinero en sus cosas o incluso en sus necesidades de estudiante. Es decir, le habían impedido pagar por su independencia en el plano de lo real. De modo que hizo un uso meramente simbólico del dinero, *reteniéndolo* de forma que para muchos sería inmoral o demente, pero un uso que podríamos considerar espiritual porque con él se satisfacía algo así como una justicia superior. Su sangre no era ya más la sangre de sus padres, él ya no estaba dispuesto a que lo siguiese siendo porque ya era adulto y capaz de servirse de su propio entendimiento, y eso debía quedar bien claro, a él y sobre todo a sus padres, pero por otro lado sus progenitores casi estaban ya sin sangre, y tenían entonces todo el derecho a exigirle que no se dedicara a vivir más allá de la penuria en que ellos vivían. Por consiguiente, ese dinero no debería ser gastado por nadie, absolutamente por nadie.

En sentido estricto, lo justo hubiera sido hacer arder en la plaza pública, uno a uno, los billetes de las mensualidades de su beca, eso él lo intuía oscuramente. Pero no llegó a hacerlo jamás, sencillamente porque había leído en el periódico un día de aquellos, de los del franquismo que se resistía a terminar de agonizar, que a un individuo que había hecho algo parecido bajando del Retiro hacia Cibeles, la policía lo acababa de ingresar en el manicomio. ¡Triste época la nuestra, que no entiende ya de símbolos! ¡Tiempo tan obvio éste que vivimos: nos gritaría a cada momento que destruir el dinero sería la quintaesencia de la locura!

El sentimiento de estar en deuda, la culpabilidad como quien dice, sin duda respondería a una realidad muy poco o nada ilusoria. Todos estamos en deuda con alguien o con muchos o con casi todos, y nos las arreglamos como podemos para irla pagando. A veces se escucha un dicho que se quiere chistoso, el de “vive de tus padres hasta que te haya llegado el momento de vivir de tus hijos”. Este chiste constituye en verdad la caracterización esencial de alguien que es capaz de saltarse a la torera el sentimiento de estar en

deuda, ese gorrón esencial pero no inaudito que habría pretendido salirse por las buenas de la procesión de las generaciones humanas que avanzaría incontenible hacia la nada. La cadena siempre en movimiento de los padres y los hijos sería, en efecto, una cadena de deudores que van a ir satisfaciendo, mal que bien, las deudas que inevitablemente habrían contraído por el mero hecho de estar aquí unos años con vida.

Las dos palabras que, en el idioma esencial de la Humanidad como tal, el griego clásico naturalmente, van a remitirnos a la vida, significan lo mismo “vida” que “medios de vida”, recursos o sustento que nos hace posible vivir. Así que Vida sería también, y esencialmente, Economía. Porque ocurre que los humanos nos tenemos que ganar la vida, o sea, tenemos que pagar por cada minuto que estemos en ella. Y a esto también vendría a dar, precisamente, lo de la justicia inter-generacional, que es la Justicia con mayúscula, porque está vista desde la óptica global que es la de la vida.

Cosa distinta sería el total de la deuda acumulada en la inconcebible totalidad de la cadena generacional, nuestra deuda con la suma de los antepasados, con la Humanidad en su conjunto, porque por supuesto es enorme, asfixiante, imposible de descargar, por definición, y por eso igual de aplastante y desconsoladora que el mismísimo pecado original. Contra esa deuda tan inconcebible es preciso rebelarse, porque, si la consideramos a fondo, en realidad haría imposible nuestra vida de individuos. Por eso justamente hay que atreverse a pensar, para eso se requiere valor, porque nuestra autonomía es un destino pero al mismo tiempo un deber. Contra los antepasados insaciables que siempre nos estarían queriendo devorar, contra todos los dioses en definitiva, la autonomía del individuo, un individuo que será siempre un pobre individuo porque pretende lo absolutamente imposible, y en el fondo está delirando, al querer ser autónomo, más que cualquier loco supersticioso. El de autonomía sería en realidad el delirio de los delirios, no cabe ninguna duda, pero lo trágico de la situación es que se trata para nosotros del delirio irrenunciable, igual de loco y de culpable que su aplicación en el caso concreto de no entregar a tus padres, necesitados, el dinero de tu beca.

Las Rozas (Madrid), cualquier tarde de 2010.

*Si tenemos el dinero como última meta se irá toda la angustia, todo el peso de la vida*

### *13. La consumación de los tiempos*

Hoy por fin sabemos lo que significaría de verdad ser *una persona normal*. Este gran logro de la Humanidad, aunque ya se presentía que estaba en camino desde hacía tiempo, es sin embargo cosa reciente. Porque hasta hace poco todavía se suscitaban ardorosas disputas en torno al problema del sentido de la vida, el debate de qué significa ser feliz: para unos ser famoso, para otros ser rico, para los más disfrutar de los placeres; e incluso para algún bicho raro, emparentado sin duda con la casta sacerdotal, al parecer presente en casi todas las sociedades históricas, ser feliz estriba en algo indeterminado, ciertamente de muy difícil especificación positiva porque lo único que se entendía bien era que *no* consistía en ninguna de estas tres cosas mencionadas, sino que tal vez se remite a otra dimensión o a otro mundo, “espiritual”, “divino”, o vaya usted a saber qué. Pero ya se estaba haciendo inevitable dejarse de niñerías y acabar de comprender, de una vez por todas, que el sentido de la vida humana sólo es uno, por supuesto, sólo uno y el mismo para todos los hombres de todas las culturas y de todas las épocas: acumular riquezas, ganar dinero, cuanto más mejor, entendiendo que nunca será suficiente. En definitiva, todo radica en *ser rico*, ¡hummm...! Sabiéndolo habríamos llegado, que ya era hora, a la auténtica unificación de la Humanidad como tal, o sea, a saber lo humano propiamente dicho, intemporal, eterno, por siempre válido, absolutamente indiscutible. Porque a los que sigan atreviéndose a negar que el fin último de la vida sería ganar dinero, lo que en verdad les pasaría es que, o bien se permiten el odioso disparate de la hipocresía (disparatada por increíble), con la vista sin duda puesta en engañar a alguien para quedarse con su dinero; o bien, si en cambio son sinceros, entonces lo que les sucede es que no serían normales, sencillamente, estarían locos, en el más o menos preciso sentido de enajenados de la realidad.

Hace un par de cientos de años aún era posible encontrar a gente tenida por sabia, apuntándonos o dándonos a entender, al modo sabihondo ya tan trasnochado, que el cultivo contumaz de los placeres, de la mesa y de la cama,

le llevaría a uno, indefectiblemente, al abuso, y por tanto a la enfermedad, y al cabo al hoyo, o como mínimo a la prematura pérdida de vigor que nos tendría a todos reservada la trágica vejez. Y además advirtiéndonos de que, en segundo lugar, encarrilar tu existencia por el camino que conduce al objetivo de la fama, también por necesidad conlleva plegarse al capricho y a la tontería de la multitud, por lo común tan necia, de modo que vivir en vista de la reputación excluiría ser de verdad dueño de uno mismo. Y en cuanto a la obsesión de acumular más y más dinero, resultaba para el sabio de aquellos tiempos lejanos una deformidad especialmente repulsiva, en la medida en que se pensaba, *¡oh tempora!*, que con ella íbamos a dar en la más radical inversión de la esencia humana. ¡Hacer del dinero el fin último de la vida sería poner cabeza abajo su verdadero! La ignorancia y la superstición de nuestros antepasados, ya sabemos, no se paraban en barras, de puro atrevidas que habrían llegado a ser.

Menos mal para nosotros que hoy al fin hemos aprendido lo que teníamos que acabar aprendiendo, menos mal que hoy ya tenemos conocimiento, así que no es posible a partir de ahora seguir haciéndonos los tontos. Porque nadie es libre de ignorar, en nuestro tiempo, que los placeres de la mesa y de la cama nos los daría mayormente el dinero, todos los que queramos y más, y que la fama nos la traería asimismo el dinero, por supuesto, pero si no por lo menos el respeto, o sea, una fama que no supone esclavitud ninguna ni plegarse al gusto de nadie, sino una en la que, al gusto que es el mío, todos se acabarán plegando. Por último, aquel residuo sabihondo heredado de la casta sacerdotal, que nos representaba la felicidad suprema como algo inefable, casi del más allá, hace mucho que se habría desenmascarado como destello ilusorio de la lógica tan simple del mercado financiero. Es decir, aquella felicidad ilusoria de otro mundo, diferente de este nuestro del dinero, el único real, no habría pasado de ser mera representación, fantasmática en tanto deformada por el deseo impotente, de los rendimientos monetarios del ahorro personal, y de los dividendos a obtener de la inversión de ese capital que sería nuestra vida marcada por el tiempo, ese nuestro capital concebido del único modo claro posible, o sea, como placer diferido. El sufrimiento de la renuncia, tenido entonces por moneda o pagaré o letra de cambio o bono del estado, ni

más ni menos. El llamado sabio de otro tiempo lo que estaba era reservando su capital. La recompensa del dinero sería, entonces, lo único que puede dar sentido al sufrimiento humano, como ocurre en las indemnizaciones que se otorgan por los accidentes de circulación. En lo que se demostraría, otra vez, que el dinero es el único sentido de la vida. Por otra parte, esto no hace falta decirlo, decir esto es una estupidez, porque todo el mundo lo sabe, hasta los más estúpidos.

Pero conviene entender bien esto que ahora sabemos, para que ya jamás se nos borre. La idea antigua tan candorosa, y patética, de que si íbamos todos como locos a la busca del dinero era por causa de las cosas que se pueden comprar con él—prácticamente todas las cosas, pero sobre todo más dinero—, es justamente la idea que cumple desechar cuanto antes. Puesto que sólo si lo logramos podremos acceder a la intelección del significado de la vida, y por tanto de qué significa en verdad ser una persona absolutamente normal.

Ocurre que unos pocos van a estudiar algo de Humanidades, aún hoy, aunque nos parezca mentira, pero la inmensa mayoría, por poner algún ejemplo más relevante, cursa algo como Económicas y Empresariales. Claramente sería la suya la orientación por el dinero, en suma, lo normal, hasta diríamos que lo normativo, pero, por favor, no dejemos que entren ahora en nuestra consideración perspectivas de tipo moral antiguo, que serían peyorativas, por lo menos en lo connotativo (tanto más porque sabemos hoy perfectamente que querer hacer dinero sería lo moral en sí, es decir, lo esencialmente altruista: “haz dinero porque así de paso cumples con tu deber para con la Humanidad del hombre, porque el dinero que tú hagas siempre se les acabará pegando a las manos a los otros”, tal es nuestro solo imperativo categórico).

Al terminar Económicas y Empresariales van los egresados y montan, pongamos por caso, muy al modo del emprendedor tan reforzado por las autoridades del día, que se hallarían naturalmente ávidas de dinero para supeditar al bienestar público, una asesoría de cómo hacer dinero a mansalva o a manos llenas, con el buen fin de que el prójimo se harte de hacer dinero, entre otras cosas porque esa sería tu forma de hacer dinero tú mismo, que el vecino haga dinero. Y desde entonces, con suerte, ocurre que van de

éxito en éxito como catapultados, hasta que, ya en la cumbre, llegan a contratar sus servicios de asesores del dinero, por supuesto para poner en marcha sabias inversiones y negocios lucrativos hasta lo espectacular, nada más y nada menos que gobiernos y organizaciones gubernamentales de países de economía emergente, o de clases más emergentes si cabe, dispuestas a fundirse toneladas de dinero como si fuera pasta de dientes puesta al rojo vivo.

Naturalmente que el intríngulis del asunto se nos escaparía sin remedio a los que no hemos sido iniciados en la noble verdad del *Making Money* como único acceso al paraíso terrenal. Para nosotros, pobres e ignorantes que habrían quedado al margen del curso de la Historia ya mucho antes de hacer una carrera de las llamadas de letras, ahí es nada; para nosotros, decimos, sobre todas estas ceremonias iniciáticas de la fertilización del capital se seguirá cerniendo por los siglos de los siglos el nimbo oscuro del misterio y la confusión. Así son las cosas, es preciso asumir toda la modestia de nuestra tarea, que consistiría simplemente en aproximarnos al misterio del incesante parto monetario con verdadero temor reverencial.

La verdad es que los triunfadores en el hacer dinero tampoco nos explicarían nunca las cosas con ninguna claridad por mucho que se lo demandemos con toda amabilidad, lo cual no es en absoluto de extrañar, porque eso habría correspondido siempre a la índole misteriosa de la actividad de regir los destinos del planeta, y desde luego no va a ser diferente ahora. Cuando alguna vez nos reunimos con alguno de ellos—son muy raras esas grandes ocasiones, pero a lo mejor ocurre lo más sorprendente de todo, que hay uno de estos triunfadores en tu familia más lejana, y por otra parte es de esperar que seguirán quedando entierros de familiares para encontrarnos, pero claro, tiene que ser antes de que llegue el tuyo—, te suelen relatar, con el purazo en la mano, que, en efecto, ellos ya están cansados y un poquitín hartos de tanto hacer dinero, ese trabajillo un poco molesto de los tiempos juveniles, qué lata; y que ahora están pensando muy en serio irse a practicar submarinismo durante dos años en Indonesia, o algo por el estilo. Si entonces vuelves con tu terquedad habitual al tema de cómo es que hicieron tanto dinero, enseguida se te evaporan las pistas entre las múltiples anécdotas que

cuentan sin cesar sin duda para alimentar tu confusión, mientras les dura el puro y el vaso del mejor güisqui.

Averiguas cosas que no te van a ser muy útiles, por ejemplo que si en Rusia había muchas oportunidades en los buenos tiempos, cuando cayó lo otro tan horrible, lo de los comunistas aquellos que ardan en el infierno; que lo malo allí en la madre Rusia era tanto avión y tan viejo (las campesinas viajaban en ellos con cajas de gallinas vivas); y que Jesús qué lío con lo del petróleo, y que ahora con lo del Cambio Climático Siberia el granero del mundo y las Islas Británicas turismo tropical del bueno...Todas estas grandes oportunidades de negocio que se brindan porque sí al oyente embelesado a la vez que desorientado. Y es que tú no acabas de ver en nada de ello los regalos generosísimos que se supone que son por parte del que está en el secreto. En realidad, sería tan poco preciso el relato en lo atinente a la cuestión esencial, la de cómo puñetas te has hecho rico, que a uno no le quedaría al final más remedio, en su frustración, que dejarse caer en la tentación y llevar su imaginación por los vericuetos del crimen, las drogas, las armas, los sicarios, la trata de blancas, la prostitución infantil...Y es que con ello no sólo se puede explicar, de un golpe que todo el mundo entiende, y sin vaguedades, que se pueda hacer tantísimo dinero en tan poco tiempo, sino que por si fuera poco se toma uno desquite del que ha hecho dinero. ¡Pobres pero honrados!

Y es el caso que en todo esto el rico miente, aunque puede ser que no sea exactamente una mentira porque él, como saberlo, quizás no lo sepa. Tal vez lo que en realidad sucede es que juega a confundirnos, sí, pero llevado por su propia confusión. En esta "mentira" él se juega mucho, y todos nos lo jugamos, nada menos que la identificación definitiva y valiente del sentido de la vida humana. Porque, sobre todo si el rico es joven, y poco experimentado o poco interesado en las cosas de la sabiduría, no es fácil que tenga el valor de reconocerse como lo que es, y llegar a ver al humano como lo que de verdad somos. Muy bien, nos habíamos tranquilizado todos, reconciliados, él ha hecho mucho dinero, ya lo tiene todo, para él y para los suyos, de manera que ahora se lo va a gastar, como haría cualquiera, va a disfrutar de la vida, en Indonesia o en donde sea, cada uno buscando lo suyo. Pero no es así, en absoluto, de ninguna manera, al cabo de un tiempo nos enteramos sorprendidos de que el

rico no habría podido resistir más el tedio y el vacío, incluso la desesperación, en los que le acabó por introducir la vida del placer, la aventura, o el arte...Salió de su presunto paraíso a escape, se fue a montar nuevos negocios a toda prisa, a invertir febrilmente en esto y lo otro, incluso a poner a subasta la imagen de su niña de dos años entre las casas publicitarias de productos infantiles.

Así que el fin de la vida es hacer dinero, más y más, hasta lo absurdo, hasta lo demencial. Es realmente difícil transigir con lo absurdo de la vida humana, pero hay que tener siempre en cuenta que lo más importante de todo, para todos, ricos incluidos, es seguir viviendo. Somos primates que compran, venden y acumulan las ganancias, llevando a la ruina a otros primates. Aquí en la Tierra y en el Cielo. Es nuestro modo cultural de expresar la determinación biológica de la adaptación al medio por selección natural.

Formas de embellecer la situación siempre las ha habido, y sin duda las habrá. Podemos decir que el rico vuelve de su vida muelle en Indonesia porque está decidido a seguir siendo un hombre de provecho, alejado de la pereza que es la madre de todos los vicios. Podemos incluso decir, con la moralina en la boca, que en realidad con él se trataría de un ejemplo de responsabilidad económica y moral que le llevan a implicarse en la generación de riqueza para la sociedad a la que pertenece. Pero el caso es que si el rico no hablara de acciones y de obligaciones y de inversiones durante buena parte del día, sentiría la gélida vaciedad de los instantes caer como el plomo fundido sobre su coronilla. O hacer más y más dinero, o suicidarse, o bien hacer el idiota por ahí (esto último, naturalmente, es compatible con hacer dinero, y por supuesto con suicidarse).

Se comprendería a la perfección, entonces, lo que le sucede al rico, porque es en definitiva más o menos lo que nos pasa a todos, que “padecemos nuestra propia trascendencia”, no tenemos más remedio que padecerla a cada día y a cada hora. Y no hay manera más fácil de imaginarse a uno mismo ir más allá de sí, autotrascenderse, dándose como una pátina de eternidad, que sumando y sumando valores monetarios y financieros. Tengo cada vez más, luego soy cada vez más; y sobre todo, poseo más y más sin que haya ningún límite teórico, luego estoy negando con el dinero mi propia finitud constitutiva,

estoy negando mi misma humanidad, pero lo estoy haciendo sin duda del modo más constitutivamente humano. El dinero, como el hombre mismo, esa pasión inútil...

A Coruña, finales de los años sesenta

De cómo la vulgaridad consiste sencillamente en no ser capaz de ver ningún enigma en la vida humana

#### 14. Las cosas claras

No hay duda que valga, está sobrevalorada la Escuela, seguimos atribuyendo a la formación académica una importancia que en realidad no tendría, porque uno será siempre de su familia, por muchos años que pasen siempre se acaba volviendo a la familia, y es en el seno de su familia donde todo el mundo va a aprender, ya desde el mismo comienzo, las cosas verdaderamente importantes de la vida. Y es que no se trata tanto de estudios como de ser buena persona, pero sobre todo de tener sentido práctico. Melquiades Bendicho guardará siempre una impresión excelsa, si así se puede decir, de su tío materno Luis de Olivenza. Y es que su tío sí que iba siempre a lo esencial, dejándose de adornos, huyendo de tonterías. Tenía don Luis las cosas muy claras, de verdad que daba envidia, jamás se despistaba, o casi.

Por referirnos ahora, para empezar, a una anécdota que a Melquiades jamás se le irá de la cabeza, para descender con ella al nivel de lo concreto, que es donde se hacen patentes las cosas sin necesidad de que sean explicadas por ninguna teoría más o menos exótica: Contaba cinco o seis años, a lo sumo, cuando vino a ocurrir que, tirando del extremo de una pequeña tira de cuero que asomaba muy tímidamente, se hizo con un reloj semienterrado en la arena de la playa coruñesa de Riazor, un mes de Julio que recuerda anormalmente caluroso. “Dogma Prima”, pudo leer en el interior del círculo que delimitaban las horas en romanos, y parece que resultó ser un buen reloj de oro, según le dirían más tarde. Tras fantasear un buen rato con su nuevo tesoro, convertido así en juguete, como corresponde a un niño de esa edad, el pequeño Melquiades se acabó aburriendo del reloj, haciendo entrega del hallazgo a su madre.

Pues aquella misma tarde, a la silenciosa hora de la siesta, se le acercaría susurrante y muy razonador su tío Luis. Tan razonador que parecía estar pretendiendo introducir a la tierna criatura en el arte de la mayéutica socrática. “Porque, vamos a ver, Melqui, ¿qué es lo que va a hacer un niño pequeño como tú con un reloj como el que te has encontrado en la playa, que para colmo es de oro, si no va a tener nunca que ser puntual para estar en ningún sitio al que no lo vayan a llevar sus padres, que por supuesto ya tienen reloj y se ocuparán de no llegar tarde? Este reloj es una cosa de mayores, eso está claro, en absoluto de niños. ¿Tú para qué lo ibas a querer, si sabes que no es de juguete? Con las cosas de verdad ocurre que los niños os acabáis aburriendo enseguida, eso te consta, piensa si no en el tapiz moro del salón. ¿No estás hasta la coronilla de verlo todos los días? Por eso te digo, y atiende bien a esto que te digo, ¿no sería mucho mejor que me lo dieras a mí, el reloj? ¡Anda, dámelo a mí!”.

Los hay que continúan insistiéndonos en que la identidad personal no sería más que un mito al que se le habría acabado su tiempo, en nuestro caso cultural un cuento muy característico de los supuestos o las implicaciones metafísicas de la religión cristiana. Pero el caso es algo ha de haber en la idea de la identidad personal a través del tiempo, porque el abogado de lo mercantil don Luis de Olivenza iba a seguir toda su santa vida en esa misma línea manifestada con ocasión del ansia por el reloj de oro de Riazor. Es decir, para apropiarse el tío de Melquiades de cualquier bien en apariencia ajeno, no iba a proceder porque sí, o por las buenas, como hacen tantos desaprensivos, sino que primero le tenía que convencer a uno de lo absolutamente justo, y por eso inevitable, de la apropiación o el despojo o el expolio. O sea, te convencía de que el bien sólo sería ajeno en apariencia, de que la apropiación era por consiguiente conforme a derecho, ajustada, justa, eso es lo decisivo. Actitud pleiteante la de don Luis, además, totalmente en correspondencia con ese sentido práctico y realista con el que había que encarar siempre todas las situaciones, si es que uno pretendía pasar por adulto siguiendo la regla de la supervivencia.

Nunca fue propenso el tío de Melquiades a articular en palabras su concepción personal de la vida, no sólo porque, lo que se dice personal, en

realidad no tenía ninguna en concreto, sino además, y sobre todo, porque, para él, ocuparse de cosas tales hubiera supuesto la pérdida de tiempo más lamentable, rayana incluso en el disparate si uno no venía a ello disculpado tal vez por su juventud, o por la embriaguez del exceso de alcohol. Pero no quiere esto decir que el problema del sentido de la vida fuera o no fuera, para él, una cuestión importante, ya que en considerar eso tampoco entraba ni quería entrar, sino que la respuesta a tal problema estaba absolutamente clara, demasiado clara como para preocuparse en exponerla, si uno no era tonto de remate. Para él, todo el sentido de su trabajo de abogado de lo mercantil, por ejemplo, al que se entregaba con la debida seriedad, pero siempre sin excesos de entusiasmo ni *pathos* alguno, sino con esa distancia patricia que distinguiría a la persona sensata que no necesita aturdirse con nada, no estribaba en otra cosa que en ahorrarse dinero a todo el que tuviera el dinero suficiente para pagarle a un abogado de los de fuste, con el fin de que le ahorrara más dinero del que le iban a costar sus servicios. O sea, ahorrárselo al que se hallase metido, precisamente, en problemas de dinero, teniéndolo para dejarlo de sobra, sea porque podía perder una parte sea porque aún podía ganar más. Cuando algún entrometido se atrevía a interrumpirle a don Luis el suave curso de su rutina diaria, no era extraño que se le oyera decir, pero sin acritud ninguna, simplemente sentenciando, que el tiempo de un abogado vale dinero. Sin acritud, es bien cierto, pero con un énfasis que daba a entender que desde luego el tiempo es dinero, pero en ese caso verdaderamente paradigmático de lo humano, que sería el caso del abogado mercantil, el tiempo es dinero mucho más todavía, si cabe.

Así que, sin ninguna duda, el ámbito de la seriedad de la vida venía a coincidirle exactamente con el ámbito del mercado. Don Luis de Olivenza jamás había estudiado griego clásico, por supuesto que a él no le habría hecho maldita la falta, pero si lo hubiese estudiado, habría encontrado de lo más natural que la palabra helena para “felicidad” o “dicha” incluyera desde luego también el sentido medular de tener “fortuna” o “riquezas”. De manera que ser feliz, en la medida en que esto fuese humanamente posible, consistía para él simplemente en tener dinero: cuanto más dinero tengas más feliz serás, eso está claro como el agua clara. De ello no le cabía la menor duda al tío de

Melquiades, según decía él mismo porque tenía ojos en la cara. Para empezar, trabajar mucho nos traería la necesidad de recuperarnos y de reponernos con toda clase de diversiones, y las diversiones que son de verdad dignas de un señor son bastante caras, no nos vayamos a creer.

Su ética estaba asimismo claro que sólo podía ser la ética del esfuerzo, era la única que justificaba de antemano el reparto de alegrías y penas en la vida humana, o sea, hacer efectivos los beneficios y pagar las deudas, una vez descontados los dolores inevitables, de la enfermedad, la vejez, la desgracia que siempre le puede caer a uno encima porque sí...Y no había que pensar más, nada más tenía de verdad sentido, y lo único que importa a fin de cuentas en esta vida es no perder nuestro tiempo, porque es dinero, en mera cháchara vacía que se lleva el viento, como no fuese las palabras de un buen abogado. Ya se sabe, “de lo que no se puede hablar...”

Por eso hay cosas que no se pueden permitir, puesto que comprometerían radicalmente esa armoniosa justicia que deberá presidir siempre los movimientos de la vida humana en su conjunto. Como que un vulgar escritorzuelo de tres al cuarto, de esos de los pedantes, de esos de los que escriben insensateces—se entiende: todo lo contrario de un triunfador de los que venden tanto porque solucionarían con sus obras problemas de gente corriente, o al menos nos brindarían entretenimiento del sano—tenga la desfachatez tan insultante de ponerse al volante de un vehículo automóvil, de su propiedad, que resulte ser exactamente de la misma marca, gama y modelo que el de todo un abogado de campanillas, que brega a diario en las escaramuzas de lo mercantil. Porque eso lo han tenido que ver los ya cansados ojos del mismísimo don Luis, a punto de mojarse en las lágrimas de la pura tristeza, al tener que ver desde su coche en movimiento el coche de un pariente suyo que se dedica a la pedantería del papel impreso para vagos irredentos. Y lo más doloroso de todo, esos sus pobres ojos que tuvieron que ver, encima, que la gente también lo veía, gente que les conocía a los dos, que sabía muy bien quiénes eran los dos. Le iba a costar a don Luis uno de aquellos ojos, de su propia cara, tener que cumplir con la obligación moral de comprarse aquella misma tarde otro coche muy superior en precio y prestaciones al de su familiar plumífero.

Si estudiar era tan importante para los jóvenes, por ir a otro asunto de importancia, lo era nada más que para ponerles cuanto antes en situación de ganar dinero, y dejar de ser una carga para sus padres. Todo en la vida tenía su explicación, y todo respondía a una justicia que carece de secretos, una justicia evidente para quien fuera capaz de mirar a los hechos tal y como son, evitando por encima de todo liarse a pensar, complicarse, emborronándolo todo con extrañas teorías. A sembrar la confusión se dedican tan sólo aquéllos que van a sacar partido de esta su actividad de confundir al prójimo. Es decir, como había podido observar muy bien don Luis, los que viven y medran gracias a la oscuridad en la que consiguen sumir a los que tendrían la función, ahí le duele, de controlar el gasto público. Tenía otra sobrina el abogado mercantil a la que tuvo que oír asegurar, en una ocasión, delante de sus narices, que se encontraba muy cansada de trabajar todo el año dando clase. ¡Y daba clase de filología clásica, nada menos! O algo por el estilo. Como si se pudiese trabajar *de verdad* en eso, trabajar en el sentido del mundo verdaderamente real del abogado de lo mercantil, el único mundo, y no el imaginado por los holgazanes para seguir viviendo a costa del prójimo.

Eso exactamente es lo que procuraba hacer siempre, en su vida profesional pero también en la personal, don Luis de Olivenza: mirar en vez de pensar. Porque él veía con absoluta nitidez que quien de verdad tiene algo que aportar a la sociedad, ese se acabará haciendo de oro, será rico, con toda seguridad, y se hará rico justo en la medida en que su producto o su servicio o su aportación sean necesarios de alguna manera a los demás. Claro que siempre queda el problema de los adornos, que es en resumidas cuentas el problema de lo falso. Pero en este terreno del oropel se hacía preciso distinguir, porque están los adornos que cuestan dinero al contribuyente sin darle ninguna satisfacción a cambio, y los que por el contrario nos aportan chorros de dineros frescos. Una cosa son, por ejemplo, esos gandules inaguantables del mundo de las letras, atajo de pedantes que se creen muy listos al decir cosas que nadie normal entiende, pero que inexplicablemente viven de la subvención y la impostura, incluso atreviéndose a criticar o a burlarse de la gente de bien que se gana la vida trabajando de verdad. Y otra muy diferente los creadores de videojuegos, pongamos por caso, que nos

aportan un entretenimiento real, sano, que todos podemos entender, y que encima, según los expertos, contribuye a desarrollar las destrezas del personal. Para los videojuegos sí que habría un mercado mundial en expansión constante, lo que es tanto como decir que son algo realmente serio, y por eso a don Luis le parece de perlas que sus nietos estudien para ser creadores de videojuegos.

Luego estaría lo otro, lo de la religión, aquello de los valores. Como para su mujer y alguno de sus hijos era muy importante, algo debe haber en ello. Pero aquí don Luis se le revela a Melquiades un tanto escéptico, incluso socarrón. Hablar de los valores, entendiendo con ello valores diferentes de los que cotizan en bolsa, podrá quedar muy bien y ser muy conveniente en la clase de sociedad que frecuenta el abogado de lo mercantil, pero no deja de ser en el fondo cosa de curas. Y lo de los curas no le parece del todo serio a don Luis. Si llevó a sus hijos al colegio del Opus lo hizo sobre todo con vistas a favorecer su integración empresarial posterior, como casi todo el mundo. Aunque en este asunto no se libra del doble filo de la ambigüedad, que tan común resulta en las cosas de la vida humana, porque, si se piensa bien, ser bueno daría los mejores resultados en el mundo de los negocios. Lo rentable es ser bueno, nada más cierto. Tienen que poder confiar en uno, de lo contrario no se puede ir a ningún sitio. Aunque claro, por otro lado, si tienes la habilidad necesaria para que nadie te descubra...en fin. En este punto de los valores adivinaría Melquiades, con el paso de los años, que las cosas ya no estaban tan claras para su tío. ¿O si lo estaban? ¿Acaso no era abogado mercantil?

Podemos estar seguros de que don Luis de Olivenza casi había conseguido aplicar a su modo de vivir y de ser la consigna clásica del “nada en demasía”, y, por si esto fuera poco, de una manera perfectamente ajustada a la mentalidad de su clase y de su tiempo. Porque para él la clave estaba en no entregarse nunca a nada ni a nadie, no darse jamás, no regalarse, sino ceder un cachito de tu ser sólo tras el correspondiente cálculo de la contrapartida esperable del otro, del resarcimiento con el que es sensato contar, o bien teniendo muy claro que se trata, en cualquier caso, de un pago, de una correspondencia o devolución a un beneficio recibido. Nada en demasía significaba para él ni más ni menos que nada es gratis, ni mucho menos uno

mismo, claro, y con este lema tan simple, tan rotundo, que vendría a reducir y a simbolizar, para don Luis, todo el enigma de la vida humana en la figura del Contrato, verdaderamente se resuelve de un golpe la cuestión de la justicia, la de la medida, la de la serenidad, la de la ética...todo el asunto, en absoluto complejo, por consiguiente, de las relaciones humanas. *Do ut des*, porque ninguno puede pretender ir más allá de lo humano, como no sea Cristo, en parte, y lo humano, definitivamente, es el intercambio, el mercadeo, el cambalache, es decir, el Contrato como secreto último de nuestra existencia en la Tierra. Hasta la mismísima religión institucionalizada nos presentaría nuestras relaciones con lo sagrado en la figura suprema del Contrato, de la Ley, de los derechos y las obligaciones. Hasta la mismísima muerte la habría concebido don Luis de Olivenza, si hubiera alguna vez entrado en esas profundas aguas mito-filosóficas, en la forma de una retribución o pago por el beneficio siempre inmerecido de la vida. Así de entrada, enterémonos ya de una vez, nadie se merece nada de nada, ni mucho menos el aire que respira, hasta el agua de los ríos sería propiedad privada, ajena, y por lo tanto hay que pagar por beber, por respirar, por vivir.

Por otra parte, con el paso de los años ha podido constatar Melquiades, con su interés psicológico y su fino olfato de psicólogo, que su tío es extrañamente proclive, en ocasiones, a ejercer cierta crueldad consigo mismo en lo tocante al asunto de la culpabilidad y el remordimiento. La razón de ello no habría que ponerla sólo en la opresiva educación católica, del tiempo de la dictadura franquista, que había tenido por su parte que sufrir, como tantísimas pobres víctimas, sino sobre todo en su sensibilidad en carne viva para los incumplimientos del Contrato en cualquiera de sus formas. Cosas las dos que sin duda hacen muy buenas migas la una con la otra. Porque es el caso que el sobrino había llegado después a escuchar alguna conversación entre sus progenitores, de la que se desprendía casi inmediatamente que, en por lo menos una o dos ocasiones, el tío don Luis se había permitido el relajo, o había caído en la tentación tan de sátiros ocasionales, de participar, o incluso llegar a organizar, algo así como una a modo de orgía más bien modesta, en el fondo provinciana o de poco vuelo, aprovechando la previsible ausencia temporal de su mujer y sus hijos. Y además que, no se sabe muy bien cómo, aquélla lo

había descubierto todo con ocasión de no se sabe qué casualidad de estas tan abundantes de la vida. Melquiades también había sido testigo, más bien estupefacto, y desde la proximidad de su cuarto, de los amarguísimos auto-reproches que, en el paroxismo de la desesperación, se hizo su tío, no mucho después de ocurrido el suceso, ante la hermana de él que era su madre. Don Luis sufría como un torturador que se pone manos a la obra consigo mismo, y es que no se podía perdonar de ningún modo lo que le había hecho a su mujer y a sus hijos y a..., aunque el mismísimo Dios le hubiese ya perdonado, por mediación de alguno de sus representantes en la Tierra. Como si la fuerza de las pulsiones humanas, en esos momentos en que tiran con todo y pasan por encima de todo, hubiera de tener que refrenarse ante la sacralidad del prístino Contrato, regulador esta vez del derecho de familia. Bien es cierto que los sátiros, por muy ocasionales que sean, tienen entre nosotros una fama horrorosa, pero en la mitología griega eran nada menos que genios de los bosques, y por tanto símbolos del poder de fecundidad de la mismísima naturaleza, mitad hombres barbudos mitad machos cabríos. O sea, para el Cristianismo, la lujuria en su esencia diabólica. Pero en ese terreno tan lascivo del bosque salvaje, en el que cualquiera se perdería, todo Contrato no supone otra cosa que risible soberbia humana. Lo cual, al bueno de don Luis, abogado de lo mercantil y padre de familia, no le entraba en la cabeza de ningún modo, aunque ello hubiese de suponer para él momentos de verdadera auto-tortura.

Un verano malagueño, 2010

*De cómo una de las cosas peores que tiene el que haya tanta gente que ponga toda su industria en estafarte todo el tiempo resulta ser que te obliga a pasarte la vida defendiéndote de ella, sin nada más urgente o mejor que hacer (quizás porque no lo tengas).*

15. ¡Es el robo!

Aparte del placer, la fama y la riqueza, aparte de la fusión con el bien en este o en el otro mundo, se han venido considerando otras finalidades *últimas* para la vida humana, no hay duda de que nuestra inventiva pocas veces desfallece.

Una de ellas sería simplemente vivir, “nada más” que vivir, pues que el hecho de estar vivo sería ciertamente un hecho muy complejo, y tan sorprendente y excepcional, lo podemos pensar así, que bien pudiera ser que la vida humana no tuviese en verdad finalidad ninguna fuera de sí misma, o bien su única finalidad sería la de afirmarse a sí misma. Los hay incluso tan inspirados que han mantenido con tenacidad y buenas razones, aunque en este terreno, como es natural, no se puede hablar de razones en sentido estricto, que lo esencial o propiamente vital de la vida sería justamente lo que llamaríamos su aspecto interno, o el contacto de ella consigo misma, su auto impresionarse por así decir. Esta dimensión puramente interior o “espiritual” de la vida, en la que hasta habría que decir que no discurre el tiempo de la vida humana como vida volcada al exterior “que da tanto que hacer”, sería propiamente la dimensión en la que se ha instalado desde el principio la oveja negra de tantas familias tan honradas, o el típico parásito de todos los tiempos y épocas. Porque siempre hemos tenido personas que, desde los comienzos de su existencia adulta, tomaron la firme decisión de no madrugar jamás, pasara lo que pasara, ni mucho menos hacer cola para coger el autobús (en los casos, no tan frecuentes, verdaderamente civilizados, en los que se hacen colas para el autobús en vez de desencadenarse asaltos al vehículo por parte de multitudes enfurecidas). Ni mucho menos, hasta ahí podríamos llegar, bajar las escaleras de la boca del Metro. Los parásitos siempre se han instalado en el puro discurrir del placer sereno que se encuentra cuando nos replegamos en la pura interioridad del latido de la vida. Sin duda que otros con más pretensión de objetividad hablarían aquí de cenestesias, de la oscura percepción de los mil metabolismos de nuestros órganos internos. En cualquier caso, deliciosamente volcado a ese paisaje interior sin figuras de límites precisos que sería la intimidad de la vida, el parásito navegaría en el sofá del salón por la cadena letárgica de las horas y de los días, a lo mejor con la mirada fija, pero perdida, en las inmensidades del techo de su vivienda.

El problema es que esta finalidad de la vida que consiste en encontrarla y dar con ella de lleno al perderse uno bien perdido en la infinitud dorada de los instantes que la componen, *necesitaría también del dinero simplemente para ser viable*. De algo tan exterior, tan puesto ahí delante o expuesto, de algo con

una figura tan nítida como el sucio billete de banco. Y es que el parásito inevitablemente se haría mayor, y se le mueren los padres, o le abandona su pareja, o simplemente sucede que la gente acaba por cansarse de mantenerlo con su sudor. Así que para seguir en el sofá del salón, y para seguir con vida y relativamente sano, el parásito se verá tarde o temprano obligado a abandonar el sofá del salón. Pero claro, ni tiene costumbre de ir, ni sabe por dónde se va, ni por supuesto quiere ir, a la cola del autobús con la primera luz de la mañana, a buscar un trabajo para el que casi seguro no está preparado, y que en cualquier caso le exigirá un esfuerzo del que casi seguro no se siente capaz. El parásito razona muy prolija pero en el fondo lúcidamente que nadie se habría hecho rico simplemente trabajando, y que como él no es idiota entonces no está dispuesto a que nadie se aproveche de él haciéndole trabajar. Según sus propias declaraciones, sería esta sabiduría irrefutable de los parásitos la que le deja como única salida vivir del pufo, del fraude, del camelo, del sablazo, porque tampoco es tan tonto como para mancharse a fondo con la criminalidad propiamente dicha. Por lo menos al principio, ya que los mil avatares de la vida del parásito jamás se sabe adónde le acabarán. Esta cuestión más que nada dependerá de sus aspiraciones vitales, en esto tendríamos un amplio espectro que va del vulgar parásito de sofá y cerveza al caer la tarde, al parásito de los brillantes escándalos en la Costa Azul. Pero sin duda, lo que se compaginaría mejor con su instalación en la cara interna de la vida es el estilo ascético y pacífico de parásito, lo que podemos llamar en resumidas cuentas el amable parásito siempre amodorrado.

Muy diferente de la serenidad del vacío que busca éste, sería la embriaguez gélida del vampiro que, si se ha hecho rico, no es sino porque se halla consumido por la sed más devastadora que nos aqueja a los humanos, la sed de dominar a los hombres. Vamos, lo que todos saben, que los dueños del dinero son los dueños de las personas. Y lo que propiamente les pondría a ellos fuera de sí, frenéticos, enfurecidos, enloquecidos, es el ansia de dominio. Pero se trata ahora de un frenesí con ribetes patológicos, un frenesí de hielo, como el que sería de notar en una improbable orgía de muertos vivientes. Muertos que tienen necesidad de los vivos y dependerían de ellos. Vampiros.

Lo que nos ocurre es que nos equivocamos al representarnos en la imaginación esta dominación ejercida por los dueños del dinero. Porque no se trataría en absoluto del antiguo sátrapa que nos hace arrodillarnos para que lamamos sus escupitajos. Eso más bien nos llamaría a la lucha abierta contra el sátrapa, porque de este modo siempre exhibe una identidad reconocida por todos. El sátrapa tiene esclavos, y esto lo sabrían perfectamente los esclavos, que entonces serían capaces de reaccionar contra el sátrapa, si se dan las circunstancias favorables. En cambio, la sangre de la vida que entregamos en nuestra época a diario al que es poderoso, poderoso en este sentido patológico, hay que representársela simplemente como tiempo, como el tiempo de nuestra vida, lo único que en definitiva es nuestro. Poco o mucho tiempo que nos toca vivir para luego desaparecer. El expolio, la desposesión, es entonces expolio de tiempo. Un expolio que se desmiente de entrada a sí mismo, y que a muchos les resultaría, incluso, imposible de reconocer. Porque el poderoso en sentido patológico tiene que empezar por no dejar que sus esclavos se reconozcan como tales. O lo que es lo mismo, no podría permitir que le reconozcan a él como lo que es.

Para ser más concretos, para ser del todo realistas: se trata del tiempo que nos llevaría revisar, repasar, comparar, elegir, cotejar, pero sobre todo, a continuación, el tiempo de las reclamaciones, las protestas, las denuncias, los recursos...”Los ricos que nos dominan nos chupan la sangre”, o nos dominan al chuparnos la sangre, quiere hoy decir: se apropian, con la más absoluta desfachatez y la mayor de las impunidades, del tiempo que nos ha tocado vivir a cada cual. No me estoy refiriendo con esto, necesariamente o sobre todo, al tiempo de trabajo, que por supuesto también, sino al tiempo de que se supone que disponemos cuando ya no trabajamos. Así se ejerce hoy la dominación: si no gastas tu vida en protestar y en denunciar continuamente, no dejan de ti ni las raspas. Cuando decimos de alguien, por ejemplo en una oración fúnebre sin curas: “ha vivido una existencia humana”, eso hoy significa que se pasó sus días renegando de tirios y troyanos, luchando contra unos y otros, discutiendo contra esto y aquello.

Sólo acceder al inmenso espacio multicolor de Pedregalejo's Piyayo Stores, el gran centro comercial. simplemente ingresar en esos grandiosos dominios del consumo elevado a la categoría de arte, constituye una experiencia nada común para los que hasta ese momento estaban acostumbrados a los demás grandes centros comerciales de la costa. Es muy difícil ir más allá, de verdad superarse, aunque sólo fuese con la imaginación, en nada de lo referente a distribuciones globales en tecnología de consumo avanzado e integral.

1º. Magnífica climatización que acertaba a variar, modulándolo con sabiduría, el impacto en la piel de la caricia del aire acondicionado, también por descontado su temperatura y humedad, a tenor de la zona geográfica de procedencia de los productos exhibidos en los diferentes sectores de estantes de longitud infinita.

2º. Melodías, armonías y ritmos en todo ajustados al origen étnico, y a lo que todavía algunos insisten en denominar nivel cultural de los diferentes tipos de clientes. Una música total, envolvente, unas tonalidades que te hacen sentir en contacto directo con el vientre del ser. Y por supuesto, también la posibilidad de elegir el silencio absoluto, para esos temperamentos austeros, concentrados en lo suyo, ascéticos, que también los hay entre los veraneantes.

3º. Y ante los anaqueles atestados de mercancías, en los diferentes departamentos, comida, ropa, complementos, deporte, jardinería, electrónica, etc., un diseño de los espacios muy bien diversificado—circular, rectangular, elipsoide, romboidal, cruciforme, tipo tumba etrusca, en forma de escalera sin sentido ni solución—, atendiendo naturalmente a toda la diversidad de las danzas con posibilidad estadística de ser las favoritas del público, las más exóticas, como el bulla bulla o el colorao, las de la tierra, muy flamencas, pero incluso las clásicas, tanto apolíneas como dionisiacas. Ya sabemos todos que comprar bailando, sobre todo bailando con desenfreno, se ha ido revelando paulatinamente en estos últimos tiempos una de las experiencias más satisfactorias para el comprador, y por eso mismo más lucrativas para el vendedor.

4º. Y por otra parte el verdadero arte del agua, el dibujo y la escultura de los chorros en el líquido elemento, bien trabajados en los diferentes recorridos

que imponía la forma de los tubos de las numerosas fuentes, además iluminadas de malva, rosa o añil. También el rumor del agua, ese rumor verdaderamente divino que nos trae a la mente el no del todo sepultado recuerdo de los Omeyas y los Almanzores.

5º. Además se puede decir que Genoveva había tenido suerte esa tarde, porque justamente durante toda aquella semana Piyayo celebraba la semana del sexo sano, patrocinada por Sanisex, para hacerla coincidir estratégicamente con las fiestas patronales de la Virgen del Carmen, lo más serio y respetuoso de la Costa. Lo cierto es que tampoco se dejaba notar mucho el evento, tan sólo que las chicas de la caja iban desnudas de cintura para arriba; los muchachos patinadores que informaban a los clientes de la localización de los productos, siempre sometida a cambios por elemental imperativo comercial, vestían nada más que mínimos slips disimulando la abultada protuberancia; en los servicios se habían quitado los indicadores de mujeres y hombres, así que reinaba la más desoladora confusión; y al final de la compra se regalaba a los clientes condones de sabores y papeletas para rifas de juguetes eróticos.

Melquiades se lo contaba a su amigo Marcelo, con muy buen humor, allí sentados los dos, a la exigua sombra del enteco árbol del mes de Julio, en el banco de Ventas, junto a la plaza de toros, bebiendo una lata de cerveza fría, pero se lo contaba también corriendo el peligro de hacer pasar por ingenua a Genoveva, cosa que en absoluto era, o, si acaso lo era, en mucha menor medida que él mismo. Y es que ella le había telefoneado la noche anterior desde el apartamento de la playa, verdaderamente alarmada. “¡A lo que hemos llegado!, ¡hemos llegado al robo!”.

Genoveva tenía la costumbre de repasar los tickets de caja, y las facturas, y las cuentas del banco, y leer la letra pequeña de todos los contratos, y eso siempre había hecho sonreír irónicamente a Melquiades Bendicho. Pero ahora iba a resultar que ella tenía razón, porque estaba claro que se había llegado al robo generalizado. Al ir a pagar en Piyayo, bien aprovisionada su novia de condones de menta y de vales para sorteos de penes electrónicos por la munificencia regia de la dirección del establecimiento, se percató tras revisar como siempre la cuenta de que había un error de trece euros, a favor de la

empresa naturalmente, porque es de notar que jamás ocurre al contrario. Ni que decir tiene que se quejó en el acto, pero fue para oír la voz de la empleada, una voz tranquila y con un inquietante timbre de resignación, diciendo que son cosas que pasan, señora, qué le vamos a hacer, antes de reintegrarle el importe debido. Después de pensarlo una décima de segundo, Genoveva preguntó que si para asegurarse de que no había más errores estaba obligada a ir otra vez a los estantes a comprobar el precio de todo lo que había comprado. Le respondieron qué va señora, pero si usted quiere... Claro, contra una cajera una no va a emprenderla, porque está claro que la cajera no tiene la culpa de nada, una mandada a quien por lo general explotan. Entonces habrá que ir por el jefe. Pero ¿quién es el jefe?, ¿quién manda en Piyayo?, ¿acaso hay *alguien*, con nombre, apellidos y dirección, que sea responsable de Piyayo? Bien es verdad que tengo a mi disposición las hojas de reclamación, como de costumbre, pero se trata de formularios muy enojosos, y ahora aquí no las tienen, las tendrían que ir a buscar y yo aquí esperándome, con toda la cola que hay. Tal vez todo estaría hecho en una hora, pero tengo el coche no muy bien aparcado y entonces...

Por supuesto que Genoveva sospecha que en las reuniones de los agentes comerciales de Piyayo se pasan cada cierto tiempo consignas muy precisas, consignas que hay que cumplir a rajatabla si uno o una quiere seguir trabajando en Piyayo. Y ahora la consigna es, simplemente, acometer el robo, el robo directo y literal. Si no se dan cuenta no pasa nada, y eso que salimos ganando, ahí es ná con todos los que son. Y en el peor de los casos, cuando sí lo descubren, una reclamación y/o un improperio. Pero no sólo sucede que los curritos no tenemos culpa de nada, es que errores los tiene cualquiera porque para eso somos humanos, *errare humanum est*, como muy bien saben los de letras. Y esto significaría, lisa y llanamente, que a trece euros por cliente que no se percata, como mínimo, y la mayoría no se entera, al cabo de las semanas, los meses y los años... Piyayo una mina de oro para el dueño de Piyayo.

--Así que parece que está ya generalizado como práctica sistemática y descarada. Hasta ahora yo había observado algunos detalles preocupantes sólo alguna que otra vez, pero con ocasión de extrañas cartas del banco, o en

las surrealistas peleas telefónicas con los empleados de las compañías de telecomunicación, casi siempre aquejados de síntomas de descerebramiento. Recuerdo por ejemplo aquella manera de comenzar una misiva que me remitieron de repente los del Banco Valadier: “Señor Bendicho...estamos muy interesados en su dinero...” Y sobre todo no me olvidaré nunca de los meses de angustia que tuve que soportar pelando varias horas diarias con los telefonistas de la compañía que me cortó a traición, y sin dar explicaciones, el acceso a Internet que les había contratado y que me resultaba imprescindible en mi trabajo, para luego prohibirme, muy legalmente, darme de baja para que me pudiese escapar con otra compañía lo más seguro igual que ellos ¡Allí nadie era responsable de nada y por lo tanto no había nada que hacer!

--Sí, sí, a mí ese mismo Banco me acaba de escribir para darme la enhorabuena porque seguirán sin cobrarme algunas comisiones mínimas que no me cobraban hasta ahora, siempre y cuando cumpla desde este mismo momento un montón de condiciones que hasta ahora no exigían, condiciones sin duda propias de personas muy pudientes, que serían al parecer las que tienen derecho a que los Bancos no les cobren por casi nada.

--Es una lata, hay que estar todo el día vigilante para que no te esquilmén entre unos y otros. Esta situación me recuerda a lo que decía un amigo mío de que nos tenían que pagar por ver la televisión, a tanto la hora. Se apoderan de tu tiempo, te lo roban. La pobre Genoveva esperaba romper con toda esta sangría cuando pudo por fin comprarse el apartamento en la playa, lejos de la gran ciudad. Pero ella ignoraba que es completamente imposible escapar, y mucho menos comprando un apartamento. ¡Cómo se enfadó con aquel sociólogo al que conocía de un curso de especialización! Le llegó a decir a ella que como los psicólogos, por término medio, son de origen humilde, por eso cuando llegan a trabajar de psicólogos lo que prefieren es el veraneo de la casita de la playa, porque así les parece que hacen algo por sus difuntos padres al cumplir ellos los sueños de toda la vida de sus progenitores. Y además van casi todos indefectiblemente, muy ufanos, a comer comida basura, mientras que los sociólogos, o sea, como el que esto dijo, vendrían de la clase media-alta, y por eso ocurre que muchos tienen gustos más intelectuales, hasta

viajan al extranjero cada cierto tiempo, y saben apreciar la comida por ejemplo india.

--Siempre estamos todos centrados en nosotros mismos, qué lamentable espectáculo el que damos, encerrados en nuestros pequeños mundos egoístas. ¡Con lo inmenso que es el mundo! ¡Con lo inacabable de la desgracia ajena! Basta con leer el periódico o ver un telediario para sentir el dolor de los menos favorecidos y clamar con ellos para que de una vez por todas se haga todo lo posible para aliviar su sufrimiento, que debe ser el nuestro. Por eso lo que me cuentas, en el fondo, me parece inmoral, y a ti te lo debería parecer también, a poco que lo pienses. Tantos países en guerras terribles, el hambre que azota a la Humanidad, los espantosos desastres naturales, los dictadores con sus atrocidades de siempre, y vosotros aquí tan tranquilos quejándoos de que os quitan el tiempo de la vida ¡porque tenéis que reclamar por un error de trece euros en una cuenta! ¡Es escandaloso!

--Sabía que llegaríamos, tarde o temprano, justamente a eso que estas diciendo, de verdad que lo estaba esperando. Por eso ahora te respondo yo a ti que pienses bien, pero que muy bien, lo que hay detrás de tus palabras, lo que en realidad se escondería tras ellas, qué sentido tiene pero sobre todo a quién beneficia la tajante obviedad de las mismas. ¿No sería su mensaje que, simplemente, no tendríamos derecho a quejarnos de nada de lo que nos hagan los que controlan nuestras vidas, no tendríamos derecho a denunciarles por nada, ni siquiera a hablar de ello en absoluto? La miseria del mundo, terrorífica sólo de pensarla, es lo que me obliga a dar gracias a Dios todopoderoso todos los días, por la suerte que he tenido en la vida, razonaba un amigo mío palestino que se las da de persona sabia, experimentada en la escuela del sufrimiento. Esgrimiendo el dolor del mundo, los manejos de tantos y tantos Piyayos siguen su curso en línea recta y con una potencia imparable. El robo de nuestro tiempo, que todos ellos perpetran y del que viven y bien que se alimentan, no sería absolutamente nada, comparado con el panorama de la escasez o la ausencia de comida, pongamos por caso, o con el de un buen tsunami de los gordos, y por lo tanto hay que dar gracias de que sólo nos quiten tiempo. Si te das cuenta, en el fondo es como aquello que nos contaban cuando niños de que hay una vida después de la muerte, en efecto, porque si

es verdad que lo importante es la otra vida, entonces resulta evidente que lo que te pase en ésta no lo es, o no lo es tanto, o lo es pero sólo en atención a las exigencias de la vida de ultratumba, que por eso sería la *verdadera*. Incluso se impone la conclusión de que habría que aguantar todo lo que te pasara en esta vida, ya que por lo común la otra se plantea como recompensa.

Lo que ahora se nos está diciendo todos los días es que la vida verdadera es la del dolor de los telediarios, y *no la nuestra*, en suma, que debemos atender a la vida del sufrimiento en la medida en que en ella sería el sufrimiento verdadero sufrimiento. O sea, que nuestro sufrimiento quedaría negado porque es un sufrimiento comparativamente *insignificante*. Como si fueras al médico porque tienes la gripe y te mandara a paseo gritándote indignado que en la habitación de al lado hay uno con cáncer de páncreas. Como decirle al poderoso: “me está usted quitando la vida todos los días poco a poco”. Te responderá que mucho cuidado a ver si te la quita toda de golpe.

Terrassa, Barcelona, 1984

*Que habría opuestos tipos de abrazos, y no siempre los que parecen más sucios son los peores*

#### *16.Reivindicación del sátiro frente al santo*

Aunque el de investigador científico suela ser un destino bastante solitario, la carrera de Melquiades Bendicho le había llevado alguna vez a conocer a compañeros que también le resultarían interesantes en el plano personal. Sin ir más lejos aquella estancia juvenil en la UCA de Barcelona, un par de buenos años de trabajo duro y a la vez enriquecedor en experiencias vitales, cuando trabara conocimiento, entre otras personas, con el profesor Benet Vilà y su familia. El amigo Benet, con su sonrisa de niño travieso, tan acogedor, tan simpático, tan peculiar.

Pero es preciso matizar muchísimo para llegar a entender el caso, porque Benet era, en verdad y al mismo tiempo, la pura alegría personificada, y, por si fuera poco, una alegría universalmente contagiosa, que se derramaba en todas direcciones, todo un regalo para los que compartían con él un poco de tiempo, hasta cuando se lamentaba con la mayor de las amarguras de la inexorable

dureza del sistema impositivo español, o de la inversión monumental y absolutamente desatinada, ruinoso, que suponía, para un padre y una madre, la decisión de tener hijos.

La relación de Benet con el dinero era una relación muy honda, una tan entrañable relación que se columpiaba sobre lo metafísico, por así decir sobre el abismo de la pregunta por el ser, el fundamento sustancial o el ser verdaderamente real. Porque el dinero era para él, a no dudarlo, la madre del ser. Y no es esto ninguna exageración por mucho que lo parezca, se trata de la verdad literal. La corriente o el flujo de la vida que nos arrastra a todos, flujo en el que nos debatimos inútilmente los mortales, yendo en realidad a la deriva más absoluta, hasta desembocar de modo ineluctable donde ya se sabe que todos desembocaremos, era sin dudarlo la corriente en la que nos debatimos con el dinero y contra el dinero, amándolo y odiándolo no sólo alternativamente sino muy a menudo a la vez.

Y Benet era, más que un filósofo, un torero del dinero, al que le entusiasmaba jugar con el dinero, como hacerle recortes y ponerse máscaras, engañarlo, hacer frente a sus vaivenes y arremetidas mortales. Por ejemplo, cuando alguna vez quedaba yo con él un fin de semana, con nuestras respectivas parejas, se le pudo ver, todos le podían ver, gritando desaforadamente y elevando con los dedos índice y pulgar una moneda de las de antes de quinientas pesetas, que a continuación depositaba como si la incrustara sobre el mostrador del bar de turno, con gran aparato sonoro: ¡juro por lo más sagrado que cuando acabe la noche de hoy y rompa la luz del nuevo día, no habré gastado más que el valor de esta moneda! Y Benet pasaba la noche consumiendo mucho alcohol y tabaco, y también alguna comida de vez en cuando, hablando con todo el mundo, trampeando, prometiéndoles favores a todos, cerrando pactos y proponiendo extraños negocios que no podían fallar, incluso suplicando préstamos que por supuesto jamás devolvería. Pero jamás habría gastado, al final, más que aquellas quinientas pesetas que él siempre se fijaba como límite, cuando en realidad su situación económica, y la de su compañera, hacían completamente superfluo, hasta lo grotesco, un juramento como el que Benet, sin duda, se iba a empeñar en reiterar el fin de semana siguiente.

Ya había sentenciado el amigo Benet, en una ocasión en la que la situación de la política internacional nos invitaba a ponernos filosóficos, ya lo había sentenciado, digo, tras hacer acopio de toda la sabiduría que sus ancestros le habían inoculado en la masa de la sangre desde el inicio de los tiempos: “el secreto de la vida, todo el secreto de la vida, como decía mi abuelo el menorquín, ese sí que sabía de qué iba esto, no es otro que comprar a cinco y vender a diez”. Con lo que, sin duda, Benet se estaba encuadrando a sí mismo socio-política-histórica-económica, y a lo mejor incluso geográfica y genealógicamente, de una vez por todas, y de la manera más contundente posible. Tal sería, y no otro, el secreto intrínquilis de la existencia humana. Todo lo demás, como decía aquél, poesía, todo poesía. O sea, humo, fantasía, nada, a fin de cuentas.

Pero lo digno de consideración del caso no es, por supuesto, este lugar tan despreciablemente común, sino el hecho, imposible de negar, de que Benet te encendía, te entusiasmaba, a ti y a todos, con las fintas que le hacía, sin darse tregua, al dinero, y a las acometidas de los acreedores, y a las temibles ausencias prolongadas de los billetes de banco. Un domingo por la tarde se paraba un coche a tu vera, Rambla abajo, y te llamaba la voz de Benet, invitándote a echarle un vistazo al material audiovisual recién comprado, en Andorra, que se acumulaba detrás: “¿cuánto dirás?, ¿cuánto dirás?” Ese entusiasmo, esa orgía de vida volcada sobre ti casi con violencia por la mirada de Benet, una vida que se centuplicaba en la tarea de ahorrar un euro o una peseta cuando en realidad no hacía en el fondo falta ninguna, dejaba tamaño al entusiasmo del mismísimo coro final de la Novena Sinfonía.

Y era, además, lo que le pasaba a Benet, por si esto de la simpatía y la alegría que sabía comunicar fuese poco, que resultaba con todos máximamente popular, igualitario, democrático hasta el colmo. Porque, en definitiva, nada importaba quién fuese cada uno, de dónde venía, a qué se dedicaba, qué estudios tenía, qué habilidades, qué carácter, qué talante moral: lo único que mecería la pena, a fin de cuentas, era ahorrar al máximo, ahorrar como tarea medular de la vida. El ahorro no entendía de rangos ni de distinciones entre los humanos, a no ser, claro está, la distinción que se

establecía contundentemente entre el que ahorra mucho, incluso el gran ahorrador, y el que ahorra poco, incluso nada.

Por otra parte, es preciso apuntar que se equivocaría de medio a medio el que supusiera que lo que sucede es que Benet había hecho de la renuncia al disfrute o al goce, del ideal ascético en suma, una virtud o en realidad hasta una manía personal, eso tan vulgar de tantas culturas sacerdotales. En primer lugar porque él no había renunciado a nada, absolutamente a nada, sino que, bien al contrario, consumía de todo, mucho más que los demás o que la media, consumía de todo menos cocaína. La coca, a decir verdad, no le gustaba nada de nada, todavía me parece estar oyéndole: en realidad despreciaba olímpicamente a los que le daban a la coca, como él decía, sin duda porque con ello demostraban su incapacidad para el ahorro, o, más bien, dejaban ver la imperdonable falta de hacer ostentación del derroche. Hacer ostentación del derroche: para Benet, esta sería la mismísima definición del pecado.

En segundo lugar porque, para mi compañero de trabajo, ahorrar era toda una pasión, y una pasión completamente terrenal, abandonado y dejándose mecer en cuyos brazos experimentaba él los más delicados éxtasis, pero éxtasis de pura vitalidad carnal. Una pasión pero al mismo tiempo un juego, una pasión lúdica, como lo que decíamos antes del torero. Porque, desde la perspectiva que era la definitoria de Benet, aquel que ahorra hasta lo inverosímil, pero al mismo tiempo consume de todo, menos coca, le estaría ganando la partida a la muerte, naturalmente siempre sólo de momento. Se estaría burlando de la muerte, en una palabra, y con ello faltándole al mismísimo Dios. Este núcleo de sacrilegio es lo que se esconde, en último término, tras la pasión del ahorro que habría hecho presa en Benet tan desmedidamente. Ahorrar hasta lo inverosímil, sí, pero sin necesidad ninguna de hacerlo, y sobre todo consumiendo sin tasa, exponiéndote con ello al desastre, sería, en los tiempos que corren, el no va más del tocarle las narices al destino.

En otro orden de cosas, diferente como veremos sólo en apariencia, aprovechamos este punto para manifestar la urgencia de una reflexión, lúcida y valiente, sobre la rijosidad o el rijo. El sátiro sería, según el diccionario, el animal-hombre excitado ante la presencia de la hembra, pero sobre todo le

llamamos peyorativamente “sátiro” si molesta con su rijosidad a la mujer. Aunque habría que distinguir, por eso el lío, hay casos y casos, la cosa es complicada. Hay casos que serían de verdad penosos y deprimentes, por lo tanto muy humillantes para la mujer y para todos nosotros. Y lo son también, o sobre todo, porque pretenden disfrazar de abierta cachondez animal aquello que en el fondo no lo es, lo que en realidad sería puro y duro afán de poder, toda la crueldad de la dominación en la posesión de una esclava a la que manipular y oprimir. Aunque claro, la violencia contra la mujer a alguno le puede poner cachondo, me imagino que hasta donde llegue su enfermedad mental o su desviación social. Vendría a resultar que encontrar verdadero deseo sexual muchas veces no es tan fácil. Lo que se encuentra en cambio es, a menudo, otra cosa bien distinta, que se habría disfrazado de deseo sexual, por la simple razón de que pretende asumir el aspecto de urgencia y de inocencia de éste, sobre todo en determinados ámbitos sociales comparativamente liberados.

Un viejo de más de ochenta años le pellizca el culo a una mujer en el paseo de la playa, se supone que lo hace disfrutando y que ella notaría esta circunstancia, y eso tal vez sea lo propiamente humillante, más que el hecho desnudo o en sí. Entonces la mujer le da dos bofetadas y le insulta, marchándose indignada. Estas son cosas que ocurren todos los días. En fin, piensa la mujer, es un anciano, cualquiera sabe cómo está, qué le ocurre en el cerebro, cómo discurren sus pensamientos. Se trata, sin duda, a fin de cuentas, de un espectáculo deprimente, de los que te quitan las ganas porque te dan pena, como aquellos que tenía a la vista Buda cuando concluyó enseñando su sabiduría negadora de la vida, una doctrina perfectamente coherente si nos da por observar sólo esta cara sombría de la existencia, por ejemplo ese viejo decrepito y rijoso pellizcándole el culo a una mujer en el paseo de la playa.

Lo de Benet, asimismo todo un sátiro, se nos antoja que era sin embargo otra cosa, y no lo digo porque tuviese muchos menos años. Es que no era en absoluto deprimente ni tampoco humillante, ni hasta donde yo sé a ninguna se le ocurrió nunca propinarle una bofetada. La verdad es que no sé cómo se las podía arreglar para ser un sátiro simpático. Genoveva, por ejemplo, le contó un buen día a Melquiades que Benet le pellizcaba y le acariciaba los muslos, que

lo hacía para colmo delante de él, por debajo de la mesa, pero se lo contó partida de risa. Más o menos la misma cantidad de risa que tuvo que descargar Melquiades al oírlo. Porque lo de Benet con las donas daba de verdad mucha risa, incluso en este caso un poco dudoso de la mujer de un compañero de trabajo, y además delante de él. Pero resultaba de todo punto imposible tenérselo en cuenta, o tomarlo a pecho, todo lo contrario. Era como un signo más de la vitalidad expansiva de Benet, algo que le ponía a uno al oírlo, y, por lo visto, en general a las mujeres al experimentarlo, incluso de buen humor, contra todo pronóstico, sin que esto quiera decir, naturalmente, que ellas se fuesen a la cama con él, aunque por supuesto algún caso sí que hubo.

Por cierto que la compañera de Benet, y madre de su hijo, era extremadamente bella e inteligente, las cosas como son, y es de suponer que maldita la falta que a él le hacía aprovechar cualquier situación para insinuarse indiscriminadamente a compañeras de trabajo, becarias, alumnas y mujeres de la limpieza. ¿Entonces? ¿Se trataba acaso con Benet de la fecundidad inusitada de la naturaleza, de esa fuerza primordial que, más o menos a todo hijo de vecino, nos lleva y nos arrastra a su antojo sin que podamos oponerle ningún argumento racional que nos permita ejercer el control voluntario? ¿Era Benet tal vez el rey de la pulsión, o mejor, su esclavo, esa explosión de la vitalidad en una juventud que ya inicia la senda de la madurez?

Todo puede ser, no se puede decir que no, por mucho que nuestro amigo se pasara tantos fines de semana hundido en el sofá de su salón, viendo las estupideces de la televisión y sin mover ni un labio, según todas las apariencias completamente exhausto al acabar la semana. Andando el tiempo, el psicólogo Melquiades llegaría a la conclusión de que Benet, si era todo un sátiro, es porque en él se había frustrado una tremenda vocación de torero. Lo que a Benet le gustaba, mejor dicho, le apasionaba hasta el punto de constituir la verdadera razón de su vitalidad y su alegría, no era otra cosa que la exposición al peligro. Y ya se sabe, para los hombres pocas cosas hay más peligrosas que las mujeres. Un peligro de verdad mortal. ¡No digamos ya para un hombre casado y con hijos! Benet iba por ahí travestido de sátiro por la misma razón por la que ahorra de forma delirante, sin dejar de consumir y consumir. Se la estaba jugando, día a día. ¡Lo que hubiera disfrutado Benet de torero!

Aquel restaurante de la costa era el mejor para la cosa del pescado y el marisco, todo el mundo lo sabía, estaba fuera de toda discusión, y aquella noche de finales de Julio se hallaba atestado, no cabía ni un alfiler, turistas de medio mundo vestidos con sus mejores galas, y haciendo exhibición de una salud y un bienestar sin duda insultantes para el mundo en que vivimos. Ante los platos de adobo, calamares, boquerones, pimientos asados, conversaban plácidamente Genoveva y Melquiades con el viejo compañero de clase de éste, Calixto Bandera, en el momento actual fraile dominico muy intelectual y profesor universitario, a punto de tomar los votos definitivos.

“Pues sí—en el tono de la confidencia—lo del sexo no es todo lo dramático que vosotros pensáis que es, ni muchísimo menos, porque en cuanto se han pasado unos cuantos meses de rigurosa abstinencia, para todos los efectos vendría a ser como si se te hubiera olvidado. Además, para placeres de los sentidos me llega con el de la comida, mucho menos pecaminoso, naturalmente. Por cierto que yo prefiero mil veces la de cuchara a ésta, como buen berciano que soy. Ya sabéis que pertenezco a una sociedad gastronómica que recorre casi todos los fines de semana las rutas castellanas del cordero, el cabrito, los judiones con chorizo y morcilla etc.”

Melquiades no pudo menos que pensar que, sin duda, su amigo tendría muchas más dificultades para moderar su natural mala leche, ya muy notable en el colegio. Y eso que, para colmo, como profesor de griego que fuera, habría traducido muchas veces para sus alumnos aquello de que “la cólera la vencerá el que reflexiona bien”.

Súbitamente, que es como sobrevienen siempre este tipo de catástrofes, sucedió lo peor. Genoveva rompió a dar alaridos desaforadamente, al tiempo que se levantaba como el rayo de su silla y empujaba la mesa con sobrehumana energía, sin duda para abrirse paso a como diera lugar. En apariencia se estaba asfixiando por momentos, la cara muy pálida y todo su cuerpo presa de violentas sacudidas espasmódicas. Genoveva era además un mar de llanto, y al parecer de extraña indignación. Los ocupantes de las mesas en derredor también se levantaron, estupefactos, mientras que a Melquiades le

invadió la espantosa certidumbre de que a su compañera se le había atravesado una espina de pescado, y allí se les estaba sofocando sin que nadie pudiera hacer nada para evitar el fatal desenlace. ¡Tantas veces había oído hablar de muertes así!

Pero Calixto iba a resolver el enigma, liberando a Melquiades de su atroz angustia, y a los compañeros de restaurante de su mayúscula preocupación y de su sorpresa, cuando en un momento dado señaló al mantel diciendo, “¡allí, eso!”, y llevó la atención de todos sobre una colosal cucaracha, negra como la noche, que se paseaba tranquilamente, en su inocencia, por el medio de la immaculada blancura del mantel de la mesa de los tres. Como luego les iba a contar la pobre Genoveva, ya medio recuperada, ella la había notado sobre su cuello, a la cucaracha, sobre su hombro, bajando blandamente por su brazo, en dirección a la mesa, hasta que, superado el inmovilizador pánico inicial de la sospecha, consiguió reunir el valor suficiente para dirigir la mirada al antebrazo de la mano con que sujetaba el tenedor que dirigía el pescado, frito y rebozado, hasta su boca. Muy malas noticias para el futuro económico del famoso restaurante.

Del contenido de aquellas cartas que le escribiría tan puntualmente el bueno de Calixto Bandera durante el año largo que se tomó para pensarse bien cuál iba a ser la respuesta que iba a dar a su vocación, no logró entender gran cosa Melquiades Bendicho, a decir verdad, a lo mejor por su mentalidad moderna de hombre de ciencia, y su consiguiente condición de agnóstico. A tenor de lo que había conseguido averiguar, parece ser que el amor de Cristo, de Cristo a la persona elegida y de ella a Cristo, habría que entenderlo como una gracia, un regalo. La fe es un don, o sea, es gratis. Pero ciertos humanos parecen haber contradicho esto, ya desde el principio, al presentar la fe con un precio determinado, como algo que habría que pagar con un enorme sacrificio. Un sacrificio enorme, no cabe duda, si no de animales, como en las religiones anteriores, sí de pulsiones e instintos. Un sacrificio, nada menos, de nuestra animalidad o de nuestra naturaleza. Matar en nosotros la rijosidad o el rijo, en su doble acepción de sexo y agresividad. Los votos que iba a tomar Calixto son votos de pobreza, castidad y obediencia, constituyendo el primero de ellos, sin

duda, la plataforma de despegue que nos conducirá, tarde o temprano, a los otros dos, en los que se expresaría literalmente el sacrificio de nuestra naturaleza animal. Habría que sacrificar al animal para entrar en la vida eterna, que no es desde luego la vida animal, o sea, no es *ésta*.

Por lo tanto, uno tendría que pensar que ese amor de Cristo, que esa fe que supuestamente le trae al elegido la felicidad ya en este mundo, nos ha de costar el sacrificio de nuestra animalidad, nada menos. Esto es, cuando Cristo nos ama y nosotros le amamos a Él, lo que ocurre es que nos hacemos como Cristo, somos nosotros de verdad siendo como Él. O sea, somos nosotros de verdad sólo al identificarnos con Cristo o al imitar a Cristo, es decir, estando suspendidos, en el amor, por encima del sexo y la agresión, por encima del mundo, sin tocarlo ni con la punta de los pies. Ya no seríamos propiamente de la Tierra porque ya no somos, en absoluto, animales. Estamos en el otro mundo, en el llamado reino de los cielos, sin duda el reino de la felicidad que nos trae el estar ya salvados. O sea: entonces estamos donde ya nada nos podría afectar de verdad, ya nada nos podría hacer sufrir más, ni que la mujer que amamos nos deje tirados en medio de calle, ni que el poderoso de turno nos esclavice con la amenaza de matarnos de hambre. Por supuesto.

Comparado con esto de estar salvados, es lógico, nada tendría la menor importancia. Pero la única vía a ese reino es la vía del amor, particularmente el amor a quien nos odia y nos hace el mal. Es un hecho irrefutable que si conseguimos amar a quien nos hace el mal es que estaríamos ya salvados, es decir, nos hallamos para siempre más allá de todo sufrimiento, más allá de la misma posibilidad de que nadie nos haga daño. Por definición.

Abrazos, diferentes tipos de abrazos, diversos sentidos para el mismo gesto de abrazar al otro. Tenemos en primer lugar el abrazo del sátiro, el abrazo absolutamente inequívoco, que busca fecundar a la ninfa, a la mujer, y gozarla, en definitiva el abrazo de la pulsión, que sería la potencia de la vida que prolonga la vida, o sea, la animalidad, la naturaleza, y además expresadas de la manera más concreta, más carnal, en las mutuas peripecias de los órganos genitales. Luego está la inquietante proposición del ciudadano al parecer holandés, al que se le ve venir ofreciéndose por el paseo marítimo con la exhibición de un gran cartel en español y en inglés: "regalo abrazos". Si

preguntas a alguien que haya visto la correspondiente noticia del telediario, te responderá que se trata de una especie de secta de ámbito internacional, ávidos de esparcir o distribuir la energía de sus cuerpos entre los agotados trabajadores europeos y africanos, por el puro gusto de así hacer el bien al semejante, pero que también tendrían en cuenta los innegables beneficios del intercambio, o sea, que la energía del cuerpo abrazado también inundaría su propio cuerpo. La comunidad de los seres humanos realizada en el abrazo. Se trata, al parecer, de un ciudadano holandés todavía joven pero con una sonrisa extremada de caricatura, o más bien como de alucinado, o de los que se sienten en la obligación no sólo de parecer felices sino incluso de serlo, porque habría que alegrarse para alegrar al prójimo. Entonces es un abrazo que no distingue, un abrazo neutro e indiscriminado de cuerpos revueltos, no como el del sátiro que huele a la ninfa y la tienta con ansia, es un abrazo éste el del holandés que anularía de entrada todas las distinciones joven/viejo, mujer/hombre, guapo/feo. Habría que creerse que al ciudadano holandés que regala abrazos le daría exactamente igual la naturaleza biocultural del abrazado, sólo se trata de cuerpos como recipientes o pilas de la sagrada energía de Gea, del cosmos, del ser. Transmitámonosla por medio de un buen abrazo, prolongado, enérgico y tierno a la vez, en el que estaríamos asomándonos a la sustancia de la vida como *zoé*: sin duda un buen sentido para nuestra vida como *bíos*. Abracémonos todos uno por uno, ¡ea!, y así estaremos haciendo algo positivo por nosotros mismos y por los demás, por todos.

En el taxi en el que le acompañaba al día siguiente a la estación para coger el tren de regreso a su Universidad, Melquiades, de golpe y porrazo, le cuenta a su amigo Calixto todo aquello de los acosos sexuales que tuvo que sufrir tantas veces en el colegio de curas al que los dos habían asistido durante tantos años. Se lo cuenta todo con nombres y apellidos, pero sin detalles, claro, con los ojos muy abiertos del taxista reflejándose en el espejo en el que los miraba a ellos siempre que el tráfico se lo permitía. Y le añade una leve referencia melancólica al tremendo daño que aquello le causó, en un futuro con un aspecto de verdadera pesadilla, del que sólo ahora estaría saliendo.

Antes de que el tren cerrara para salir, y después de despedirse, Calixto se acerca a Melquiades se diría que furtivamente, y le propina, como quien no quiere la cosa, un buen abrazo sostenido en el tiempo, sentido, cargado de sentido, un abrazo de los de hermano. De hermano inequívocamente, porque el vértice de ese abrazo que pretende unir a esos dos seres humanos estaría ocupado nada menos que por Jesucristo y su amor a ambos. Es el amor de Cristo el que enlazaría a los hermanos, un amor que viene del padre, el amor que de verdad reconcilia y cura, y por tanto la única solución verdadera para que Melquiades consiga superar lo que le hicieron aquellos anormales, presuntos representantes, por cierto, del amor de Cristo. Porque ya muchos entendidos habían llegado a la conclusión de que el daño causado es, de cualquier manera, irrecuperable. Así que el amor de Cristo solucionaría el problema de Melquiades, y no, en absoluto, los tribunales de justicia.

El abrazo del memo de la sonrisa de zombi no comprometería a nada en absoluto, ni a quien lo da ni a quien lo recibe. Carece de seriedad porque nada se juega uno en él, sino que sólo supone la aplicación de una teoría, la teoría de la libre circulación de la energía a través de la materia orgánica, incluso a través de los cuerpos de las personas. Pero, en sentido estricto, nadie daría nada ni nadie recibiría nada, no hay ni rastro de verdadera generosidad ni por consiguiente motivo ninguno de agradecimiento, porque a nadie le cuesta nada dar esta clase de abrazo, ni por supuesto es ningún regalo recibirlo. Tan sólo se trata de la energía cósmica que fluye y refluye, como si dijéramos de conexiones eléctricas, que surgen por vez primera o que se restablecen. El memo de la sonrisa de zombi, en realidad, no regala abrazos, simplemente se presta a que nos enchufemos, a que nos conectemos con su cuerpo. Porque la energía que corre por su cuerpo no es para nada suya, no le pertenecería, ni muchísimo menos. Simplemente él habría descubierto, con muchos otros, el hecho universal de la energía circulando por los cuerpos, y entonces ahora sabe ver, eso cree por lo menos, las hipotéticas bondades de fomentar y multiplicar indefinidamente las conexiones entre organismos humanos. El memo de los abrazos es como un científico que se limita a aplicar su descubrimiento tal vez antes de patentarlo, en la convicción, además, de que la bonhomía del científico se ha de traducir en una amplia sonrisa de zombi.

Nunca mejor dicho, una sonrisa de zombi, porque su ciencia nos anestesia, y sin duda habría una felicidad propia del zombi, o del que se halla totalmente anestesiado. O incluso la felicidad va a consistir precisamente en estar completamente anestesiado, como en una noche sin sueños. De manera que, al final, la felicidad del mundo moderno vendría a coincidir con la vieja felicidad del budista. Con la anticipación de la muerte, aproximadamente.

El abrazo del sátiro sí que comunica vida de verdad, o sea, vida apasionada, vida que se abrasa en el torbellino de la pasión erótica pura y dura. No abraza a cualquiera el sátiro, faltaría más, en este sentido podrá ser un animal, o un medio animal, pero de ninguna manera un memo. Porque es evidente que la vida tiende inconteniblemente a la inteligencia y culmina en la inteligencia, el sátiro no tendrá nada de estúpido. Bien es cierto que hay un sentido en que le cuesta trabajo sublimar, el sátiro no es un buen pintor ni un buen arquitecto, pero como sabemos parece que se le dan bien la poesía y la música, lo que se manifiesta en la tragedia cuando el coro de sátiros celebra a su señor Dionisos, que es también el dios del teatro. Teatro es lo que hace el sátiro de todos los tiempos para conquistar a la mujer, y conseguir sus favores, que ansía hasta con desesperación. Y la fuerza genesíaca que atraviesa al sátiro es, a no dudarlo, una fuerza mística, impersonal, una potencia que tampoco es suya a título individual, nada menos que el poder indestructible de la vida que está destinado a dar nacimiento una y otra vez a nuevos individuos y a nuevas vidas, para lo que es condición indispensable la aniquilación de otros muchos. Pero lo importante es, de un lado, que el sátiro se arriesga siempre, en realidad corre peligro de muerte. Los buenos vecinos del valle se suelen reunir para dar batidas, y hacer escabechinas de sátiros, y así vengarse de lo de sus mujeres, que en el fondo, como casi todas las mujeres, también son seguidoras del dios Dionisos. Además, en los misterios dionisiacos, las *Dionisia*, no se le dejaba de recordar al adepto que la posesión del falo, de la que tan orgulloso estaba, naturalmente que se acababa pagando por necesidad con la consunción, con la muerte. De manera que el sátiro es un auténtico mártir de la vida, es todo generosidad, porque no guarda nada para sí, todo lo da, lo regala todo, nada queda con él en reserva. Muere completamente vacío, exhausto, agotado, decrepito, una vez que las atroces

marcas de la vida, marcas de violencia y sexo, han señalado su rostro, profunda pero bellamente, anunciando así la retirada definitiva de la vida universal del cuerpo exánime del sátiro consumido.

Finalmente, el abrazo del hermano en la fe se hallaría motivado por la esperanza, que al mismo tiempo es la apuesta pero también en el fondo la certidumbre, de la reconciliación, de la redención definitiva del pecador que cualquiera de nosotros somos, según dicen todos ellos con unanimidad. Todo ese gasto improductivo que viene a ser el mal, el pecado, quedaría completamente amortizado por la enorme virtud de la moneda del sufrimiento. Sería devuelta la deuda de esa manera. El amor de Cristo cura al que supo sufrir cristianamente, esto es, en el límite, amando a los causantes de su dolor. Ese mismo amor en verdad delirante, por antinatural, sería ya la curación. Y, en el abrazo del fraile, el reconciliado quedaría completamente libre de su dolor, es decir, un dolor convertido en pasado ya inoperante, al haber sido tomado en brazos por el mismísimo amor de Cristo. El fraile que te abraza, entregándote con ello al amor de Cristo, se hallaría en vías de dejar de ser, definitivamente, un animal, un ser de la naturaleza. En vías de ser pobre y de no aspirar a dejar de serlo. Casto y manso, como Cristo, completamente desprovisto de virilidad o rijo. Por eso mismo estaría autorizado ese fraile a hacer las veces de peldaño o plataforma que sirve de vehículo para que puedas poner por fin el pie por encima de tu propia naturaleza, dañada por el pecado, y así te sea dado acabar superándola.

Pero el que mata al animal desea obtener el favor de Dios. También desde luego el que procede a matar, lenta pero inexorablemente, al animal que vive en él. Hasta cierto punto no debería ser tan evidente que el que está desprovisto de sexualidad y de toda violencia habría de ser, precisamente por ello, el perfecto. Tampoco nos vamos a adentrar ahora en la denuncia de los que lo intentan pero no lo logran nunca, sino que terminan generando vistosas psicopatologías, a veces vecinas del crimen. Porque no sabemos muy bien por qué habría que intentar el sacrificio del animal. Habría otras formas mucho más humanas de tratarle. Sin duda. En realidad, se podría decir que todo lo que hace la cultura, aún la más elevada, puede ser concebido como diferentes modos de domar al animal, o de invertir el capital, para ponerlo en otra jerga.

Domarle, no matarle, pero tampoco necesariamente domesticarle, que entonces muchas veces daría tanta pena. Parece simplista, pero hace bien quien insiste en que el que mata a su animal interior es que en el fondo espera una recompensa. O que lo ha llegado a odiar hasta ese punto, en una cultura patogénica.

*De siempre, Lo Sórdido: Que lo diferentes unos de otros que somos todos se revela al máximo cuando llegamos a viejos, en nuestra relación con la muerte que se espera y se anticipa.*

### 17. *El santo entierro*

Hubo un momento en mi adolescencia en que me di perfecta cuenta de que todo lo que me rodeaba se podía definir, de la mejor manera posible, con una palabra esencial del idioma castellano: todo era *sórdido*, sórdido hasta el desaliento, una anonadante ausencia de espíritu, ni huella de Dios, ni rastro tampoco del Demonio. Seguramente ese adjetivo capital de *sórdido*, definidor de toda una época, me lo habrían sugerido las obras de Buero Vallejo, quiero pensar, pero en cualquier caso así era la realidad, sin ninguna discusión posible, rematadamente sórdida, y lo iba a ser en su totalidad, por lo menos para mí, hasta el mismísimo instante en que comenzaron a entrar en el país los discos de los Beatles.

Pero “sórdido” no significa sólo sucio o lleno de manchas, no connota sólo pobre o muy pobre, sino también, sobre todo, ruin y mezquino, como un barrio madrileño de clase media-baja que se dispone a recogerse en la tarde del domingo, una de aquellas tardes absolutamente atroces, incluso mortales de necesidad, en las que uno se empapaba hasta los tuétanos de toda la pequeñez del humano, de su raquitismo que lleva a la demencia. Pobres de espíritu y, ante su espectáculo, muertos de asco. Recogimiento, tal vez esa fuera la palabra, recogimiento y mucho prepararse para el lunes, después de haber descansado expandiendo el alma de manera sana, en la parroquia para empezar, y luego en los deportes y en el vermú de antes de la comida. Aquellas tardes que iban desgranando pesadamente sus momentos de plomo, grises gotas de tiempo que te imponen el insoportable barrunto de que habría

llegado el fin de los tiempos, o la petrificación del tiempo en la cloaca que a fin de cuentas viene a ser la eternidad. Había que recoger, había que recogerse, había en definitiva que concentrarse, reconcentrarse, y darle gracias a Dios por que no fuésemos a ser nunca como los chinitos, los pobres. Rutina zafia, óxido del alma, pobreza de espíritu, muerte.

Luego la vida, por fortuna, te sacaba de golpe de lo sórdido y te llevaba a pasear por allí y por allá, ya sabiendo uno que una persona sin información es una persona sin opinión, por supuesto que sí, pero sólo si los que te van a informar no son los medios franquistas, o sucedáneos. Escapar, escapismo, ¿y si no qué? ¿El suicidio? Es preciso y es justo escapar, para salvar tu vida y la nuestra, de toda realidad que no sea realidad real, esto es, cuando es demente, disparatada. Pero menos mal que la vida te acabará salvando, al final te lleva a pasear por allí y allá. Porque, al parecer, el tiempo no habría desaguado, ¿todavía?, en esa pútrida cloaca de la eternidad, esa eternidad que debe ser, sin duda ninguna, sórdida, sucia, mezquina, algo muy pero que muy duro que te fuerza a recogerte al máximo, a recogerlo todo, tal y como nos enseñaban los curas franquistas. Europa Nacional-católica.

Pero, por poco que nos queramos dar cuenta y por mucho que nos dejen hacernos los distraídos, inexorablemente le iría llegando el capítulo final a cada historia de vida humana. Y entonces he aquí que amenaza lo sórdido con retornar, pero ahora en tromba, y además para quedarse hasta el final. Como amarga sabiduría que impartirles a nuestros nietos nos quedaría sólo la mueca horrible que nos marca en la cara la nada trágica convicción inamovible de que lo único que cuenta es el dinero, tras considerarlo todo y hacer balance universal, ni siquiera la salud, ni siquiera por supuesto el amor, que todo se consigue en el mercado, por descontado, desde trasplantes de hígado hasta pezones donde mamar. Y es que casi todos los viejos que marchan en fila de a tres o cuatro por el camino, obedeciendo las instrucciones de sus médicos confesores para la cosa del colesterol, una hora o dos al día, mejor que ir a misa si cabe, dependiendo, casi todos esos viejos iban hablando de la propiedad inmobiliaria. De sus pisos, por unanimidad el éxito de una vida humana. Tengo mi piso en propiedad, incluso tendría hasta dos, tres pisos en propiedad. Y por eso duermo tranquilo, ya que con eso la vida se ha

consumado, y todos sabemos, más allá de toda duda, que si se tiene eso es que se habría vivido bien. Aristóteles y Epicuro, sobre la felicidad, lo que pasa es que no habían podido ser testigos del boom inmobiliario. Por ejemplo mi caso, yo que partí de la más absoluta miseria, los míos que nunca tuvieron nada. Y ahora es mi piso lo mismo que un plan de pensiones, y también algo que dejar a los hijos, no como mis pobres padres que sólo me pudieron dejar deudas. La propiedad horizontal sería para tantos la medida inequívoca del éxito, sobre todo para los que nunca pudieron cometer el pecado de la ambición desmedida. Para los que nunca han entrado ni salido en un juzgado de lo penal. Porque ya tendría demasiadas tragedias la vida como para encima pasar por idiota, o por ladrón o asesino, queriéndolo todo, aspirando a grandezas delirantes, las del delirio de grandeza, que propiamente no serían de esta vida, de la vida normal de los que vamos a votar cada cuatro años y pagamos los impuestos, eso está más claro que el agua.

Y entonces uno llega a viejo, nuestra penúltima tragedia pero claro está que en el mejor de los casos, y he aquí que ya tendría algo concreto de qué hablar, de mis pisos y de mis análisis de sangre y de orina. Tranquilidad y confianza, o aquí paz y después gloria. Entonces es cuando de verdad llegamos a tocar con la punta de los dedos, y no sólo del estéril pensamiento ajeno a la praxis, el auténtico sentido de la vida. Su meollo, la propiedad horizontal. Compró ese piso en tres millones y ahora están pidiendo en la zona más de treinta. Ningún problema con la economía, todo así de simple, un piso es como un plan de pensiones, si hay que venderlo te darán siempre mucho más de lo que diste. Aquí paz y después gloria.

Y es que, en el fondo, se trataría otra vez de recogerse, de recogerlo todo, de guardarlo todo bien guardadito, como si se tratara otra vez, en realidad, de prepararse para el próximo lunes y para el trabajo del lunes. Pero ¿para qué lunes? Se trata en definitiva de no dejarse llevar nunca, pase lo que pase, de no dejarse ir, jamás de los jamases. Dignidad, castellano viejo, y derivados.

Por ejemplo, ese viejo franquista, sí, el que estuvo en la División Azul, el que salió de su pueblo soriano literalmente con lo puesto, un día tras otro andando descalzo por los caminos porque no se podía permitir el lujo de gastar los zapatos, y no había ni para la tartana. Luego todo le salió muy bien, qué tío,

y es que tenía mucha fuerza de voluntad y era estudioso, idiomas, funcionario, para colmo le rezaba con devoción y asiduidad a la Virgen del Calvario, la roca fría, madre. La verdad es que se acabó colocando muy bien, pero siempre quiso ir a más, y también ayudaba a colocarse a los suyos y a sus amigos, recomendaciones, favores, enchufes, las cosas como son. Todo se lo supo organizar muy bien, esto es, con la máxima sensatez, nunca se dejaría ir, o por lo menos nunca se supo que se dejara ir, y ni tan siquiera gustó de perder el tiempo, fuera de alguna ocasión festiva. Pero no desde luego como “hombre en fiesta”, nada dionisiaco por descontado, él tenía otra alegría distinta, que no era la de las fiestas, ni siquiera de este mundo, una alegría en verdad extraña, incomprensible para los que no fueran como él. “Quien tiene vergüenza ni come ni almuerza”, es decir, mucho desparpajo, ibérica campechanía, sonrisa a granel, palmadas. Su necesidad de salir adelante, como cualquiera, pero eso no era todo, qué va. Y, por encima de todo, amigo de los curas, muy amigo de los curas, absoluta seriedad, hay que recogerse.

Pero lo sórdido por antonomasia descendía en su apoteosis sobre la coronilla del franquista, allí en el mismo salón de su casa, como buitre de desmesuradas alas desplegadas, cuando llamaba a la puerta todos los primeros de mes el cobrador del Santo Entierro, sus manos con el cuaderno de la Justicia. Nunca dejaría de cobrar el buen señor de la benemérita empresa, a cuenta del futuro hoyo con la lápida futura encima. Bien es verdad que no se podría negar que eso hay que pagarlo, la gente seria sabe perfectamente que es de todo punto necesario pagarlo, por eso se pone a ello desde el mismo momento en que ingresa en la edad adulta empezando a trabajar. Y hay que advertir que no estamos poniéndolo aquí en relación con lo sórdido, de ninguna manera, porque alberguemos el insensato parecer de que no se trataría de una necesidad, y además de algo muy lógico, máximamente lógico. Si lo hacemos así, es justo por la razón contraria. El viejo franquista lo tiene todo atado y bien atado, todo bien arregladito, con recogimiento, ni una locura en toda su vida, ni un desequilibrio del alma que altere un ápice su granítica demencia. Es verdad que a su alrededor algunos enloquecieron, pero se supone que no fue por contagio.

Casos hay muy diferentes, para todos los gustos y sensibilidades, por supuesto, como el de nuestro segundo viejo, que era niño cuando la República. Un viejo elegante, lo había sido siempre, toda su vida, un viejo de verdad fino de espíritu, y es que aquellos pedagogos republicanos eran muy diestros en extremar y pulir la inteligencia y la distinción que son connaturales a los niños del pueblo trabajador español, cuánto más madrileño. Ni compararse puede su condición, en este sentido académico-vital, con la de los señoritos que salían por aquellos mismos años de los Escolapios, bastante vagos, por lo general memos, y raros en su mayor parte. Por los inmisericordes bombardeos sobre Madrid acabaron llevándose a los niños del colegio de aquella zona del barrio de Chamberí a las colonias infantiles que algunas personas, muy ilustres también, se habían apresurado a organizar en la provincia de Valencia. Los niños felices, como de vacaciones, naranjas y mar, lo recordarían el resto de su existencia.

Después de la guerra, luchar, trabajar y trabajar, tener hijos y salir adelante. Como tantos otros admirables. En principio, y en líneas generales, la cosa acabaría saliendo bien, dentro de lo que cabe en la vida humana, pero incluso a pedir de boca desde cierto punto de vista normalizado, la casa, los coches, algún nieto. Lástima de aquel barrio proletario en que iba a vivir su vida, con su familia, y desde joven, el viejo-niño de la República: barridos y arrasados sus jóvenes por el empuje tan triunfal de la estrategia mercantil narcotraficante. La heroína de la que inundaron el barrio mataría a muchos, o, si no, les dejó una vida destrozada. Claro que los hubo que hicieron con ello mucho dinero.

Pero el otrora niño de la República iba a ser, de adulto, un auténtico trabajador “en fiesta”. Quiero decir que sabía muy bien dejarse ir, de vez en cuando, dejarse llevar, no sólo tomarse las cosas como vienen sino incluso disfrutar de muchas de ellas. No hacerse en absoluto mala sangre por casi nada, faltaría más después de haber sido testigo de tantas calamidades, tantos cambios sin sentido, tantas sinrazones, tantas tragedias. Sus rasgos esenciales eran la disciplina vital exigida en todo caso por el cumplimiento de una jornada laboral dura y continuada, y ese poderoso instinto de conservación del que ha conseguido llegar a viejo con una familia, teniendo que luchar a brazo partido todos los días de su vida, sin ayuda ninguna, contra las circunstancias más

adversas. Pero además, lo satírico, su inextinguible sentido del humor, la propensión continua a la fiesta, una tendencia que se realizaba en cuanto podía, en toda vuelta del camino que resultara propicia. La combinación de los tres resultó en la contratación del seguro para la morada definitiva, esta vez en La Purísima, pero bien es verdad que un poco como obedeciendo más que a otra cosa a un uso social, y por si fuera poco con un viso irónico-festivo muy emparentado con el humor negro. Al fin y al cabo, él era una persona que sabía dejarse llevar cuando hacía falta, o incluso en cuanto se podía. Pues bien, con lo que con absoluta certeza le estaba al viejo aquel por venir, se trataba simplemente, en realidad, de saber dejarse ir, dejarse llevar...allí, por ella, por la muerte, que ya se sabe que no ha faltado jamás a la cita.

Serían de verdad incompatibles con lo sórdido y la ruindad humana sólo el arte y el artista, o sea, todo el que se involucra de forma directa en el proceso de la creación genuinamente artística, que en todo caso parte de lo sórdido como de su única materia o madre, para volverse sobre ella y configurarla o informarla, como se solía decir antiguamente. Pero no es que el artista esté abandonado del mundo en cuanto volcado en su obra, no es que haya abandonado el mundo huyendo, por su cara bonita o por arte de magia, de sus monstruosidades, de sus mezquindades sobre todo. Esto es lo que habrían juzgado siempre los que no entienden nada del asunto, o lo que han pretendido hacer, porque tampoco lo comprenden, los eternos farsantes que sólo quieren librarse de la quema. Cuando el trabajo del artista no es sino modelar el mundo, precisamente, prestándole o imponiéndole todos los colores de los que sean capaces su fantasía y su conocimiento, incluido por supuesto el más negro de los negros, a la mortal sordidez del mundo. Con lo que dejaría ipso facto de ser mortal, y entonces de haber sordidez. Sin una atroz vivencia de la mezquindad de lo humano no hay artista que valga, pero limitarse a mostrarla y a denunciarla no serían cosas suyas, sino del moralista, la contrafigura del artista. Con el temible toro habría que jugar y que luchar, por supuesto, pero en una lidia sin término, nunca para terminar matándolo.

Históricamente el artista, poeta, músico, pintor, ha sido siempre como el bufón que sirve al rico divirtiéndole y adulándole, incluso sabiendo encajar con una sonrisa sus insultos y sus patadas en el culo. Mientras que el filósofo,

como científico, entretenía o ayudaba al rico a ser más rico todavía, con el conocimiento de las realidades que le aportaba, o, si no, intentaba asustarlo con las cosas de la conciencia y del remordimiento, para después reconfortarlo y consolarlo convenientemente, en su calidad de heredero del sacerdote. Divertir, adular, consolar, son algunas de las funciones de los creadores a lo largo y a lo ancho de la Historia. El Bien, la Verdad y la Belleza, en definitiva, habrían tenido que arreglárselas, como todo hijo de vecino, para encontrar quien les dé de comer, en este valle de lágrimas al que se habrían dignado descender, este bajo mundo donde dictan la ley el dinero y las armas.

Pero el rico alimenta al Bien, la Verdad y la Belleza, cuando le da la gana de alimentarlos, porque sabe perfectamente que los tres transfiguran la sordidez del mundo, que es asimismo su mundo y su sordidez. El dinero por sí solo no es capaz de hacerlo, debe buscar alianzas con alguno de los tres. Y la suerte que tenemos es que parece ser que todavía queda algún rico que no se siente satisfecho del todo con la mera actividad de seguir haciendo dinero. Sino que necesita lo espiritual, o sea, abrillantar la mezquindad de los humanos, que por supuesto es también la suya. Así que ayuda, y a veces hasta se esmera, en la alimentación del sabio y del artista. Aunque naturalmente, de otro modo no sería rico, también lo hace con la pretensión de “poner en valor” sus producciones, esto es, de comprar lo que hacen para luego venderlo y sacar partido de ellos, es decir, como dice él y los que le sirven, para colaborar en el progreso de la sociedad, que somos todos. Sin el rico es la muerte, pero la muerte en todos los sentidos, no sólo materiales. Para no morir de asco haría falta dinero, naturalmente.

El tío Heredia, señor Kiko, era algo así como matador, pero no exactamente, pero no de toros, sería imposible a sus muchos años, y además nunca le gustaron, sino matador, o mejor transfigurador, de lo sórdido. Descendía de un noble linaje caló que tomó su apellido del apellido del fundador de las célebres minas malagueñas, rondando la fatídica fecha de 1808, un excelente patricio payo (“el señor Heredia es mi padre”, decía el agradecimiento del que había encontrado trabajo). Y había entrado ya hacía mucho tiempo en la edad de la jubilación, recorriendo en la actualidad, todos los días del verano, los muchos restaurantes y las múltiples terrazas de la

Benamejí costera, en las cercanías de la capital gaditana. Acompañado de Curro el Lila, la copla, el fandango de Cádiz, la cantiña, lo que se terciara. Muy ceremonioso el señor Kiko, con su traje tan cuidado y tan barato, sostenido mal que bien en la empuñadura imitando plata de su bastón, iba recogiendo después del derroche de su arte la recompensa de los comensales, que casi nunca se hacía esperar. Se hacía cargo el señor Heredia de las monedas muy dignamente, sin connotar el más mínimo servilismo, simplemente como si se tratara de un trámite insignificante pero obligado. A él lo que de verdad le interesaba no era el vil metal, sino la obra bien hecha, y se entregaba como nadie a su público y a su cante, sobre todo orientándose por el sentido profundo, casi hermético, que él sabía columbrar en las letras de las coplas. Vamos, que las vivía abismal, apasionadamente, pero sin jamás ceder a la tentación de la desmesura, ni siquiera a la más leve exageración. Contención de la pasión, jugar con el fuego para esculpirlo, un dominio en verdad increíble, porque se intuía que se trataba de una pasión enorme, abrasadora, volcánica, toda una tormenta tropical que era amor y era odio a la vez, tanto alegría como sufrimiento.

Ya se vio desde que era sólo un chaval que el tío Kiko no iba para lo de la chatarra, sino para lo fino. Grandes esperanzas depositaron los suyos en él, emocionados ante la perspectiva del triunfo que sonríe en el ramo a tantos de su raza. Pero alguna mala mujer se le iría a cruzar en su ingenua juventud y le hizo cachos la vida, sin remisión, sin composición posible. Y se dio al Rioja, curiosamente al Rioja y no a ningún caldo generoso andaluz. Demasiado Rioja, excesivo, el tío Kiko visitaba de vez en cuando el hospital público por lo de su hígado. Y se le iba una vez y otra la cabeza, hablando él solo palabras que nadie podía comprender.

Pero siempre le quedó su arte, aunque de forma intermitente, y el interés por la obra bien hecha. A lo de hacer los restaurantes le convencía el Lila, apelando a las necesidades básicas que eran para el tío Kiko, por este orden riguroso, el Rioja, la cama de la pensión Casa Olga, y algo de comer de vez en cuando.

El matador, mejor transfigurador, de lo sórdido elevaba a las alturas celestiales, con sus actuaciones, el espíritu de los que comían pescaíto en los

restaurantes de la playa, porque a todos los que le oían y le veían cantar se les iluminaba de repente, con una pagana luz de sangre, la incipiente llegada de la noche de verano, allí en el Mediterráneo, que es en definitiva el mar de los dioses griegos. El maestro también se dejaba ir, con su arte, cuando iban en la tartana que les llevaba de regreso a Cádiz, al filo del amanecer. Se dejaba llevar, entonces, por puro amor al arte, ante los demás viajeros, despiertos del todo por la sorpresa del regalo, cantando con pasión y con el ahínco de la contención buena parte del repertorio. Pero también con algún que otro digamos que chiste, o discurso incomprensible a los simples humanos, una vez que el Rioja había culminado su obra, habiéndole puesto en una comunicación mucho más directa con el dios. Es que entonces el señor Heredia ya se habría hecho inaccesible a los demás mortales, como privilegiado que era.

Como cantaba a la muerte casi todos los días, como vivía la muerte cada vez que cantaba y soñaba, quizás por eso mismo, es decir, paradójicamente sólo en apariencia, tío Kiko jamás había pensado en hacerse del Santo Entierro. Y no es que pretendiera dejar su cuerpo inerte a la voracidad de los perros callejeros y las aves marinas, el más tremendo sacrilegio; ni tampoco que quisiera legar el problema de las exequias y el nicho a los bolsillos más bien vacíos de su nutrida prole. Es que, sencillamente, para el señor Heredia, el tío Kiko, la muerte misma hacía ya mucho tiempo que no era nada con un sentido concreto o discernible. Porque la vivía todos los días como parte esencial de la vida.

Marbella, mediados de los setenta: *En que se relata cómo se dio cuenta Melquiades de que es mucho más difícil comprender lo que ocurre por el pensamiento, o transfigurarlos con el arte, que simplemente invertirlo para que la mentira no haga daño a nadie en primera instancia.*

### 18. El Poder y la Gloria

Así que sórdido no sería necesariamente lo que la escasez y la penuria nos traen, como si la suciedad y la mezquindad fuesen sus consecuencias ineluctables, porque ya se ve bien que las puede haber en todas partes donde haya humanos, hasta en la misma opulencia. La abundancia de recursos

materiales no conlleva sin más la exuberancia espiritual, eso lo sabemos todos. Pero no han de ser consideradas, sin embargo, como magnitudes totalmente independientes, sino que habría una cierta correlación entre ellas. Una correlación, desde luego, nada fácil de desentrañar y de precisar.

Lo que el estado de necesidad sí que implica, ya lo dice el nombre mismo de “necesidad”, es una cierta medida variable de sufrimiento, que por tanto hay que calificar de inevitable. Por mucho que se esfuercen el brujo, el sacerdote y el científico. Toda vida humana contiene el dolor, vamos a decir que la pena, incluso mucha o muchísima pena, pena a veces desgarradora, de la que nos quema las entrañas, como muy bien sabían los poetas trágicos que supieron pintar como nadie nuestra condición.

Y al pensamiento, en su significado más hondo, antes que a la acción, le correspondería nada menos que tratar de hacer posible el milagro de sobreponernos a la pena. Pero en la lúcida certeza de que nunca lo conseguiremos del todo, ni para siempre. Lo importante en esto, sobre todas las cosas, sería darse cuenta de que no conviene que el procedimiento elegido por el humano pensar consista simplemente en la ocultación, o incluso la negación de la pena. Primero porque entonces viviríamos en falso, como atontados o drogados, y segundo porque entonces viviríamos poco, o sea, amortiguada, mortecinamente. Lo que es decir lo mismo dos veces, no pasar de repetirlo. Porque, sin ser capaces ya de ver la pena allí detrás, como a lo lejos, no estaremos ya de verdad vivos, por mucho que nuestras actividades y nuestros desvelos se empeñen en significar que nos ponemos por encima de la pena.

La Necesidad que todo lo gobierna es la fuente de la que mana, y de manera abundante, lo sórdido de la vida humana, lo que algunas religiones han dado en considerar la “caída”, o el pecado, con lo que se estaría interpretando lo sórdido como culpa nuestra. Con ello se pretende ante todo tranquilizarnos. Pero sucede que estamos encerrados en los límites que nos definen, encadenados a ellos, forzados a no ir más allá de nosotros mismos, a no sobrepasarnos. Es la Ley o la Violencia, el cerco o corral que se nos impone por las buenas o por las malas. Lo que quiere esto decir, en suma, es que hemos venido estando y estaremos irremediablemente solos. Aunque esto sólo

se echaría de ver, con absoluta nitidez, en los trances del nacimiento y de la muerte. Y lo estaremos hagamos lo que hagamos, siempre empeñados por nuestra parte en subsanarlo o corregirlo. Como si nos fuese algo crucial en ello, como si la condición humana *tuviese arreglo*, como si no fuese delirante la idea que nos guía a todos, la de que sí sería posible el arreglo de la soledad. Por eso la pretensión de ponerle remedio no sería sino pura estupidez, pero más a menudo debilidad pura. Pero bueno, tenemos la disculpa de que tal pretensión se nos habría inculcado desde el mismo día del nacimiento, y se nos sigue repitiendo desde los cuatro puntos cardinales. Es mucho mejor, más práctico, que nos des-engañemos ya de una vez por todas, que lo sepamos cuanto antes, porque ya pasa de castaño a oscuro. Aunque lo peor de todo este asunto es que por mucho que lo sepamos seguiremos en nuestro afán de desmentirlo con cada uno de nuestros planes, con cada una de nuestras acciones. “El pensamiento de que la vida podría ser mejor está tejido de forma indeleble en nuestro corazón y en nuestro cerebro”.

Y esta limitación del hombre, del nombre, este encierro de cada cual en su ser, impuesto necesariamente, ¡a ver si no!, por el puro hecho de ser lo que cada uno es, un pedazo de necesidad, significa que nuestra vida es muy sórdida. O que la libertad que defendían los filósofos tradicionales sería un puro contrasentido, un disparate.

Pero también ocurre, y la verdad es que no se sabe cómo sería posible, que el “hombre en fiesta” de cuando en cuando se atreve a desafiar a la todopoderosa necesidad. Sin duda exponiéndose con ello a hacer el ridículo o a pasar por loco. Lo que le pasaría a él es que se sale de su límite, de repente, por aquí y por allá. No es que intente o vaya buscando esa salida, a lo mejor es que carece de definición, algo así como un actor esencial, un Dionisos que se fragmenta o despedaza. Sin duda increíble pero real. Y además, para seguir con los milagros, el “hombre en fiesta”, cuando lo logra, haría vacilar los límites de todos nosotros. Con ello nos compromete. Ilusionándonos y amenazándonos, entusiasmándonos y atemorizándonos, con un inusitado presentimiento que nos nace dentro. El atisbo del gozo de la fusión entre los hombres, esa fusión que no tiene nombre, y que sería además una fusión con la naturaleza. Y contra natura.

En este respecto, la Necesidad, al fin y al cabo, viene a ser nuestra trágica soledad de cada uno, pero viviendo juntos. Y entonces esa Necesidad se manifestará, del modo más palmario, y espantoso, en el hecho de que la salida de nosotros mismos se nos llegaría a hacer máximamente urgente, imperiosa, violenta, o sea, absolutamente necesaria. Pero en el fondo esa salida es imposible, al menos *de esa manera*. Nuestra necesidad desesperada de salir de la soledad necesaria nos fuerza, del modo más violento imaginable, a volcarnos agresivamente sobre las cosas y sobre las personas.

Pero claramente se trata de una salida en falso, a diferencia de la del “hombre en fiesta”. Porque lo que en el fondo se busca, con ella, no es sino poseerlo todo y arramblar con todo, imaginándonos que con ello se conseguiría mitigar o incluso anular el infierno. Se quiere salir, para empezar, en la atroz modalidad del *hambre*. Volcarnos fuera para engullir todo lo que se nos ponga por delante. Una avidez que no tiene perdón posible, ni tampoco lo pide, la boca chorreando babas. Todos estaríamos profundamente hambrientos, habría que decir incluso que nos morimos de hambre toda la vida.

Y eso no sería más que el reflejo inevitable en nosotros de que, en el tiempo de la vida, cada instante que viene devora al instante anterior. El tiempo todo lo devora, en efecto, pero sucede sin ninguna duda que nosotros mismos estaríamos hechos de tiempo, y de ninguna otra cosa.

Hambre literal en primer lugar, devastadora de continentes y torturadora asesina de todos los vivos. Pero también, en segundo término, necesidad sexual abrasadora, y hasta enloquecedora. Y, por si fuera poco, rizando ya el rizo descabelladamente, necesidad de compañía ¡Y de cariño! ¡Y hambre de conocimiento, y de belleza! Pero también, quién lo duda, hambre de mando. Sin duda que es demasiado pedir, cuando nadie nos debe nada, ni mucho menos la vida, y es muy difícil que nos vayan a regalar algo. ¿Quiénes somos nosotros para pretender tanto, para pedir tanto? Debemos estar locos de remate.

La tortura básica es la del hambre literal. Y eso no hay que olvidarlo, sino tenerlo presente siempre, ya se dijo tan bien. Porque sin duda constituye el fondo sumergido e invisible, por lo común, de todo Poder sobre la Tierra. Si la comida de alguien, ¡y de sus hijos!, depende de mí, entonces la Necesidad

Todopoderosa para esa familia soy yo, nada más y nada menos, lleva mi nombre y mis apellidos. Sería yo mucho más que el mismísimo Dios, para esa familia. Me tendrán que rezar a mí. Así que puedo hacer con ellos lo que me pete, absolutamente lo que me venga en gana, con tal de disimularlo un poco puertas afuera. Es decir, con tal de aparentar que mis acciones se enmarcan en la moral vigente. Que se pueden entender desde la perspectiva moral. O sea, con tal de enmascararlo de la manera adecuada. Pero la relación entre nosotros dos, o entre esa familia y la mía, ya estaría decidida de antemano, y de una vez para siempre. El amo y el esclavo para toda la eternidad, sin remisión, sin movimiento conceptual ni histórico que valga. Una relación de absoluta dominación, de poder absoluto, porque se halla absolutamente grabada en piedra.

Con el nivel básico de la Necesidad, el hambre literal, no habría nada en la vida humana que fuese sórdido o lo dejase de ser. Porque no se trata aquí, en realidad, de una vida humana. O sea, entonces no importa nada de nada. Lo que es lo mismo que decir que sólo importa llenarse el estómago como sea, por el medio que sea, a como dé lugar.

Confusamente recuerda una corrida de feria en la plaza de toros de Valencia, tarde de fuego, y verde y oro. Consigue Melquiades Bendicho, con sólo proponérselo, rememorar aquella tarde tan calurosa digamos de Agosto, en un coso tan polvoriento, a pesar de bien regado, aseadito. Para principiar, un pasodoble tan alegre que a partir de entonces siempre lo llevará en el fondo de la cabeza, un pasodoble “español” de esos que dicen, casi igual de pizpireto que una linda muchachita de quince años, con su ingravidez característica, su paso ligero. Y el paseíllo de los toreros, con esas caras tan serias, tan graves, casi patibularias. ¡Pues a ver si no!, teniendo en cuenta a lo que van. Pero por encima de todo le gusta el pasodoble, porque, como el festejo nacional daba inicio escuchándose, daba también la impresión, a alguien tan poco avisado del asunto como un adolescente que no sabía casi nada de aquello, de que no se había venido aquí a ver matar a los astados, después de torturados minuciosamente, sino a lo mejor a tomar parte en un baile de una fiesta de aquellas de pueblo (¡chundarata!, decía animándose mucho un memo siempre

que alguien hablaba de fiestas de pueblo, por qué diría esto aquel memo, santísimo Dios; aquellas fiestas en las que hasta se podía terminar con castillos de fuegos artificiales y todo).

A Melquiades Bendicho lo solía mandar con su padre su señora madre, mujer por regla general prudente, a esas ferias taurinas del verano. Más que nada, intuía él con su aquel de mala idea, pero sin duda a la vista de algunos datos no del todo equívocos, para prevenir lo que no es raro que tienda a suceder entre señores y señoras, especialmente cuando se acaban de conocer pero ya se llevan tratando unos días, en un ambiente festivo, y con varias noches de copas por delante. Ya se sabe que el hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla.

Por cierto que era el señor Bendicho padre escritor, y de elevadas aspiraciones, al menos iniciales. Pero, la verdad sea dicha, libros no se vendían muchos entonces. Tampoco ahora. Pero mucho menos si tenemos en cuenta que los posibles temas que fueran correctos en aquellos días para el que ordena y manda, e incluso posibles merecedores de las recompensas oficiales, temas como por ejemplo la papiroflexia en Mesopotamia, o Fray Escoba en el mundo de las quinielas, o las fuentes renacentistas de Marcelino Pan y Vino, o la loa al desarrollo aquel, o el tan socorrido de la biografía de Fú Manchú, no eran entonces ni ahora, por lo general, muy del gusto del gran público, que casi siempre prefiere divertirse a cultivarse. Y por otra parte, los encargos de artículos sobre materias así, para la Prensa del Movimiento, escaseaban que era un horror.

De manera que su hijo Melquiades, siempre entretenido, no sin algo de morbo, en la inútil tarea de encontrarle explicación a todo, conjeturaba que esto que hacía su señor padre: acompañar en sus andanzas taurinas al diestro de Benalmádena (pueblo), Antonio Miguel Luque, puede que hasta de los Benjumeas de Benalmádena, para ir publicando en diferentes medios las crónicas de su temporada taurina, debía ser, más que nada, cosa de lograr un dinero que iba a permitir a la familia continuar en el piso alquilado en el que vivían, por si fuera poco sin que les cortaran la luz ni el teléfono. Luego, a esto habría que añadir que es verdad que todo salía al final muy vistoso, y hasta rozando lo sublime. El *romancier* que acompaña al torero por dondequiera que

va, ¡olé!, también maestro pero en trasladar con mucho arte, al lenguaje de las palabras, el misterioso lenguaje del arte de la lidia. Y es que todo hacía sospechar que había acertado su padre con la manera de expresar literariamente, más o menos, aquellos sutiles estremecimientos de la fina, y a la vez profunda, sensibilidad del torero en la faena de la sangre, la arena, y el sol dando igualmente sobre la una y la otra. Sensibilidad comparable a la de un Bach, un suponer, como recalcaron tantos de tanto tino. ¡El arte! ¡Literatura y tauromaquia abrazadas!, como tantas veces ha ocurrido.

Claro que, en aquel entonces, todos estos grandiosos pormenores de las Bellas Artes y la Cultura Nacional, al pequeño Melquiades no se le alcanzaban, ni mucho ni poco. Él estaba empezando a pensar por su cuenta, muy tímidamente, pero nada más que en las cosas de la vida que a su discutible parecer tenían importancia, y, por mucho que lo intentara, a lo de los toros no le lograba ver ninguna por ningún lado. Y lo que es más, ni siquiera era capaz de descubrir el sentido del asunto. Lo único que experimentaba en las corridas, pero también al asistir silencioso al tráfago de todos aquellos personajes tan extraños para él—los de la cuadrilla, banderilleros, picadores, el apoderado siempre nervioso y con mucha prisa, el diestro muy concentrado antes de la corrida, el público tan pintoresco en general—, era una descomunal perplejidad. Una estupefacción mayúscula, con la que la única manera de lidiar que estaba disponible para él, tan joven, era hacer por poner la mente en blanco, como dicen que hacen los budistas, o, si no lo conseguía, pensar en otra cosa, de las que sí tenían importancia de verdad. ¡Toda aquella gente adulta entusiasmándose, o indignándose, con lo que sucedía en el redondel! Que encima, para Melquiades, esto que sucedía venía a ser siempre más o menos lo mismo, o muy parecido.

Hubo una vez en que le hicieron entrar en el callejón, sin duda porque querían ver aparecer en él signos evidentes de alguna emoción, de aquellas tan apetitosas por lo finas y profundas. Y la pura verdad es que se quedaría anonadado cuando salió el cornúpeta, enorme, resoplando y todo él hecho espumarajos, muy poderoso y tirando a marrón oscuro, de magnífica estampa, yendo directo como un rayo hasta ponerse frente al pobre Melquiades. Casi con seguridad se hubiera dicho que mirándole con fijeza. En ese momento se

había quedado él absolutamente paralizado, lo recuerda a la perfección, habiendo de cargar a partir de ahora con la nueva e insoluble perplejidad de cómo es posible que haya personas dispuestas a ponerse con un capote ante un bicho tan descomunal, así de entrada, como quien no quiere la cosa, sobre todo antes de torturado. Cuáles fueran las razones que les llevarían a elegir semejante profesión a esos sujetos tan sumamente peculiares, no lo podía entender. Uno de ellos, precisamente, cuando supo que Ortega y Gasset era catedrático de Metafísica, había exclamado que “¡hay gente pá tó!” Eso debe ser, pensaba Melquiades. Exponerse al peligro sin que nadie te obligue a hacerlo, incluso jugar con la muerte, arrimársele más y más...sin necesidad ninguna, porque no había ninguna guerra ni enemigo. ¡Por amor al arte! ¡Igual que escribir una sinfonía o pintar un cuadro, pero corriendo peligro de muerte al hacerlo! Con el último fin de que los espectadores disfrutaran, o incluso llegaran al éxtasis taurino...Era en verdad realmente pasmoso, para él a pesar de real increíble. Al final, yendo por este camino, tomaría la decisión de renunciar a comprenderlo *todo*. Es imposible, ahí estará siempre, envolviéndonos por todas partes, lo incomprensible. ¡Hay gente pá tó!, y se acabó, eso es lo que pasa.

El bólido rojo de fuego, como llamarada torrencial, volaba pero dando tumbos sobre el sinuoso y angosto carril vecinal que ascendía a la cima de la colina de Los Boliches, desde la que se podría divisar la bahía en todo el esplendor de su belleza. Antonio Miguel, el matador de toros, el maestro, el diestro, toreador, con las manos al volante de su anchísimo Ferrari, reluciente al sol del Mediterráneo, como pegado al suelo, aplastado en el sucio asfalto de manchas rugosas, tomaba las curvas haciendo chirriar de dolor a los neumáticos, y galopar al límite de la vida a los corazones de todos los que nos sentábamos en su coche. Muy alegre Antonio Miguel, no era para menos con el éxito apoteósico de la tarde anterior, dos orejas y rabo, y a hombros por la puerta grande, para verlo. Verborrea adornada por su acento malagueño, acento que por añadidura les regalaba a sus oyentes el encanto de la intriga de saber qué demonios estaría diciendo exactamente.

“Pues sí, panaderos. Cocer el pan junto a la Fuente Hermosa, todos los días de Dios, levantándonos a las cuatro de la mañana. Y el calorón del horno,

válgame la Dolorosa, todas aquellas horas. Sobre todo en verano. Y menos mal que mi familia tuvo siempre qué comer, menos mal. Tuvo, hasta que llegaron ellos, los hijoputas del bollo industrial y los centros comerciales. Entonces la quiebra. Ya casi nadie subía a la Fuente Hermosa, y mi familia toda entera en el hambre, literal, como lo cuento. Así que a emigrar, irse lejos del pueblo y del país. O a hacer lo que yo, que nunca he querido irme, por no tener que hablar una lengua que no fuera la mía. Ya desde muy pequeño me interesó el arte de cúchares. Y valor, como una mina recién abierta. Iba a las capeas exponiéndome a la regañina de mi madre, que le tenía terror a estas vocaciones suicidas. Pero lo que se dice es la pura verdad, que más cornás da el hambre. Y qué digo hambre, si uno llega a figura entonces el mundo es tuyo, el mundo entero, como lo digo, y si no verme a mí. Mujeres, coches, mansiones, viajes, todo lo que quiero. Es lo que trae el arte”.

Melquiades iba a pensar en aquel momento que tal vez el mundo, después de todo, no era incomprendible. Aunque lo que le empezaba a extrañar ahora es que todo pareciese tener siempre la *misma* explicación. Un conocido de su padre—un periodista, pero persona dada a entregarse de cuando en vez a lo que algunos, exhibiendo así su excelente sentido del humor, tan fino, siguen denominando “pajas mentales”—le había regalado hacía poco un libro de Cioran, con el sugestivo título en español de *Breviario de podredumbre*. Y estaba experimentando Melquiades, desde que empezara a leerlo, ese regusto agridulce del olisquear las sucias verdades de la vida. Pero en estado crudo, verdades podridas porque cuando crudas no se habían cocinado. Verdades sin transfigurar debidamente. Y empezaba ya a saber detectarlas, por todas partes. Y como no podía verle a lo de los toros, en el fondo, ningún sentido especificable, mucho menos el estético de la tragedia, iría a parar enseguida a la convicción de que la única verdad de aquel juego sangriento era el dinero que se movía en él, reduciendo las cifras del paro a diestro y siniestro.

Pero el verdadero problema que tenía con lo de los toros era que Melquiades no podía admirar a ningún torero. Tampoco es que los despreciara, pero no fue nunca capaz de verles el mérito, y sí algo de culpa o de trampa. Si se le quedaba la mente en blanco ante ellos, y el cuerpo como agarrotado, era

porque veía trabajar de ellos a su padre, y claro que el pan es sagrado. Por otra parte, su padre sabía mucho más que él, faltaría más.

La estética de los toros sí que la conseguía reconocer en las suertes del comienzo. Pero tampoco en esos comienzos podía celebrar tanta indiscutible belleza, tanta valentía, ni siquiera reparar en ellas, porque ya sabía de antemano que, después de la actuación del picador, todo se le iba a convertir a él en un jueguito insulso. Insulso y tramposo, como de cartón piedra, como de plástico. Como esas cosas que hacen ahora los chinos, de las que inundan el planeta. ¡Olé!

Así que el Melquiades adolescente le habría cogido gusto al jueguito este de la verdad y la mentira, por otro lado tan de su edad adolescente, y tan irritante para los adultos cuando, si se ha jugado bien, se aventura uno a poner en palabras sus conclusiones. Claro que ignoraba entonces que señalarle al mundo la verdad que se ha tenido tanto cuidado en ocultar, e indicar la distancia que siempre habrá entre ella desnuda y ella con el vestido que se le pone para comparecer en sociedad, no sería labor nada difícil, ni de particular mérito, pero sí perfectamente inútil, y muy a menudo contraproducente. Era más que otra cosa como una vocación de moralista extremado, de novio de la muerte, la pretensión de ser más papista que el Papa, la que parecía despuntar en el adolescente. Ignoraba entonces que a la verdad humana habría que vestirla muy a menudo, y que el problema no sería ese, porque todo el mundo está al tanto de lo sórdido ajeno y propio, sino que lo difícil es saber vestirla bien. Para que el traje que se le pone a la verdad no sea un burdo disfraz que la oculta y la niega por completo, dejándonos aislados en el terreno muerto de la mentira pura y dura, sino un terno de verdad elegante que la haga brillar al dejarnos intuir sus formas, formas realzadas y embellecidas con el toque de la ilusión y el misterio.

Poniéndonos en la perspectiva benevolente al juzgarle, la verdad es que Melquiades quería entender el mundo tan extraño en el que se encontraba sin haberlo pedido, más bien como si hubiera sido disparado o arrojado desde una nave espacial a una meseta polvorienta que por causalidad era desde entonces la suya, hablando el idioma que hablaba, con los padres que tenía y las

personas con que se relacionaba. Todo fortuito, todo porque sí, pero a la vez tan necesario, tan imponente. Vaya usted a explicarlo, pero la manera de entretenerse favorita de Melquiades no era otra que intentar comprender lo que le rodeaba. Sobre todo a las personas, que eran lo más raro de todo, ¡y encima uno mismo era otra de ellas! Pero andando el tiempo iba a ser mucho más que un entretenimiento y un juego. Su modo de redimirse y de justificar el mundo consistiría en intentar que dejara de ser incomprensible. E intentarlo a toda costa. Una tarea de verdad infinita, ya se sabe que el que anhela conocimiento, igual que el que ansía dinero, nunca serán capaces de dormir a pierna suelta.

Por si fuera poco Melquiades se había acostumbrado a seguir un método, probablemente el único a su disposición en aquellos días tan tempranos de su vida. Era éste el juego de ponerse en el lugar del otro, una vez considerada su peculiar situación, y siempre teniendo en mente la generalidad de las motivaciones humanas, habiéndose acostumbrado uno a reconocer sus propios motivos de conducta. Desarrollaba Melquiades así la empatía característica del actor. Por lo demás, le guiaba al adolescente, por supuesto sin él saberlo todavía, nada menos que el principio de razón suficiente, o la convicción profunda de que, a fin de cuentas, el curso de los sucesos humanos en particular, como los cósmicos en general, se hallaría en todo caso sometido a unas determinadas leyes, legalidad, orden del que se puede pedir explicaciones. O sea, que el absurdo de la vida humana sólo sería un absurdo aparente. Para decirlo de otro modo: Todo *tiene que* tener un sentido claramente especificable. Esta era la fe del adolescente, más que nada porque la fe contraria hubiera significado para él, a su todavía tierna edad, la absoluta imposibilidad de escapar del verdadero infierno en el que tan a menudo parecemos habitar.

Pero está claro que sería el del sexo el enigma más espectacular de la vida humana para un adolescente, por lo común, y mucho más en aquella época de la historia nuestra. Porque, a sus años, el poderoso determinante sexual del comportamiento y las relaciones humanas se hallaría prácticamente sumergido, como si estuviera ausente. Todo un enigma, por qué demonios, cómo es posible que aquél se vaya con aquélla, o ésta con ésta, o ése con ése.

(Naturalmente que en aquel entonces estos dos últimos casos resultaban todavía más misteriosos). Se trata de preguntas muy tontas, ciertamente estúpidas, pero es que ni los libros de biología ni las confusas excitaciones eróticas del propio Melquiades, sobre todo cuando les veía las piernas a algunas mujeres, le aportaban en absoluto razones suficientes de nada de lo humanamente esencial que ocurriría en este ámbito. Y de este hecho sí se había dado cuenta nuestro joven enseguida.

La consecuencia inevitable de su afición juvenil a detectar las sórdidas verdades de las relaciones humanas, muchas veces tan mal ocultas, y en general hasta de las personas más corrientes, vino a consistir en que llegaría un momento en que Melquiades las veía por todas partes y sin proponérselo, o incluso en contra de su voluntad. Un consiguiente e inevitable fondo depresivo en su hijo se les iba a hacer notable a sus padres, sin mucho tardar, lo que les llevó a intentar entretenerlo y divertirlo, para sacarlo de sus constantes cavilaciones sobre la naturaleza humana, y otras complejidades de este tenor extravagante. Así fue como le propusieron o le conminaron a que se integrase en una proyectada expedición a Marbella de un célebre periodista de sociedad, por más señas gallego como ellos. Viejo amigo de la familia, iba a viajar a la Costa del Sol, acompañado, como Melquiades tendría ocasión de comprobar, de una animosa pareja formada por un simpático médico vasco de mediana edad y un jovencito canario muy divertido, cuya dedicación nunca dejaría de ignorar.

En la sala de fiestas “A media luz tú y yo”, dueña de todo la penumbra, aún se veía menos por causa de la densidad asfixiante en el aire de la concentración de humo de tabaco y otras hierbas. Pero uno hubiera podido reconocer aún la deslumbrante belleza femenina de Vicente, casi perfecto su rostro de griego, su apabullante cuerpazo de hembra. Lo que se decía todo un bellezón. Un buen rato llevaba ya relatándole, a todo el que le quisiera escuchar, sus aventuras cotidianas en el Paseo de la Alameda de la capital malagueña. Obligada a escapar de la policía, que hacía la ronda cada dos por tres. “Pues sí, me dijo el señor agente, muy guapo con su uniforme, ¿cómo te atreves tú, que eres un mierda, a llevar ese crucifijo tan grande? Y yo le

contesté a ver si es que Dios va a tener sexo. Porque a mí se me ve ya desde el final de la calle Larios. La verdad es que lo tengo crudo, chica, qué sudores, a ver dónde coño voy a esconder, cuando vienen esos, dos metros de maricón”.

Los marineros que recalán en la ciudad del puerto se dedicarán tras desembarcar, para relajarse, a muchas cosas de índole diversa, pero es de sospechar que muy pocos a la lectura. Allí en el rincón de la mesa a la que se sentaba el gran escritor de la enorme barriga, haciendo corro, se agolpaba mucha gente la mayoría joven. Deseosa de recrearse con sus gracias, pero también de enriquecerse con la sabiduría que daría la edad, y es producto de una portentosa inteligencia. Allí mismo, frente a él, estaba hablando ahora su reciente nueva esposa, con mucha alegría y desparpajo. Rubia y enérgica, tostada de soles. Treinta años los separaban, pero allí todo el mundo subrayaba con insistencia lo profundo de su unión. Se contaba que había surgido, torrencial, primero el amor en ella, y que al poco después él acabaría tomando la decisión de divorciarse de su compañera de toda la vida. Y es que, una vez que te flecha Eros quedarás metido en su trampa, afectado por el mal, y sería pura locura luchar. Porque no hay nada que hacer, nada de nada, ni libertad de elección que valga. Y esto tanto para los mortales como para los dioses, nos advierte Sófocles en *Las traquinias*. Por cierto que Melquiades había visto una vez a aquella compañera anterior de toda la vida del gran escritor, vagamente la recuerda al fondo vestida de negro, pálida, morena, silenciosa, extrañamente apoyada en la pared, como derrengada.

Un hecho realmente intrigante es que habría surgido también, en la mente de nuestro adolescente, y justo en el mismo momento, otro recuerdo, pero ahora el de una entrevista televisiva que le habían hecho en cierta ocasión al gran escritor. Y se acordó perfectamente, no podía ser de otra manera, de algo muy gordo que se le había oído decir a él en ella, y que habría levantado las lógicas ampollas, y no sólo feministas, sin duda a causa del esencialismo del comentario, tan injusto como todos los esencialismos. Sucedió que, de repente, después de que le hubieran hecho una pregunta que Melquiades no consigue recordar, el gran escritor se quedó demasiado serio. Se le notaba

como vencido por la amargura de una vida humana mientras dijo, a continuación, aquello tan tremendo de que la mujer siempre se sube al carro del vencedor.

En otra mesa rodeaban un nutrido grupo de periodistas y amigos al gran cantante internacional. Se trataba de un sujeto que daba continuas muestras de hallarse nervioso y alterado, y que llamaría enseguida la atención de Melquiades, sobre todo, por sus movimientos espasmódicos al gesticular, tan creativos, y sus innovadoras convulsiones al hablar y llevarse el vaso a la boca sin acertar casi nunca. Pero muy poco pudo entender el adolescente tras llegar a sus inmediaciones, porque el cantante hablaba un inglés de acento difícil, y para colmo a una velocidad endiablada. Pero sí iba a entender lo que tan claramente decían en español muchas personas de las allí presentes, cuando alababan con insistencia el espiritual amor que al parecer solía manifestar el cantante a los niños que frecuentaba, particularmente entre diez y doce años. Un amor sin duda parangonable al de Jesucristo por las criaturas de similar edad, llegó a escuchar de alguien. Los mismos padres de esos niños, siguieron diciendo esas personas, a los que el cantante solía invitar a su majestuosa residencia, de gusto más que dudoso—la tenía presente en la mente, Melquiades, por haberla visto más de una vez en algún documental—, estaban verdaderamente encantados, como es natural, de que sus hijos disfrutaran de la amistad de un hombre tan importante y tan bueno. Y no digamos nada de que incluso se quedaran allí a dormir algunas noches, mientras el gran hombre los contemplaba absorto en su sueño de niños, rebosando por todas partes amor extático a la existencia.

La verdad es que, a falta de beber alguna consumición alcohólica que le animase, nuestro adolescente iba notando ya el aburrimiento y el cansancio. Pero si se aburría era ante todo porque carecía en absoluto de pistas que le permitieran entender a aquellos personajes que le resultaban tan extraños. La perplejidad sin posibilidad de resolución le tenía próximo a la extenuación. Porque su juego favorito no era sólo un entretenimiento, para él era una auténtica necesidad.

Lo cual llegaría al colmo de todos los colmos cuando nuestro adolescente se vio llegado, por puro azar, ante un amplio diván en el que, como después sabría, se encontraban depositadas las personas de la Gran Archiduquesa de las Españas, y de su séquito, sus guardaspaldas, y su novio, todos a su alrededor. Era todo rarísimo, no pudo dejar de observar Melquiades, porque la Grandísima Dama era mayor, muy mayor, de una edad avanzadísima, y en cambio el que pasaba por ir a ser en breve su marido no llegaba ni mucho menos a los sesenta. La diferencia entre sus respectivos estados de conservación corporales—es de suponer que también de sus facultades mentales, desde el momento en que hay muchos muy bien enterados que afirmarían hoy la identidad, incluso, de mente y cerebro—, no podría exagerarse de ningún modo. Melquiades recordó, mientras le invadía un malestar intensísimo y muy particular, unas imágenes de la alarmante pareja a la orilla del mar. Ella en bikini y de espaldas, él de frente, acariciándole la espalda y con una sonrisa de absoluto embeleso, mientras le miraba a ella es de suponer que a los ojos.

Todos hablaban esta vez del triunfo del Amor, de cómo se sabría imponer el Amor, al estilo del Espíritu Santo, por encima de todas las diferencias de edad, de fortuna y condición ¿No es como para estar contento ¿No es como para entonar cantos de júbilo?

Como Melquiades era aún un niño, a fin de cuentas, no acababa de enterarse de que la explicación absoluta que lo explica todo sería precisamente la peor explicación, o mejor, no sería explicación ninguna. ¿Qué de extraño va a tener que todos nos enamoremos de las millonarias y los millonarios, cada vez que los vemos en las crónicas de sociedad, o en un restaurante como El Bulli? Pero no porque tengan tanto dinero, no exactamente, sino por el hecho de que tener tantísimo dinero como tienen les acreditaría sin discusión como excelentes, como virtuosos, valiosos, felices, buenos, como príncipes entre los humanos. Ahora bien, lo que tenemos todos es voluntad de valor, y por eso nos enamoraríamos inevitablemente de los que más valen. Es decir, de los que están podridos de dinero. Si además hay belleza y juventud, miel sobre hojuelas. Pero si no las hay, en el fondo daría igual porque se trata de

cuestiones secundarias, que siempre ceden ante la Inteligencia y la Bondad de las que es prueba definitiva el dinero.

Algo parecido a esto iba a leer Melquiades en un libro sobre el amor años después. Su autor intentaba explicar el enamoramiento como determinado por el cruce de tres dimensiones, dimensiones que en el futuro no estaría descartado se revelaran susceptibles de cuantificación. La belleza, la inteligencia y la bondad. Algo que recuerda sin duda a la clásica concepción de los trascendentales del ser. La persona más atractiva sería la persona perfecta o excelente, bellísima, inteligentísima, nobilísima en grado sumo. De ella nos enamoraríamos todos (algunos la llaman Dios, naturalmente). También se podría fundamentar todo ello, como siempre también, en la biología evolucionista: los primates humanos tenderían a seleccionar como parejas sexuales a los que, comparativamente, aseguran una prole con la mayor capacidad de adaptación, más sana y más favorecedora de la cohesión social. Pero, en fin, sin irnos tan lejos en estas derivas teóricas, hay que insistir en que de la Inteligencia y la Bondad estarían sobrados los millonarios(as), simplemente porque de lo contrario no serían millonarios. Con lo que sólo les falta, y sólo a veces, una de las dimensiones mencionadas, la de la belleza. Falta que se puede remediar fácilmente yéndose uno por la noche a bailar por ahí, o si no a locales del todo especializados.

En fin, el cansancio y hasta el sofoco que al jovencito Melquiades invariablemente le invadían en los ambientes a los que le llevaba el grupo del periodista de las páginas de sociedad-corazón, las de aquel entonces que básicamente eran lo mismo que las de ahora, tenían su verdadera raíz en la inversión generalizada y sistemática que se operaba en ellos de las verdades más obvias. No sólo la conclusión de todas las tertulias y comentarios que escuchó, sino sobre todo las columnas finales en periódicos y revistas que más adelante iba a leer, redactadas por aquel periodista amigo suyo, venían a consistir, esencialmente, en poner la mentira tranquilizadora, e incluso brillante, en el lugar de la sórdida verdad. Una máquina de invertir, de hacer de lo negro blanco como por arte de magia, simplemente porque lo digo yo y los demás aplauden, eso era aquello. Así que el desánimo de Melquiades fue en aumento,

en lugar de disminuir, porque a su simplista moralismo de entonces esta operación tan simple le resultaba escandalosa y obscena. Cuando lo único que sucedía, en realidad, era que ese expediente inversor no se parecía absolutamente nada a la transfiguración artística de lo sórdido, ni tampoco a aquella profundización cognitiva en la realidad humana, que al Melquiades maduro tanto iban a animar y hasta entusiasmar.

El joven canario le apuntaría en una ocasión durante aquel viaje iniciático: “dices cosas de filósofo”.

*Barrio de Hortaleza, Madrid, 1982*

*Descubrimiento de la ética de la tragedia en el pueblo de Madrid*

#### 19. Nobleza proletaria

En una película barata, cuando un personaje de repente grita alarmado que acaba de descubrir que tendría un demonio en el cuerpo, el otro personaje, mucho más experimentado, le responde con aire de extrañeza: ¿y qué? *Tener el demonio en el cuerpo* vendría a ser haberse entregado, como parte de él, al poder del mundo. Y es una actitud y una decisión que tiene la gran disculpa de que, por supuesto, este mundo sería el único mundo. Aunque bien es verdad que se trata de un mundo que se nos escapa continuamente de entre las manos, un mundo imposible de tener. Y por esa razón, entonces, nos empieza a parecer que son, y es que de verdad lo son, muchísimos mundos, hasta infinitos mundos, y además imposibles de fijar como tal o cual. Pero es una infinitud, en cualquiera de los casos, desplegada en el plano de inmanencia, como han dicho algunos, o fiel al sentido de la Tierra, como dijo el que fuera único.

Hay un pensador español de nuestros días que en una ocasión observó todo serio, influido ciertamente por el vino de Rioja, pero como si con ello no dijera absolutamente nada de interés, a fuerza de tan obvio lo que decía: *el poder no es más que sexo y dinero*, dinero mas sexo igual a Poder. ¿Pero es así el poder de todos, de los poderosos, y de nosotros que no lo somos tanto,

ni mucho menos, pero que también tendríamos nuestra porción de poder, para ir tirando? Desde influir sutilmente a doblegar a lo bruto, según lo requieran las circunstancias. O bien, uniformar, acordar a los seres humanos entre sí, y que los hombres todo lo consientan sin asomo de rebelión, ni tan siquiera de discrepancia, se conseguiría infaliblemente—salvo las rarísimas excepciones, más bien dementes por suicidas, de los que se obstinan en llevar su diabólico orgullo hasta la máxima insolencia y la loca desmesura máximamente culpables, tan odiosas a los dioses que no las suelen dejar sin un buen escarmiento—manipulando los hilos del hambre, ese hambre devoradora de todos nosotros, hambre oral y manual y genital. Aquel que me da de comer, y quien haría posible la satisfacción de mi deseo más imperioso, esa persona me tiene en propiedad, en su poder, por mucho que yo pueda escupir en su sopa cuando no me ve nadie. Y el escritor, por ejemplo, doblará el espinazo y aguantará todas las estupideces y todas las manías del que pone el dinero para publicar sus libros y encima hacerles la promoción. Por muy loco que esté, por muy cursi que sea, por muy tirano que se muestre.

Así es el mundo, así es el poder del mundo, el sexo y el dinero. Y tener el demonio en el cuerpo nos llevaría a darnos unas buenas zambullidas en el sexo y en el dinero, unos buenos atracones, si es que podemos. Tener el demonio en el cuerpo nos conduciría a consumir frenéticamente, y a consumirlo todo sin cesar, devorar y devorarnos. Quemar la vida, en suma, nuestra vida. Porque ¿y qué, si no? ¿Guardar la vida en una hucha de cerdito? ¿Sacarle brillo para que se le note poco que enmohece irremediablemente? Porque si no hay vida eterna, *otra* vida, “comamos y bebamos que mañana moriremos”. Ya se sabe, ya se dijo. Y el caso es que mucho nos tememos que no haya otra vida, que el mismo concepto de vida eterna no sólo contradiga, con su supuesto sentido, nuestra experiencia radical y originaria de eso que llamamos “vida”, sino que además sea internamente contradictorio en cuanto mero concepto, y por lo tanto incomprendible.

Aunque no se sabe bien por qué tendríamos que temer que la vida sólo sea ésta, en vez de bailar y cantar al descubrirlo. Debe ser porque estamos, querámoslo o no, traspasados por una tradición muy peculiar, o si no

demasiado humana. Tener el demonio en el cuerpo, de eso se trata, y por supuesto sacarlo de paseo a la calle. Tener el demonio en el cuerpo significaría, yendo por este camino al modo simbólico, algo así como erigir un monumento de mármol, marfil y oro blanco al Sinsentido Universal, a la Insignificancia Objetiva, necesidad y azar a partes iguales trabados en todos los acontecimientos. Y cantar y danzar en torno al monumento, portando si cabe falos conmemorativos, y mostrando orgullosos las vides que son fuente del otro jugo de la vida, y encendiendo antorchas para que nos iluminen más esa tenue claridad que es característica de la madrugada ya avanzada, en cuyo transcurrir hacia el mediodía de sol ardiente se nos va a ir apagando inexorablemente nuestra existencia.

*Pero hay que decir que es una pena que no nos dejen sacar el demonio que llevamos dentro.* Esta es la verdadera cuestión, que no nos dejan sacar a nuestro demonio, porque el suyo lo controla todo de la manera más brutal, y desvergonzada, y con los disfraces más ruines y más hipócritas. No se trata de una cuestión moral en sí misma, sino del hecho de que la violencia institucionalizada haría imposible de raíz la auténtica competencia, la *lucha buena* de todos contra todos, la vida o el triunfo del mejor. La baraja del Poder, los naipes del Dinero que llevan consigo los del Sexo, ¿no estarían ya marcados de antemano? ¿De modo que lo único que podemos hacer es intentar, con los que nos han caído en suerte, la mejor jugada posible? ¿Sería inútil objetar el reparto mismo? ¿Sería incluso peligroso denunciar alguna especie de trampa en él? En teoría, la Educación constituye la posibilidad de alterar nuestra suerte, de intervenir en ella. Incluso de modificar el reparto inicial de la baraja del Poder.

Algo que, *necesariamente*, siempre lucharán por evitar los poderosos que forman el club del dinero, como un búnker en el que viven determinadas familias al resguardo de su coraza. Para empezar, intentarán convencernos de que, en la situación de reparto entre los favorecidos y los desfavorecidos, no imperaría sino el destino más ineluctable. Y ya se sabe que la religiosidad y la misma decencia consisten en identificar al destino con la mismísima Justicia. O sea, los pobres son pobres por su culpa. Y los ricos serían ricos por méritos

propios: su trabajo hasta la extenuación, su inteligencia, su diligencia, su sabiduría, incluso virtudes morales, incluso bondad, hasta el pensamiento de que el mismísimo Dios, ahí es nada, les está recompensando porque no son como la canalla.

Es decir, habría un ensayo inicial de incluir el reparto del poder, los naipes de la riqueza, en el panorama general de esa Tragedia que es el panorama de la existencia humana. Y habría que reconciliarse con el destino, es lo debido; incluso amarlo si hiciera falta, nos dicen los sabios y los hombres piadosos. Se ha hablado mucho de una aristocracia del espíritu a la que le tiene que corresponder, como es natural, el mando como deber, la guía, la orientación vital de la masa ignara. Y naturalmente muchos aprovechados han dado por supuesto, para que todos también lo demos por supuesto, que la aristocracia del espíritu *tiene que ser* lo mismo que la aristocracia del dinero. De modo que si puede parecer razonable que el poder sea preferible que lo detente y lo use el mejor, antes que el peor y el mediocre, a partir de ello se pretende que comulguemos con la rueda de molino de que sería lógico y adecuado, estaría dentro del mismo orden natural de las cosas, que el poder se halle en manos de los dueños del dinero. Por regla general, de hecho, el poder se halla en esas manos, pero lo que con esto se quiere conseguir es una justificación racional, moral e incluso metafísica de este hecho.

Luego está la idea, tan natural en ellos, de que los dueños del dinero tendrían que ser, en el fondo o básicamente, siempre los mismos, amigos de sus amigos o parientes de sus parientes, ese club mafiaforme, tan exclusivo, de los príncipes del euro o del dólar. Una aproximación o imbricación de la aristocracia de sangre con la del oro. Nada nuevo, siempre han marchado de la mano en la historia. Esta idea, más difícil de justificar racionalmente en las épocas de gusto democrático, sin duda, hasta el punto de que muy rara vez se declara abiertamente, es la que lleva en primer lugar, de forma contundente y evidente, a la destrucción de todo sistema público de Enseñanza. Es decir, a dejarlo referido exclusivamente a la formación de los futuros sirvientes.

Parece incontenible el planteamiento de esta cuestión: ¿para qué enseñarle Historia, o francés, a un futuro electricista? ¡Si es que los mismos

aprendices de electricistas, o muchos de ellos, se niegan con una sonrisa de sorna y desprecio en la boca a estudiar Historia! Les parecerá, sencillamente, ridículo. Pero el verdadero problema está en que como un electricista aprenda Historia probablemente no se va a conformar con la vida de electricista que lleva. Eso lo advertía en su siglo Nietzsche, en la célebre discusión de la “cuestión obrera”. Toda sociedad se basa en el trabajo servil de una amplia masa no cualificada que se hallaría en lo esencial satisfecha con su trabajo y su modo de vida. De forma que, si se ilustra a esa masa, automáticamente surgirá el descontento en ella, al pasar a percibir entonces su vida como una injusticia, y todos los ámbitos sociales se convertirán en un polvorín. Así que es conveniente que los ricos vayan a los Escolapios a empaparse de Humanismo y Empresariales (futura esquizofrenia asegurada).

En realidad, surge el problema del polvorín social cuando se pierde el respeto. Ese respeto religioso que se les tenía y aún queda, y que tanto gusta a los poderosos, cómo no, porque sería como un bello cristal blindado que les protege de los previsibles desmanes de la desesperación de los pobres. Pero ocurre que se perdió el respeto al rico, ya no queda nada de él, a no ser que sea futbolista o tenista o actor o cantante. ¿Hay aristócratas del espíritu en el Consejo de Administración del Banco Bilbao Vizcaya? Lo que se suele observar, antes bien, son unas formas corporales que delatan el asesino trabajo del colesterol malo en las arterias de los millonarios, y unos discursos muy poco lucidos que siempre hablan de lo mismo: en lo esencial, el monótono mecanismo “comprar a cinco vender a diez”, con todos sus disfraces. El pobre sabe hoy perfectamente que el rico puede ser más tonto que él.

Pero sobre todo, la nobleza, la nobleza entendida como falta de resentimiento, un enorme mérito en su caso; el sí a la vida a pesar de todos los pesares, la alegría de vivir más inmotivada en medio de la severidad de sus sufrimientos, la venimos a encontrar en las clases más populares, como en una mina abierta al sol. Para no hablar de la mala leche y el zumbido de la puñalada volandera que hasta se podrían a oler en la lucha financiera de las grandes fortunas. Nobleza proletaria *que se lo merece todo*, porque representa la vida buena e intensa, el dolor y el placer, gozar en la tragedia. Siempre

habría excepciones, por supuesto. Lo que ocurre es que la dominación, o el poder que asfixia e imposibilita la lucha buena, están obligados a mantenerse haciendo un uso sistemático y constante de la mentira. Por eso la dominación será siempre innoble, porque tiene que jugar sucio, en ello le va su vida.

Madrid, Barrio de Atocha-Menéndez Pelayo, comienzos de los setenta

*Donde cambiaría todo de golpe, y es lógico, porque se descubre lo que llaman amor*

### *20. Locura de amor (1)*

De repente uno descubre con estupor, pero con alborozo, casi rozando el éxtasis, que uno es, que habría venido a ser *de verdad, realmente*, y no como hasta ahora, *hilo humeano o caos relativo de sensaciones más o menos difusas*, más o menos determinadas o definidas, algo tan poco consistente como el humo de una hoguera remota que mal se divisa en la distancia. Es una sorpresa que habría que llamar brutal, tajante, decisiva, porque convierte tu vida en otra cosa muy diferente de lo que había venido siendo hasta ahora. La hace real, la hace verdad o de verdad, nada menos. Es la llegada del amor, vamos a seguir llamándolo así, que te da la oportunidad de averiguar que tú nunca hasta ahora habías sido tú íntegramente, de verdad tú o alguien, sino nada más que la mitad de un ser completo y uno, un ser que a lo mejor se había perdido, se había disuelto en un origen inmemorial, y por tanto quedó envuelto en la densa niebla del misterio.

En aquel cuerpo joven de tu compañero de clase, casi cuerpo de niño todavía, vienes a encontrar de repente la parte de cuerpo que encaja y forma una totalidad perfecta con la parte tuya que es tu cuerpo, también casi de niño aún. Y entonces *pasarías a ser*. De golpe, de improviso, sin recuperarte ya nunca de esta perplejidad, estás seguro de que estás siendo feliz por primera vez en tu corta vida, lo que se dice verdaderamente feliz, notándolo, y sin duda contra todo pronóstico, siendo la vida de los humanos como es. Se habría inaugurado en ese momento mágico la vida-a-dos que en realidad es la vida del Uno Verdadero, y desde ahora lo vais a hacer y lo vais a pensar todo a

medias, porque hasta ahora habías sido una mitad y sólo una mitad. Una mitad que se había perdido en los tediosos vericuetos de la vida corriente y vulgar, sin duda por eso te quejabas, por eso te andabas lamentando. A partir de ahora, cuando haga falta, sabrás ya rebelarte.

Al discurrir de esta felicidad absoluta, la que conlleva ser completo y ser uno-con, le corresponde comúnmente, en los años todavía adolescentes, una vivencia del dinero como dinero y nada más, jamás como otra cosa. Algo que sirve para comerte un bocadillo de queso a media mañana entre clase y clase, con un café a lo mejor. Algo que se puede ahorrar poco a poco para pagaros el tren a la Sierra el próximo sábado. Pero nada más, absolutamente nada más. Se trata del amor que nada tiene que ver con el dinero, del amor que mira de reojo el dinero sólo cuando se acuerda de él, y se acuerda de él sólo porque hay que pagar el bocadillo de queso de la mañana, a lo mejor con un café. Ser completo o vivir feliz pondría al dinero en su sitio porque el deseo fundamental, el deseo de ser, estaría ya colmado, no necesitando por lo tanto utilizar el dinero como sucedáneo de nada, no haciendo falta amar a las monedas, ni tampoco hacer el amor con los billetes de banco, porque el amor a una persona y el amor de una persona ya lo tienes, y eso te completa y vives como se supone que habrán de vivir los mismísimos dioses del Olimpo.

Cuando estás enamorado de esta manera, y tienes la suerte de ser correspondido, entonces olvidas la tragedia de nuestra vida humana, porque para ti, sencillamente, es como si la vida hubiese dejado de ser trágica, sin darte cuenta en absoluto de que es entonces cuando estás en el centro mismo de la trampa, que desde ese mismo momento en que te sentiste verdaderamente real empezaste a correr el máximo peligro, te arriesgabas al precipicio, la catástrofe nunca te había rondado tan estrechamente. Porque si uno de los aspectos de la tragedia nuestra, a la que ahora pareces ajeno, es el de la soledad irreparable—la soledad, nuestra sola verdadera amiga, desde que naces solo hasta que mueres tú solo, rodeado de gente que seguro que te observa contrita al no saber muy bien qué decirte—, el otro aspecto complementario de esta soledad a perpetuidad (qué solos se quedan los muertos) sería no solo el de la necesidad inexorable del fracaso afectivo

encadenado uno tras otro, sino el de tu pretensión renovada y maniática de eludirlo y vencerlo de una vez por todas, llevado por la ilusión o el sueño de que a ti te van a querer siempre y tú vas a querer para siempre jamás, que lo lograrás, que vas a ser una excepción a lo que dicen tantos que les ha pasado. Siempre estarás en la brecha, intentándolo de nuevo, siempre en lo sucesivo, nada más levantarte de la caída del fracaso de turno. Pero sin duda vas a cometer los mismos fallos, los mismos errores, las mismas estupideces una y otra vez, porque la ceguera del amor no se para ante nada, ya decían los antiguos que sería de locos pretender siquiera luchar contra Eros una vez que se ha fijado en nosotros para dispararnos su flecha fatal.

Aunque el amor adolescente, o el primero, sí que sería, de verdad, excepcional, no se va a parecer casi en nada a todos los que vendrán después. Porque vive en el puro palpitar del presente, porque para ese primer amor todo el pequeño pasado se ha quedado reducido a la nada más negra, y la sobrecogedora senda impenetrable del futuro no importa tampoco nada de nada, o en rigor carece de existencia psicológica, que es la del tiempo que nos importa, o que importa. Vivir en el presente es vivir en la eternidad, esto ya se sabe de sobra desde hace mucho tiempo, la única posibilidad que tendríamos los mortales de gustarla. Por eso los placeres del amor adolescente no solo querrían eternidad, como todos los placeres del mundo, sino que además la obtienen, la poseen, la disfrutan, y ello sin el menor esfuerzo, para colmo y envidia de los mayores. Por eso luego nos dará tanta envidia la juventud en general, sobre todo esta es la razón de que sea de verdad un tesoro divino, porque así está envuelta en la eternidad verdaderamente divina, no en la otra, la de la estupidez y la impotencia demasiado humanas.

Y entonces, para los enamorados casi aún niños, el dinero no significa nada más que dinero, porque el dinero sería la condensación del futuro en el símbolo universal del tiempo, o el procedimiento infalible para socializar definitivamente el tiempo, contrariando su verdadera naturaleza, que en su misma raíz es subjetiva. Queríamos el dinero para el billete del tren a la Sierra, y para el bocadillo de media mañana, y para alguna cerveza por la tarde. Y el dinero por supuesto no era nuestro, se lo sacábamos de alguna manera a nuestros

padres, que poco tenían, pero eso tampoco importaba porque necesitábamos en realidad bien poco. Si no vas mirando el futuro, si casi no cuentas con él, si no estás obsesionado con el futuro, como un enfermo por el día de mañana, en el fondo el dinero te importa un comino, ya se cogerá donde se pueda, y solo cuando de verdad haga falta.

Justamente ese no contar con el futuro—lo cual inmediatamente se traduce en la absoluta insignificancia del pasado, junto al hecho incontestable de que se estaría viviendo entonces en la única eternidad que puede ser real para nosotros los humanos, y ello sumado al hecho de que vivan los dos enamorados *a la vez* en ella, que tengan allí su residencia en la Tierra—, todo esto hace posible el milagro del amor que habría que llamar perfecto, el amor eterno, la inversión de libido de la buena en un objeto consistente que no se deshace porque no lo iría deshilachando asesinando el cuidado del futuro, la atención al porvenir. En el amor adolescente se cumpliría entonces el amor platónico en sentido estricto, es como poseer la misma Idea de la Belleza, más allá del mundo tenebroso de la muerte.

Esto es lo mismo que decir que se trata, con el amor adolescente o el primer amor, del amor de las dos mitades de la naranja, de la conservación de las partes en la totalidad que las unificaría, y así las hace ser verdaderamente y no como sombras. Él y yo seríamos Uno, y por lo tanto existimos perfectamente, de manera rigurosamente determinada, bien recogidos en la Unidad.

Pero en aquella bendita eternidad se acabará produciendo, de repente, o tal vez poco a poco, cualquiera sabe, una fisura cruel, cruel hasta lo indecible. Y este desgarramiento definitivo, como de púa acerada de trayectoria dolorosísima, se nos va a terminar antojando, con el paso del tiempo, absolutamente necesario, en lo esencial conforme a la Naturaleza de las Cosas y de la Vida. Desgarro ineluctable, ineludible, pero casi tan insoportable como nuestro mismo vivir. Y es que estamos hablando ahora de la verdadera caída en el tiempo, es ésta la de verdad, sin duda, porque cuando nacimos del vientre de nuestra madre en realidad no sabíamos nada ni éramos conscientes de nada, mucho menos de

nosotros mismos o de quién demonios estaba naciendo, y era como si Nadie naciera o Nadie hubiera venido al mundo.

Y es que había ido sucediendo, sin que ninguno lo supiera a ciencia cierta, allí en lo más recóndito de la mansión eterna que habitábamos, que la carcoma del tiempo humano no sólo lograba entrar sino que, habiendo entrado, se aplicaba a la tarea insolente de roer y roer. Era el cuerpo de los dos que se iba transformando, claro está, que dejaba de ser cuerpo de adolescentes. Y el cuerpo del joven adulto no atiende a razones, y naturalmente llega a renunciar a la felicidad misma con tal de correr aventuras, una tras otra. Esas aventuras que equivalen en el fondo a deshacerse, a fragmentarse, a exponerse o ponerse en juego una y otra vez. He aquí que el cuerpo del joven adulto abandonará necesariamente el búnker blindado de la eternidad para echarse en los brazos de la muerte. Y semejante suicidio es de todo punto inevitable porque vendría ordenado por las mismísimas ganas de vivir, esa atroz sed de vida, el deseo que nos traspasa y que con nada se apacienta, porque lo que menos quiere es la paz.

Así que por amor a la vida nos entregamos a la muerte, y en esto no habría vuelta atrás, a no ser la del verdadero suicida, ese sí. Lo que pasa es que el deseo insaciable de vida y más vida tiene por fuerza que desgarrar la Unidad en la que habitábamos bien recogidos como una simple mitad con su otra mitad, una mitad absolutamente feliz, en el dichoso tiempo del presente perfecto. Cambiamos la felicidad por el goce, goce que implica por supuesto el sufrimiento, no como la felicidad que siempre permanece sobrepuesta a él. Nos hacemos adultos, en suma “¡quién lo pecara todo!”. Es decir, nos ponemos a correr para acabar estrellándonos al final contra el muro de la muerte, con toda seguridad pero con la mayor de las alegrías, que es la fuerza mayor. Para decirlo de otra forma, de repente tiene lugar una conversión de nuestra mirada cuando pasa a concentrarse por primera vez en el futuro, y entonces se queda aterrada, sin duda, pero también fascinada, como enamorada del futuro, con todas sus tremendas posibilidades, tan estimulantes pero tan pavorosas.

La caída en el tiempo destruye el amor perfecto del adolescente, el amor primero. Y lo destruiría sin remedio, casi hay que decir que ferozmente, como si

hubiera que pagar este elevadísimo precio por tener derecho a la aventura del vivir. Porque desde luego la vida no está hecha para andar encerrado en la Unidad, allí recogido a buen recaudo, como mitad de la esfera perfecta, porque esta clase de unidad sería del todo incompatible con el tiempo, con el constante peligro de muerte que es la aventura del vivir. Pero ese rastro que te va a quedar como memoria, tras experimentar lo terrible de la caída en el tiempo, el oscuro y querido recuerdo de tu ser perfecto de mitad recogida en el Uno, será un recuerdo muy deformado, casi un falso recuerdo que en algunos momentos te llevará nada menos que a la ilusoria y desesperada búsqueda del doble, moviéndote a ello una lamentable nostalgia inevitable de aquella unidad ahora imposible. Porque la maldita nostalgia se proyectaría mundanalmente en la alucinación del doble. Como ya no eres mitad de ningún todo, y eso, aunque oscuramente, lo intuyes ya, y por supuesto que no te gusta nada, y en el fondo hasta te lleva a tus momentos de desesperación, te engañarás a ti mismo las veces que haga falta poniéndote a buscar a una persona como supuesta unidad ya completa *pero que sea igual que tú*, o si no que sea muy diferente de ti, pero milagrosamente *complementaria*.

Hay dos posibilidades para lo que va a venir a renglón seguido en materia amorosa: o bien te empeñas en negar lo que sabes, es decir, que el presente perfecto de la Unidad ya no es tu tiempo ni el tiempo de nadie que no sea un niño, y vas a insistir, con resultados catastróficos para los dos si encuentras cómplice, en habitarlo junto a alguien, en formar la naranja con alguien—esta sería la actitud infantil del amor—, o bien te acabas de instalar, definitivamente, en el tiempo adulto que sería el tiempo del futuro, pero entonces te lanzas a la caza del doble, manía que se halla abocada asimismo al fracaso a medio o largo plazo, como todas las manías que se toman demasiado en serio, sencillamente porque no hay nadie que sea doble de nadie, ni alma gemela ni alma complementaria, todos somos hijos del azar y sanseacabó, incluido el azar de nuestros encuentros. Como mucho, neuróticamente, nos podemos empeñar en hacer como si hubiera o fuéramos dobles, o en representar el papel de dobles los unos de los otros, pero este esfuerzo insensato resultará a la larga agotador, y acaba por estragarnos.

En el plano del tiempo: lo que hacemos en este último caso, el caso neurótico, sería empeñarnos en imitar con el tiempo de nuestra vida adulta nada menos que la eternidad que otrora habitamos de niños. Y por eso nos da por buscar obsesivamente el amor de nuestra vida, la mujer de mi vida, el hombre de mi vida, envejecer juntos, los dos sentados uno al lado del otro, viendo la televisión o leyendo el periódico, hasta el extremo de llegar a ser enterrados algunos con el rostro del uno vuelto hacia el rostro del otro. El hábito que nos va tallando los huesos, en suma, haciendo de imagen móvil de la eternidad. Como si los amores fugaces no fueran amores *verdaderos*. Cuando resulta que absolutamente todo es fugaz, por otra parte, todos lo sabemos muy bien, no sólo a nuestro pesar. Como si hubiera habido destino, predestinación, conspiración de las esferas celestes, como si se moviera la mano de Dios, o por el contrario la mano negra, en la producción del hecho de que dos personas coincidan en tal sitio a tal hora y resulte que se caigan bien.

En torno a 1973, yendo y viniendo de Madrid a Toledo

*En que se comienza a deambular irresponsablemente, por si fuera poco con el beneficio de descubrir que más allá de lo sórdido en las personas hay cosas de verdad adorables, mágicas, no se puede saber si sólo en algunas*

### *21. Curiosidades y Divertimentos*

¡De verdad que habría algo estúpido o si no infantil en el buscar dejarse enredar en una relación amorosa, que, en el fondo, le traería a uno completamente al fresco! Es como si *hubiese que* jugar a algo, jugar un juego nada más que porque sí, porque habría llegado el momento, y porque según todas las apariencias lo desean todos más que ninguna cosa en el mundo. Es como si de repente nos diera por suspender la activación de esa parte interior nuestra que controla, guía y decide nuestras acciones, para dejarnos llevar en cambio, a partir de ese momento, por ese magma subterráneo y guasón que a todos nos engloba, y que carece de nombre, y por eso le podemos dar cualquiera. Aunque simplemente se trate de curiosidad, las cosas como son, en el fondo divertirse un rato o una temporada. Por lo menos al principio. Y por lo

menos a juzgar por mi propia experiencia, la cosa siempre acabaría mal, si bien es cierto que de verdad no se puede decir que fracase, porque uno, al fin y al cabo, no iba buscando nada determinado, como no fuera conocer a una persona a fondo, por aquello de la curiosidad, supongo, o divertirse, lo que no es poco, olvidarnos de nosotros de cuando en cuando o por temporadas enteras, todo un alivio, que ya se tiene tan visto uno a sí mismo que aburre la visión. Sin llegar a engañarnos con la ilusión de que se trataría de amor desde el primer momento, del tipo flechazo o así, no se puede negar sin embargo que se le llega a coger verdadero cariño a la persona con quien compartimos las tardes y las divagaciones, los sentimientos y los pareceres que nos despiertan todos las demás personas, tan parecidos los suyos y los míos. Tantas risas, todas esas confidencias. Un verdadero placer estar acompañado tan íntimamente por un ser humano, y, por si eso fuera poco, sin las turbiedades tan embarazosas de la pasión propiamente dicha, todo el enorme beneficio de no llegar a la pasión como tal, o de estar en otro ámbito. Moverse en la amistad, más elevada que cualquier pasión, pero por supuesto mucho menos colorida.

Era Encarnita la mayor de las hijas de un capitán del Ejército del Aire del Tardofranquismo, el cual, no se sabe a cuento de qué manía sin sentido invariablemente se dejaba la gorra de plato boca abajo encima de su cama de matrimonio; una imagen entre siniestra y obscena, pero descacharrante, que a mí lo que me causaba era aprensión piadosa: nunca llegó mi atrevimiento a moverla del lugar en el que siempre yacía cuando me hacía entrar la hija en la habitación de sus padres. Sin duda Encarnita era mujer muy joven, pero ya de orden y con las ideas muy claras, clarísimas, y a la vez se podía decir que inteligente y muy benevolente, lo que se dice una buena persona. Como creyente católica que era *hasta los tuétanos*, para ella no había, en realidad, absolutamente ningún problema de los llamados existenciales en sentido estricto, brillando por su ausencia todo sentimiento trágico de la vida. No había nada, en definitiva, que se pudiese llamar el problema de la vida humana, ni en lo que hace a su origen, ni a la injusticia del mundo, ni muchísimo menos su sentido. Todo estaba tan claro como el agua bendita con la que se venía a

santiguar todos los domingos y algún día entre semana antes de dar comienzo la misa.

Sólo tenía Encarnita un problemilla, uno más concreto, referido a una situación particular que por lo demás encajaba perfectamente como mera posibilidad de condena eterna en el transparente plan de Dios, de modo que a decir verdad no era problema ninguno en el esquema general de las cosas, sino todo lo contrario ya que venía a confirmarlo. Y no era éste otro que el de la salud bastante dudosa o comprometida de mi alma, ahí es nada. Y es que yo no dejaba de dar señales que para ella resultaban bastante alarmantes, como la de no pisar jamás el interior del recinto consagrado de una iglesia, o incluso la de lanzar ironías mal disimuladas contra los comentarios en la prensa directamente influida por la jerarquía episcopal española. Cuando no rotundas blasfemias de las que de alguna manera siempre me acababa arrepintiéndome por aquello de la pérdida de control. Más algunas otras cosas de menor gravedad, porque se podrían acabar encauzando maravillosamente por la estrecha senda de lo decente, pensaba ella, de modo que del mal mismo surgiese todo el esplendor del bien. Como por ejemplo que mi interés por los libros de pensamiento heterodoxo fuese derivando, con la entrada definitiva en la edad de la razón, en arrebatada pasión por obras de pensamiento próximo a las sublimes especulaciones de la flor de la curia cardenalicia. Tal vez era Encarnita dada a soñar con milagros que la ponían a pique de éxtasis, como a lo mejor el de verme en mi madurez ataviado de príncipe de la Iglesia, habiendo tenido los dos que renunciar de grado, al final, a los recreos eróticos que tanto nos regocijaban en aquellos días. Bien que insistía ella en lo que le habría convenido a mi alma asistir a cónclaves católicos la mar de reparadores celebrados en parroquias tan progres de curas incluso obreros, de esas en las que era entonces uso cantar con guitarras y sintetizar a San Juan y el Apocalipsis con el *Manifiesto Comunista*. Pero yo seguía en mis trece de no ir a nada de eso porque con sólo oír aquellas recomendaciones tan insistentes de Encarnita algo se me congelaba ahí dentro, muy en lo hondo.

Pero eso sí que también lo tenía ella claro, como católica benevolente e hija del Ejército del Aire español que era: *el placer es necesario*. A ver quién lo va a

poner en duda, el placer era necesario, antes y ahora. Pero necesario no como una medicina que sabe mal y qué le vamos a hacer que hay que pasarla, sino necesario como placer propiamente dicho, goce o disfrute con que se celebra la existencia como Dios manda. Y este talante excelente de la católica dionisiaca que sabía ser Encarnita siempre que las circunstancias se lo permitían era uno de sus rasgos más admirables, por mucho que a mí me privara con él de esos ambiguos éxtasis ante el espectáculo de la culpabilidad ajena en el sexo, que tanto aprecian algunos perversos en las relaciones con los creyentes en un solo Dios.

En aquella época tan juvenil, pero despuntando del todo ya la aurora, yo no meditaba como se debe las relaciones con las personas, no las pensaba como hay que pensarlas, sino que simplemente me dejaba llevar, digamos que por mi instinto. Y es que, a mi juicio de entonces, el instinto nunca me permitía cometer errores, con él nunca me metía en líos, pero qué cosa más rara. Ese instinto sí que era en parte yo mismo, como cuando se me hacía imposible querer de verdad a una mujer que lo tiene todo tan claro que no deja nada abierto a la duda, que encima aspira a la paz perpetua, y que para colmo le quiere regenerar a uno no se sabe muy bien con qué pintoresco fin. Eso yo no lo podía soportar entonces, a decir verdad, era superior a mis fuerzas. Pero lo que entendía como instinto en aquellos años no era eso, por otra parte, la voz que se oía en mi interior para no dejarme querer de verdad a Encarnita no era otra cosa que las composiciones de lugar tan imperdonablemente simplistas de la educación nacional-católica. Algo tremendo, sobre todo porque en su mayor parte me lo imaginaba yo, me lo hacía imaginar a mí aquella educación estrafalaria. Y de una de ellas se derivaría que, cuando me empecé a hacer amigo de otra mujer y a encontrarme *también* muy a gusto en su compañía, me sentí al cabo de un tiempo en la obligación absoluta de imponerme, con extremo dolor, la delirante prohibición de no ver nunca más a Encarnita. Había que ser sincero, qué diablos, aunque doliese, o precisamente porque dolía; había que ser un hombre, no se podía jugar así con las personas, que eran sagradas, imágenes de Dios. No se puede ser amigo íntimo de dos o tres mujeres, ni mucho menos viceversa, ya lo dicen tantos majaderos de tantas religiones. O al menos eso creía yo, pero eso es lo que contaba. Y por eso fui a

ver a Encarnita a despedirme para siempre, aquella tarde aciaga en que la herí a ella, y me destrocé a mí hasta lo más profundo. Pero lo peor fue la insensata sensación de orgullo por el deber cumplido, y por la tentación de la bigamia superada, orgullo que me inflaba el pellejo como a un cretino de mierda mientras me alejaba de su barrio. ¡Esa pureza asesina del estúpido, del gilipollas integral! Yo, por idiota, tan puro, tan asesino, convertido ante mí mismo en todo un ejemplo: era la mala educación que había empezado ya a destruirnos apenas empezando a madurar.

Porque de mi perplejidad tan azorante al constatar la inverosímil combinación, en la mujer religiosa, de toda su seriedad impositiva y hasta inquisidora, con esa delicia del desenfreno erótico, pero bien encapsulado entre dos cortes aleatorios del tiempo-flujo universal, ella recuperando de golpe la mayor de las composturas, como si nada hubiera pasado pero después de que hubiese ardidado Troya; de toda mi incompreensión de pardillo de barrio madrileño con la sesera reblandecida por predicadores de sotana blanca me vendría a salvar a ratos la dulce compañía de Consolación, la simple, la bella, la encantadora, la parva; rubia y rotunda de carnes, y cariñosa y también excelente persona. Quiso la casualidad que estuviera asimismo emparentada por los cuatro costados masculinos de su sangre con las Fuerzas Armadas de Franco, tal vez de ahí también su asombrosa seguridad vital, como es la seguridad del sueldo fijo, pero además la de tener la sartén por el mango, saber a su padre o a su hermano empuñando el sable. Esa seguridad que le permitía lanzarse o entregarse abiertamente a la búsqueda del amor como tal, el sincero, el que nos hace callar y no abrir la boca. Es decir, la paz absoluta prometida de fijo a su amante, cualquiera que fuese. Incluso con dieciocho años, y ya la curva de la felicidad en forma de barriga incipiente paseando a horas fijas por ciudad imperial emblemática del orden y la tradición de la España eterna pero por eso mismo algo negra. Con Consolación era la paz absoluta para los suyos, la paz de todos los suyos, hasta de pasear feliz a la caída de la tarde por las amplias avenidas atestadas de flores no sólo de plástico por el cementerio de su ciudad castellana. Un cementerio sin ninguna tragedia, simplemente la habitación de los cuerpos que aguardan como tal cosa la hora de la resurrección. Era como la paz de Franco hecha mujer, mujer completamente inocente para los que la

trataban de jóvenes; a decir verdad, una paz hartamente chocante y alarmante, muy sospechosa, había mucho que no podía oler nada bien y que obligaba a Consolación a viajar con la venda en los ojos, sin querer ver nada que no fuese su entrega al amor, en cualquier caso al único, al eterno. Amor de hombre, amor de Dios.

A no dudarlo tenía ella en su mano la llave del paraíso, uno tan particular a fuerza de superficial e incluso falso, quizás como todos los paraísos, en el fondo. De la mano de Consolación te llegabas a olvidar del tiempo de la vida humana, para entrar en una dimensión muy parecida a la nada absoluta, algo así como una masa blanquecina que recordaba una y otra vez al Cero, a lo que imaginamos que hubiera podido imperar en el universo antes del Uno, antes del universo propiamente dicho, antes del big bang. Las madres del ser. Pero es que ella era del todo consciente del efecto anonadador de su inmersión en ella, y por eso te ofrecía su sexo tan ostensiblemente, blandamente. Como si su sexo fuese la compensación de la paz de las blancas avenidas del cementerio al que viajabas en su compañía, sexo allí en el fondo del abismo que era ella, la nada y el sexo; sin duda el sexo como sacar un rato la cabeza de la nada para luego volverla a meter en ella más adentro, dando bocanadas de pura felicidad ni siquiera animal. Ni humana ni tampoco animal, más bien como de muertos vivientes, con Consolación sí que Dionisos y Hades eran uno y el mismo.

Hasta podía uno ser interrogado por la policía franquista, y los falangistas que andaban siempre a su lado en esos menesteres siniestros, con la tranquilidad de fondo de que Consolación te estaba esperando impávida a la salida de la Comisaría, con algo parecido a un bocadillo. Aunque se te quitaba toda el hambre con la amenaza de pasarte al Tribunal de Orden Público. Recuerdo muy bien la tontería de pintar símbolos de los partidos políticos ilegales en la mesa de madera de un camping, y el demente del dueño llamando a la policía por no llamar a Mussolini que era su verdadero amor, ya no hubiese podido oírle. En el largo interrogatorio de cabezas huecas hervidas al fuego lento de los tópicos más cretinos, te protegía el espíritu imperial español depositado no desde luego en aquellos horteras del régimen, aquellos merluzos, sino en la

joven humanidad floreciente de Consolación allí sentada en un banco de la plaza, sencilla y casi contenta con aquella otra posibilidad que el destino le regalaba de demostrar su entrega. Los bocadillos prestos, la sonrisa en la boca, los dientes blanquísimos y perfectos, el brillo juvenil en la mirada, todo tan en contraste redentor con la idiocia como de castrado, y los cuerpos deformes de los que habían llevado del interrogatorio, ellos que tenían que ser tan inteligentes ante sí mismos, cuerpos como vencidos por un vicio que se obstinaba en quererse espiritual.

No pude al final de todo aceptar el pacto de Consolación, su sexo a cambio de la paz del cementerio o de la venda en los ojos, sólo ver lo que se quiere ver y lo que se quiere querer. No me pareció un trato ético, ni tampoco conveniente para mí, todo hay que decirlo. Era como si me vendieran la nada pero yo era demasiado joven y por lo demás nunca me he podido acostumbrar a la nada, por muy bien que la hayan disfrazado de otra cosa, incluso de su contrario, como en el caso de Consolación.

Y todo aquel tiempo, todos aquellos años todo tan barato, todo tirado, la cerveza, el tabaco, la cama de la pensión, la gasolina, la tienda en el camping, hasta el interrogatorio de burros salió gratis, no recuerdo haber gastado dinero nunca, en el sentido estricto de la expresión. Y hoy no me dejo de preguntar cómo era posible, cómo fue posible. Sólo se entiende si pienso que era todavía un niño, casi un niño sólo.

*Madrid, Franco fiambre*

*Cuando la cosa se pone seria; incipit tragoedia*

## *22. Locura de amor (2)*

El descubrimiento de la mujer, pero por supuesto también de lo que querían que nos significara la mujer, tanto a las mujeres como a los hombres, iba a coincidir naturalmente con el mayúsculo esfuerzo de instalarse en el tiempo del Proyecto, el futuro imperfecto. Lo reitero porque tiene su importancia, no será casualidad. En apariencia estábamos los dos maduros para disponernos a contar con el futuro, o a preocuparnos por el dinero, y que por fin diera

comienzo el sacrificio. Pero por lo visto sólo lo estaba ella, o así lo quería ver y lo pretendía ella, en vano. Porque ella, de verdad, tampoco lo estaba, no lo estaba en absoluto, de ahí su malestar de fondo que se manifestaba en algo esencial de nuestra relación, el terreno de lo verde, como definió un amigo. Ya se iban a terminar insinuando en el horizonte de ambos las jetas de bondad compungida de los trabajadores de lo mental, todo ese tren del blanco de bata al cuidado y reparación de la gilipollez humana.

Cuando quieres una cosa hay que vencer su resistencia porque todas las cosas se resisten con encono a que tomes posesión de ellas, igual que tú te resistes cuando te llega la vez de ser poseído, y pienso que eso es lo bueno que tienen ciertas relaciones que no pueden ser de otra manera. El sentido agonal, que no agónico, de la existencia. Y de verdad luchamos los dos, eso fue lo mejor de todo aquel intenso episodio, ella contra mí y yo contra ella, yo por ella y ella por mí, por turnos y también los dos a la vez o de manera coincidente, como quiere Heráclito, la armonía en contrapunto, el arco y la lira que son los dos instrumentos de Apolo.

Pero a nuestro alrededor, mientras tanto, estaba ocurriendo algo muy previsto tanto por la Naturaleza (dicen), como sobre todo por aquella Sociedad (de mierda). Aunque mayormente implícito, sin el menor género de dudas. A mí lo que me cautivaba, en cambio, por lo menos a mí pero estoy casi seguro de que también a ella, era la suprema belleza que toma cuerpo en toda lucha no violenta, entendiéndolo no violenta en el sentido preciso de que no aspiraría de ningún modo a la aniquilación de la otra parte, y por tanto al cese de la pelea; bien al contrario aspiraba a que la contienda siguiese y siguiese, indefinidamente.

En lo cual, indiscutiblemente, la Naturaleza (dicen) y aquella Sociedad (de mierda), por un lado, y mi minúsculo yo, por otro, no estábamos en absoluto de acuerdo, en aquella época. Porque muy mayoritariamente, oficialmente, se encaraba aquella divina lucha de los sexos como yendo o teniendo que ir a desaguar de modo natural, y más pronto que tarde, en la apabullante paz del bendito hogar, con toda seguridad ante el televisor, algo que instintivamente se me antojaba a mí demasiado próximo a la paz del cementerio, otra vez la

dichosa paz del cementerio, pero ahora muy en serio porque iban a intervenir las familias de ambos, para mí especialmente la suya. Y por eso llegó un momento en que empecé a esconderme en mis cosas como haciéndome el tonto, dejando bien de manifiesto que volcaba mi interés en otros asuntos ajenos a la coyunda. Ausentándome, evadiéndome. ¡Qué instinto el mío cuando era joven como yo!

Mientras tanto estaban pretendiendo trabajarme. O doblegarme, como siempre, con comodidades, con halagos, con ejemplos de hombres ilustres de aquella familia, que se habían hecho a sí mismos como quien no quiere la cosa. Para eso requerían de mi presencia, para irme penetrando con su insensatez. Y en el fondo yo les importaba un comino a los de aquella familia, claro está, les tenía sin cuidado yo, es decir, mi presente, porque habían hecho de mí un simple peón para el futuro de su estirpe, es un decir, insistiendo en convencerme de que el futuro de ellos y el mío iban a ser el mismo futuro, y eso y solo eso sería la felicidad para mí. Qué insensatez.

Cuando lo único que cuenta es el futuro, cuando en realidad no hay nada ni se tiene nada, porque falta el presente, que por supuesto es lo único importante, o lo único actual valga la redundancia, entonces lo que ocurre es que a la gente sólo le preocupa el dinero, o el dinero como posibilidad. Y es que el dinero como mera posibilidad real sí que es ya contante y sonante o dinero en acto, es decir, ya se puede contar con él, un verdadero milagro, porque a la nada, como todos saben, sólo le sacaría brillo el dinero como idéntico que es al futuro. El espejismo bancario de que la nada se hallaría preñada, del todo, del dinero en efectivo. Como tiempo, claro.

Es decir, a los dos se nos indicaba de mil y una maneras que había que trabajar *de verdad*, era ya hora de ganarse la vida, y hacerse así acreedor a los bienes de la familia, heredero llama Ortega al hombre. Unos bienes nada del otro mundo, es cierto, pero vistosos, y además ganados con el sudor honrado del que volvió de la División Azul aquella con un mendrugo de pan en el bolsillo del descolorido uniforme remendado.

Todos repetían a nuestro alrededor, con la mirada y los gestos, que ya no estábamos ninguno de los dos, ni ella ni yo, en tiempo de jugar, o de estudiar;

que para el caso sería lo mismo, por ejemplo según su padre aquel, como estudiar no tenga el sentido preciso de ponerse a trabajar cuanto antes, esgrimiendo títulos como promesas de futuros plácidos frente al televisor, registrador de la propiedad oliendo a meado de gatos. Por eso un día me hice el convencido, para verlo venir, para testar mis hipótesis, y enseguida fui llevado ante aquellos extraños señores, de tanta unción en el acento y tan modosas maneras, de los curas no sólo el aspecto, y hasta su inquietante aroma hormonal, pero sin sotana, como engañando a nadie, señores que al parecer controlaban el negocio de la enseñanza privada, de la gente bien, que haber la hay. Me preguntaron por mi fe y ese tipo de intrincados asuntos a los que uno no sabe nunca cómo responder, sencillamente porque no acaba de entender el enunciado, y además como si eso de la fe fuese una garantía de honradez o de solidez o de justicia, dando por descontado, con gesto displicente, lo de mi preparación para impartir las seis o siete asignaturas diferentes que se me iban a exigir como dedicación de docente a tiempo más que completo, es que se me nota la cara de listo. Salud, la del alma.

Ella y yo éramos, sin saberlo del todo, las víctimas propiciatorias de todos aquellos merluzos de la santa castración, éramos los sujetos puestos en el brete, los dos sobados indecentemente por la norma de la convención. Y era un absoluto disparate y una tremenda injusticia, porque lo nuestro existía, era real, vaya si lo era, pero por eso mismo completamente al margen de la Sociedad aquella (de mierda). Era lo nuestro, para decirlo con una palabra que lo dice todo, verdadero. Estaba más allá de todos los clichés, por tanto del entendimiento de los estúpidos que nos rodeaban, ellos, que no eran nada fuera del rebaño, nada genuino entonces. Había algo verdadero entre ella y yo, lo que inmediatamente significaba estar en contra de todos aquellos tarugos, o que estuviesen todos ellos en contra nuestra. Lo peor era que nosotros dos por aquel entonces éramos tan inexpertos que no lo acabábamos de entender. Y entonces cruzábamos sin cesar los malentendidos entre nosotros, nos destrozaban los malentendidos inducidos por todas las voces estúpidas que resonaban en nuestras pobres cabezas de desconcertados, y al final, perdidos. Lo que había que hacer, ése era el problema, lo que había que haber hecho, si hubiésemos tenido más que valor entendimiento, aunque seguro que son lo

mismo el entendimiento y el valor, pero eso lo sé sólo ahora, era haber escapado de allí a toda prisa, de aquella Sociedad (de mierda), en busca no se sabe de qué, pero seguro que de la ilusión de una Sociedad completamente distinta que *tenía que* existir en algún sitio, o si no la tendríamos que hacer. En la nuestra sí que es cierto que había de cuando en vez alguna luz, como fogonazos, visiones de verdades, pero todo tan turbio, tan enmarañado, una claridad tan confusa, que casi habría que decir que era peor que las tinieblas absolutas en que vivíamos antes del uso de razón.

Ahora sé que la prueba de que entre los dos teníamos algo verdadero y por eso decididamente antisocial, dadas las circunstancias, espero, era que despreciábamos olímpicamente el dinero, lo despreciábamos sin saberlo y sin decirlo y sin tenerlo en absoluto, simplemente no lo veíamos cuando estábamos juntos, que la obsesión del dinero nos la echaban encima todos los estúpidos y todos los canallas. Ella con su vieja bicicleta negra jugándose el tipo por las calles de Madrid, y sus zapatillas deportivas de inconcebible color rosado, con algún agujero, y una cazadora barata que no iba a ninguna moda porque la moda nos importaba un carajo a los dos. La moda a nadie le importa un carajo, de verdad, como no sea que vive en la mentira, porque entonces sí que es lo más importante del mundo. Éramos ricos teniendo para café, y con eso pasábamos la tarde, amigos, amantes, hermanos, camaradas, compañeros, todo lo teníamos entre los dos menos la relación paterno-materno/filial, de esa habíamos salido ya definitivamente, y tampoco íbamos a misa, así que no había quedado ningún resto. Parece que hay otras señoras que sí que tienen dinero y se dedican más que nada a gastárselo, esas sí que van bien vestidas, lógicamente, por prudencia elemental no pueden dejar que se vea lo que llevan dentro, si es que es algo.

*Sevilla, principios de los ochenta*

*Se van constatando que los amores son distintos pero siguen una pauta que es posible esclarecer medio psicoanalíticamente*

*23. Locura de amor (3)*

Amparito era realmente mona, y encima se pasaba el día trabajando minuciosamente su belleza, sin duda para que resultara diferente de sí misma, variada, como teniendo que dar la impresión de que ella era en realidad muchas mujeres pero todas ellas tan bellas. Y por si esto fuera poco, era lo que se dice elegante, semejaba un galgo ruso, disculpando, una mujer que quería encajar solo en ambientes lujosos, entornos como siempre de fiesta. A mí me dijo en una ocasión que si se pasaba tantas horas delante del espejo era para “triunfar”, eso me dijo, y después de eso no habría más que decir.

¿Cómo es posible enamorarse *perdidamente* de unos ojos simplemente porque son bonitos o incluso muy bonitos? Sin duda algo parecido a sufrir de idiocia, o de locura esperemos que pasajera. Porque para enamorarse así tan a lo tonto hay que suspender el juicio acerca de todo lo que la persona en cuestión *realmente* es, que por otra parte uno lo ignora, aparte de unos ojos muy bonitos. Y lo que ya es el colmo de la tontería es que la imagen de esos ojos se te clave por así decir en el medio y medio de la glándula pineal, y la lleves contigo día y noche adonde quiera que vayas, taladrándote el cerebro. Una auténtica obsesión, que vas que da lástima, como le daba a Spinoza tanta de aquel que solo podía pensar en el rostro de su meretriz y en nada más, aunque él decía meretriz no se sabe bien por qué, una verdadera enfermedad de la atención cuando nos agarra la debilidad mental más extrema. Hoy lo explican por las cosas que tiene el cerebro, con lo que estaría dicho que inútil resistirse.

Lógicamente el mundo de Amparito era el mundo de lo galante. Lo que ella necesitaba para sentirse viva y ser feliz nada más que era verse rodeada de admiradores que sólo aspiraran a complacerla, a arrancarle una sonrisa. Y a mí me introdujo de buenas a primeras en aquel círculo endemoniado de papanatas ociosos, “porque contigo me lo paso de puta madre”, sentenció de modo brutal pero que despejaba toda duda. Y la verdad, yo me dejé meter en el círculo ese encantado de la vida, porque a mi vanidad de imbécil le venía bien creerse un elegido entre tanto pretendiente tan alto.

Era Amparito pura imagen toda ella, eso era lo que ella quería ser y *nada más*, lo cual tenía que quedarnos muy claro a todos los que a su alrededor revoloteábamos. De modo que enamorarse de Amparito era enamorarse de

una imagen, o sea, un enamoramiento puramente imaginario. Quiero decir, en relación con ella no había nada propiamente real, tampoco simbólico, nada en absoluto conmigo o referido especialmente a mí, y eso tuve ocasión de comprobarlo una y otra vez cuando intentaba aproximarme a lo que se supone fuera ella en el fondo o fuese de verdad, y entonces ella al punto ofendida, o incluso aterrorizada, me miraba como si yo hubiese confundido completamente los papeles que había que representar por fuerza de destino. Al principio reaccionaba yo pensando que conmigo se trataba solo de un divertimento, lo que me resultaba chocante, qué cosa más rara, pero no tardé demasiado en darme cuenta de que para ella casi todos éramos divertimentos, el que más el que menos.

A mí no me importaba realmente la frivolidad de la situación, yo la aceptaba tal y como era, pero enseguida se iban a presentar dos problemas de cierta envergadura que hicieron lo nuestro inviable, pero menos mal que no tanto como para amargarse la vida. El primero, que acabó por salir en cuanto el trato se hizo algo frecuente, su problema con el alcohol, que estuvo a punto de ser el mío. Yo al principio receloso de aquel barman de aspecto imponente que a ella le susurraba noche sí noche también no sé qué cosas al oído. Sin embargo, tras tener que recogerla desmayada del suelo, como depositada contra lo más profundo de la barra, ausente, catatónica, alarmante sobre todo las primeras veces, y al terminar yo comprobando el coma etílico más pedestre y rotundo, nada erótico, muchos chocantes detalles iban a cuadrar finalmente, y a cobrar acabadas forma y figura. Amparito al borde del alcoholismo, en suma, por eso su dejadez, por eso el blanco matinal de su mente, de ahí lo desgarrado de su paso, lo fofo de sus endeble carnes, no obstante el empaque y la elegancia indiscutibles de su porte. Y ese primer problema del alcohol consistía, además del aspecto médico tan vital o tan mortal, en una rutina inflexible carente del mínimo sentido que por supuesto no iba a ser la mía de momento. La rutina del alcohol, que a cualquiera puede arrastrar y llevárselo al infierno. Levantarse tarde y malcomer, freírse el pelo y pintarse los ojos, dormir otra vez un rato, y al final encaminarse con desgana pero inexorablemente al bar de copas de turno, para terminar rodando del taxi al portal, y luego a la piltra, exánime uno.

Claro está que el que es pobre tendría que beber en su cuarto o tirado en el medio de la calle, por mucho que sin duda prefiera el bar de copas de luces tan coloridas, tan bonitas, y esa música tan alegre, y la buena compañía de los otros bebedores con sus chascarrillos. Como era su padre el que la financiaba a Amparito con su potencia dineraria de industria familiar consolidada, cosa de la teja, no he añadido al mencionado problema de la botella lo que sería hipotéticamente otro problema grandísimo aparte del médico, el de la ruina económica absoluta, más que probable del que vive para beber.

Claro que se pensará que el segundo problema que se nos había presentado a los dos, y que ahora paso a mencionar sucintamente, no venía a ser en realidad otra cosa que el primero repetido o con disfraz, el del trago largo una vez más. Pero se me hace mucho más interesante considerar una posibilidad diferente. A mi modo de ver o desde mi particular punto de vista, como de lenguaje privado—se dirá que propio de un idiota pero justamente es de lo que se trata, de una idiotez—, nuestro amor solo imaginario no se podía traducir en felicidad sexual ninguna, esta era imposible por definición. Porque lo que vamos a llamar felicidad sexual tocaría a la pulsión, que es en definitiva lo real entre los seres humanos como especie de animales inteligentes que a fin de cuentas somos. En un amor nada más que imaginario, y lo mismo en caso de ser exclusivamente simbólico, el sexo termina por aburrir en un plazo sorprendentemente corto, incluso nada más iniciado. Lo cual hacía no sólo probable sino en verdad inevitable un desenlace como el que tuvo nuestra escueta relación que al principio, estúpidamente, yo creía apasionada por las dos partes. Una relación pulverizada en un instante por la llegada de un mocetón de su pueblo aquel, joven hercúleo al que le unía, mucho antes que el puramente imaginario conmigo, un amor real, muy bien asentado en el poder casi invencible de las hormonas...

*Madrid, 1980*

*En que Melquiades Bendicho va a descubrir la soledad absoluta, o sea, se va a descubrir a sí mismo.*

#### *24. En la casa de reposo*

Fue sin ninguna duda la época más difícil de su vida, aunque *objetivamente* no pasaba ni había pasado nada, apenas que su novia le había dejado, como a tantos les ocurría, a la vez que había notado sin lugar para la duda el inexplicable desapego de su madre al anunciarle él a ella que aquel verano por fin se podía ir con una beca a los Estados Unidos a concluir sus investigaciones psicológicas. Lo que empezó por suceder, la raíz que se había tronchado de repente y tan inesperadamente era la de su inmersión recién comenzada en el Símbolo de la Mujer, con mayúsculas y como atmósfera de su vida, para el caso su Novia y su Madre. En aquel momento se sintió como recién parido, un horror, o teniendo que renacer, arrojado en el polvo a la intemperie del mundo más cruel imaginable, expuesto a todos los rayos de todas las cóleras, humanas y divinas, expuesto a que todas las descargas de la blanca ira inmemorial de los dioses y de los hombres hicieran blanco en él. Y su reacción iba a ser la peor en estos casos límite, la del tenaz examen de conciencia que buscará redimirse posteriormente a fuerza de penitencia, de dolor de los pecados. Pero lo peor es que no había ningún pecado, ninguno en absoluto, hasta tal punto no lo había que el concepto de pecado mismo se iba a tornar a partir de ese momento definitivamente absurdo, irracional hasta la desesperación. Con ello, toda su educación judeocristiana, toda su existencia anterior, empapada por esa educación, habían venido a desembocar estrepitosamente en el sinsentido más absoluto, el sinsentido que se iba a unir sin ningún reparo al desamparo aquel tan angustioso del más atroz abandono de los símbolos.

Y en este punto del desamor radicalmente sentido, que condenaba toda su vida al absurdo, vendría a irrumpir el delirio. No hay amor, concluyó Bendicho, todo cariño es interesado, vilmente interesado, pura necesidad física, se le ocurrió así por las buenas, sexual en el sentido más brutal de la palabra, o ni más ni menos animal. Así que Melquiades Bendicho empezó a contarle a todo el

mundo que le escuchaba con la boca abierta que todas sus amistades lo que ocurría es que querían aprovecharse de él, en el sentido directamente sexual de la palabra, abusar. Como el Roberto aquel de su adolescencia, en el fondo lo que pasaba es que todos eran robertos enmascarados, animales testosterónicos de fauces abiertas y baba colgando, brutos que fingían afecto miserablemente, que le engañaban con un único propósito. Y eso era lo peor de todo, el que nadie enseñaba su juego hasta que era ya demasiado tarde. Su descubrimiento era el de que para bañarse en la atmósfera del Amor, única en la que él hasta el momento podía vivir, había que pagar un precio muy determinado, el amor tenía un precio siempre. Es decir, que no había en absoluto amor, que se trataba del más deplorable de los intercambios, y el más penoso de los engaños el de fingir que toda la vida humana se debía disponer en torno al amor como en torno a su único sentido. Yo te quiero si tú te dejas hacer, o si tú me haces esto y lo otro, es decir, para decirlo ya todo, si entras a mi servicio, si te sometes. El amor ellos te lo dan solo cuando te haces su esclavo, le decía su delirio a Melquiades.

Denunciar esta situación delirante, pero sobre todo intentar la rebelión contra ella, pretendiendo imponerse a esa obediencia absoluta que se le exigía a cambio de recibir cariño, estas dos cosas habían determinado que un amigo se decidiera a llamar a la policía, y la policía a la ambulancia del sanatorio mental. Una institución pública que le ofreció a los pocos momentos de entrar allí un buen manojito de diagnósticos como hechos a boleó, a cada cual más exótico y simplista, pero todos ellos obtenidos a partir de la indiscutible constatación inicial, a este chico en realidad no le ha pasado nada de nada para que se haya puesto como se ha puesto. También los psicólogos, cómo no, y eso es lo que más le dolió a él que era psicólogo, fueron a hacer por su parte presa en él elevando el exotismo de los comentarios hasta lo genuinamente delirante, sin que nadie hiciera el menor caso de la historia que él contaba. Porque la historia que él contaba no era quién de haber traído estas consecuencias que habían alarmado tanto a sus amigos. Claro que esta historia que él iba contando entonces no es la que por fin ya es capaz contarse y contar ahora, tantos años y tanto trabajo después sobre sí mismo. Recuerda con rubor que su lenguaje de entonces aludía a no se sabe qué manejos de homosexuales ansiosos

disfrazados de buenos amigos, y su modo de reaccionar a la soledad, y a la sumisión que sentía, fue romper el espejo de un armario en la casa del amigo progre que le iba a entregar a la policía nacional. Lo que el loco dice y lo que el loco hace la gente no lo puede entender, y por eso les molesta tanto, porque no saben qué hacer con él. Aunque si se cuenta la historia como de verdad es, resultaría perfectamente racional y comprensible.

De lo que en realidad se trata, por lo tanto, es de un desajuste temporal entre dos modos de expresión que en realidad serían el mismo si no fuera por esa dislocación del tiempo. El que pasa por loco se manifiesta en un lenguaje que sólo se podrá entender en el futuro, a su *debido* tiempo. En realidad, el criterio sagrado y unívoco de la salud mental era, en ese justo momento, o sea, en todo momento, el de no dar la tabarra a la gente más allá de cierto límite en el que se pudiera dirimir la situación con un par de bofetadas o una patada en el culo, ya que ni el diálogo ni los improperios valen. Cuando uno molesta y les asombra tanto a todos diciendo y haciendo lo que hace y dice, como Melquiades en aquella época; cuando los demás no saben qué hacer contigo o cómo reaccionar, entonces es cuando recurren a las autoridades del *establishment* psi. Y así se decide el destino de esta gente demasiado molesta, a la que tampoco estaría justificado darle un par de bofetadas. Porque con ellos nunca se sabe.

Bendicho recuerda perfectamente el tener que tragarse aquellas pastillas coloradas que le irían hacer caer en una modorra cósmica, de mente como papel en blanco, a lo que allí llamaban curarse, como si fuesen monjes orientales. Recuerda también que le pusieron con los alcohólicos, aparentemente tan contentos y tan buena gente, pero de biografías espeluznantes, como tendría ocasión de oír. Y puesto que el internamiento forzoso es cosa de instituciones públicas iba a tener además que constatar cómo les va de verdaderamente mal a los locos pobres, doblemente molestos, doblemente dejados de la mano de Dios, y sin que a nadie les importe un bledo, porque allí tampoco habría monjitas de esas a las que parece que les importa todo bicho viviente. Locos desfigurados por no se sabe qué veneno al que se apresuran a dar un nombre con tal de tranquilizarse, locos

impresentables, atada una cuerda a la cintura para que no se les caigan los pantalones al suelo, locos que gritan nadie sabe qué ni por qué ni a quién, gente empecinada en dar vueltas en torno a su eje durante horas y horas, o locos que se golpean la cabeza todo el rato hasta que alguien se compadece y los lleva no se sabe a dónde. Locos que simulan atender a un aparato de radio y que te golpean duro si te los quedas mirando más de un segundo. Locos que se mueren sin hacer ningún ruido, como de repente, en una camilla colocada en un pasillo, con las piernas al aire y cubiertas de llagas, dándote la oportunidad de hacer algo por alguien aunque sea muerto para lo del embalaje.

Pero lo peor de todo había sido aquel aburrimiento como para volverse loco, una inanidad extrema que te lleva incluso a barrer toda la planta y a hacerles las camas a tus compañeros los alcohólicos. Aquel aburrimiento como una salvaje tortura que te hace soñar con el permiso a salir al jardín a tomar el aire y mover las piernas. El cielo de allí es el jardín, como lo fue siempre en las religiones semitas.

Tampoco podrá olvidar nunca Melquiades Bendicho que un día se marchó por la puerta del Manicomio como si nada, hasta poder alcanzar la parada de taxis. Lo pudo hacer porque conservaba la ropa con que había ingresado, que era ropa normal, no de pobre, no de loco. Inocente de él, fue a ver de nuevo al amigo que lo había entregado para pedirle explicaciones y también ayuda, quien lo volvió a entregar ipso facto bastante alarmado. Una vez dentro le propinaron entre dos gorilas una buena paliza, sin duda buscando su escarmiento. Cuando recobró el conocimiento le habían puesto no se sabe cómo un auténtico pijama de pobre, de loco, de algún muerto tal vez, para que no pudiera volverse a escapar por la puerta tan pancho.

Ahora, en la madurez tardía, sabe muy bien Melquiades Bendicho que en el momento crucial de su vida se rajó como un cagado. Y también está seguro de que aquel terrible momento de su debilidad, del error mayúsculo, le iba a costar muy caro en casi todo lo sucesivo, hasta casi llegar al mismo momento presente, cuando ya todo el asunto lo está logrando dejar, por fin, a sus espaldas. Pero es muy difícil no echar a correr cuando ves que viene el lobo a por ti, porque, cuando por fin alcanzamos a divisar lo real propiamente dicho, lo

normal es que todo el cuerpo se te disponga a marcharse a la carrera. Y para Melquiades Bendicho el lobo que se le echó encima fue la certidumbre de que estaba absolutamente solo, en lo esencial. En aquel momento decisivo había descubierto, de golpe y a la vez, que ya no tenía el amor de su novia, puramente simbólico y no obstante amor, pero tampoco el de su mismísima madre, o sea, la raíz de todos los amores se había apagado como de repente. Y había descubierto también que la cosa no tenía razón de ser ninguna, y por eso no tenía remedio. Probablemente lo que le rompió entero fue cobrar conciencia de la falta de razón de su total abandono: no le cabía duda de que él había hecho todo lo que había podido. Por eso, a partir de entonces, solo echándose la culpa era ya capaz de poner a salvo la supuesta racionalidad de lo real. Ignoraba, joven aún, que es muy poco prudente depender del amor de nadie, porque nadie manda en su amor ni por tanto en el de nadie. Porque el hecho de que alguien te quiera, que de verdad te quiera, no depende de ti en absoluto. Y en esto había, y hay, como una contradicción más que sangrante, porque si es el amor el que te hace uno, o te hace ser, sin embargo el que te quieran no depende para nada de ti, así que *ser* es cuestión de suerte, de carambola. Como un don, un regalo que te puede agraciar o no...

La educación que le habían proporcionado, sin duda, había contribuido enormemente a que se rajara con este descubrimiento trágico. Porque es el caso que le habían presentado desde el principio el amor como un "mandamiento". Amarás a tu padre y a tu madre. Amarás al prójimo como a ti mismo. Y a Dios por encima de todas las cosas. Ya se sabe toda esta historia, el cuento de los cuentos, cuando la realidad es que a nadie se le puede exigir que ame a nadie, ni mucho menos para toda la vida, qué locura. Lo que sí se nos puede pedir es que nos comportemos con los demás *como si* les amáramos, aunque no les amemos en absoluto: la cortesía, más o menos. Pero esto resultará a la larga fatal, porque cualquiera con un adarme de sensibilidad nota enseguida cuándo alguien está *haciendo como si le amara a uno*, sin amarle de verdad. Y entonces viene el sinsabor, el disgusto, incluso la tragedia, en algunos casos el suicidio, en otros la locura, que vendría a ser como una modalidad de suicidio.

Bendicho se había repetido en aquel momento, si no me quiere nadie, si no me quieren las que yo quiero o las que más quiero, entonces yo tampoco me quiero, por eso ni quiero siquiera respirar porque no quiero ser. Así que enloquezco, tal vez porque no me atrevo a tirarme por una ventana ni a matarme vaciando botellas. Y es que Bendicho todavía no había leído aquellas páginas de Ortega en las que llegamos a saber que Cristo se hizo de verdad hombre solo cuando quedó en el más completo abandono. En la absoluta soledad, solo en ella, se encarnó Dios, porque la condición humana, de verdad, es esa soledad que tanto había espantado descubrir a Bendicho, que le había enloquecido palpar allí rodeándole, sin posibilidad ninguna de mentirse, de taparse los ojos, ni siquiera de adornarla, tampoco de excusarla. Su salida, entonces, fue desmentirla haciéndose el loco: no es que el mundo sea esto, es que lo veo así porque yo no estoy bien ahora, de manera que enloquezco con la esperanza de que, cuando me curen, el mundo ya no lo vea así, el mundo ya no sea así. La madurez tardía de Bendicho ha llegado finalmente, y ya iba siendo hora, ahora que sabe todo esto, porque sabe que el mundo es así y que Ortega había dado en el clavo.

Para ser auténtico hacen falta dosis desmesuradas de valor y de generosidad. Bendicho sencillamente no contaba con ellas en aquella época, entonces no estaba en absoluto preparado, a pesar de que ya no era tan joven. Huir, escapar, no querer ver lo que se ve porque uno no cree poder soportarlo. Y el delirio como puerta que nos daría un margen, algo así como una prórroga para hacernos adultos. Porque, eso sí, Bendicho estaba comprometido con la tarea de la autenticidad. Todo se lo podría haber ahorrado en caso de optar por la falsificación sistemática de su vida. Pero tampoco hace falta ponerse trascendental: simplemente ¿por qué no irse de farra? Desde luego, mejor que el manicomio.

Pero el manicomio le era necesario, sencillamente; al tipo de persona que era le urgía la puerta falsa de la locura por la sencilla razón de que era la única manera, para él, de evitar para siempre la falsificación. De ser veraz. Lo que Bendicho amaba de verdad era la Verdad, aunque la primera vez que se encontró con ella no estaba en condiciones de soportarla. Pero la seguía

amando, de ahí la necesidad del manicomio, entonces, porque era la única salida que le quedaba. Y la tomó muy decidido, como interpretando una obra de teatro un tanto siniestra.

*Terrassa, Barcelona, 1983-84*

*El problema radica en estar convencido de que, siendo el mundo como es, ser feliz es imposible, incluso un anhelo francamente idiota, pero que al mismo tiempo ocurra que uno es feliz*

## 25. *Ella*

Iba, a partir de entonces, el pobre Bendicho, completamente desvencijado, vagando sin voluntad de un sitio para otro, sin poder quedarse en ninguno, como es lógico, la mirada perdida, hablando casi nada con casi nadie, y es que iba en realidad fulminado por la visión de lo que había visto, que no cesaba de volver, vamos a llamarlo la revelación trágica. Panorama dantesco que las pastillas proporcionadas por el *establishment* psi no conseguirían de ningún modo borrar, naturalmente, sino tan solo desdibujar sumiéndolo a él en la anestesia y la estupidez casi letárgicas. Pues para quien no puede resistir sostenerle la mirada a lo real habría múltiples químicas variadas que, actuando sobre un cerebro al que a partir de entonces se le va a calificar de enfermo o en cualquier caso alterado, en una endemoniada vacuidad puramente verbal, consiguen que lo que se ve se vea con los contornos desvaídos, o que lo que se ve claramente no importe tanto, o, en el límite, como el suicidio, no importe casi nada en absoluto. Pero siempre le acompañará a uno la necesidad de la anestesia, dicen los que no tienen ni idea que porque su cerebro estaría enfermo o trastornado en lo químico, pero lo dicen con muchos nombres muy bien dispuestos que abrumarían al más pintado, tantos que alguno tiene que encajar más o menos, y, si no, se le aplican varios a la vez, o en serie, sucesivamente.

Iba por aquel entonces Bendicho bien jodido, con la mirada perdida y sin saber muy bien qué hacer. “Como si no te quisiera nadie” le llegarían a decir una vez, dando de lleno en la diana de su vida. Y he aquí que en uno de sus

deambulares se topó con *ella*. Ella que se iba a apresurar a hacerse cargo de él como quien recoge a un perrillo abandonado y perdido en mitad de la calzada, rozándolo todos los coches del mundo a gran velocidad. Él se dejaría hacer, naturalmente, y de paso aprovechó la ocasión para descansar largo y tendido en aquel regazo maternal como ninguno, creyendo incluso recuperar algo del aroma de la madre, del origen tan perdido.

Y de este modo se fue viniendo arriba poco a poco, recuperándose en aquel regazo como quien no quiere la cosa, imaginando además que salía de un mal sueño que no tendría por qué repetirse, por lo menos mientras siguiera con ella. En una palabra, dándose a entender que solo el amor sería capaz de salvarnos de la crueldad de lo real que consiste en el desamor, lógicamente. ¡Estúpida tautología, entonces! Tan estúpida le resultaba, tan improbable y absurda, que no se la terminaba de creer, era ahora el suyo un problema de fe mayúsculo, de falta de confianza. Porque había visto con toda nitidez la crueldad de lo real, que consiste entre otras cosas en el desamor, y ahora por tanto no se podía haber encontrado con un amor *real*, sino con uno todo lo más simbólico o imaginario, como los de antes, que debían ser los de todos, los únicos...Llegó a montar asombrosas y algunas sórdidas explicaciones del intercambio que estaba teniendo lugar entre ella y él, suponiendo a los dos aferrados a la instrumentalidad del *do ut des*, al mero intercambio de favores y de cargas que parece definir lo humano en todos los casos sin excepción. Pero ¿qué favores le estaba haciendo él a ella?

Y es que el amor real tiene que ser esto, justamente así, el que va y te agarra y te rodea y no lo notas del todo hasta que te intentas soltar, y hacer tu vida de manera independiente, y entonces caes en la cuenta de que eso de vivir solo es ya de todo punto imposible. Y al pronto te indignas, montas en cólera, a ver si no. Es que no te acabas de dar cuenta de que ya no eres tú verdaderamente, no es tu Yo, tu conciencia, igual que no lo puedes poner en palabras, sino que es en realidad tu cuerpo como la Gran Razón, la maldita hueste de tus pulsiones que deberán haberse combinado con las de ella, fundido, fusionado, o algo por el estilo. Es tu Cuerpo el que ama a otro Cuerpo y viceversa, casi nada, porque el Cuerpo en este sentido sería algo total, paradójicamente

metafísico, porque no dejaría nada fuera ni dejaría escapar a nada ni a nadie, ni mucho menos al espíritu. Son tu Cuerpo y su Cuerpo que se habrían como enganchado para sacar adelante otro Cuerpo en el que quedaréis los dos superados, barridos pero no dejados de lado sino *incorporados*. Y entonces ya no hay nada que hacer, se acabó la autonomía, te has caído con todo el equipo, pensaba Bendicho desconsolado, porque es como si estuvieras preso a todos los efectos, ya no eres tú el que manda en ti. ¿Quién manda entonces?

Y ocurre que contra el amor real la única solución es luchar y luchar, y seguir luchando hasta la muerte, porque sería esa la única manera de hacerle de verdad justicia, luchar contra él sin tregua, y si es real ese amor luchará a su vez contra ti retorciéndote el brazo cada vez que quieras soltarte, y así seguirá hasta el final de los tiempos (que total será cosa de unos cuantos años). El caso es que habrá que seguir amando pero sin quedarse uno reducido a la idiotez más lamentable, como un muñeco, o un pasmarote que ya no tiene nada que decir. Porque, como te coge el cuerpo, el amor real te impide hablar y escribir como no te vuelvas a rebelar contra él una y otra vez. Hace de ti un gatito que vive confortablemente en un cuarto de un barrio de ciudad dormitorio, como no luches a brazo partido como la hidra de las siete cabezas.

Aquellos años de investigación psicológica en la Universidad de Barcelona los recuerda bien Melquiades Bendicho, pero solo si quiere y solo cuando quiere. Un piso modesto un tanto distante de Bellaterra, porque Genoveva aún no trabajaba y era tiempo de felicidad pero con las estrecheces económicas habituales, subiendo la Rambla d'Egara a la izquierda, en la calle Hispanidad con vistas a la plaza Companys. Y en el parque de esa plaza, todas las mañanas los jubilados aburriéndose a la petanca, apareció de súbito aquel extraño gato que tanto le llamó la atención a ella porque no maullaba como los gatos sino que hacía el sonido que se supone tienen que hacer los patos. Y Cuacua entró en escena con una pata delantera colgando de varios hilos sanguinolentos y purulentos, al parecer recientemente liberado tras ser cogido en un cepo de esos que los cafres que produce el país ponían en las estribaciones del monte cercano. Enseguida ella le daría cobijo, a ver si no, pero al comienzo solo para dormir, muy cuidadosa, y así no quitarle del todo su

libertad de gatazo aventurero, aunque le iba a mantener bajo vigilancia por el día, sobre todo en previsión de que los chicos que salían del Instituto Copérnico no le arrancaran para divertirse alguna pata más de las que aún le quedaban. El Gato Cojo tendría por lo demás buen cuidado de enemistarnos con todos los vecinos, ya de por sí bastante antipáticos de puro asno que eran, igual que las bellotas. Y es que un macho enorme y potente de los que están enteros, como un gato montés, exactamente igual que un gato montés, iba por supuesto a dedicarse a marcar con el estupefaciente hedor de su orina intensamente hormonada todos los rincones del edificio donde vivíamos a la sazón, pero a decir verdad no casa por casa sin dejar ninguna, sino solo las de los inquilinos más indeseables, los más brutales, algo de veras mágico. Hasta que un buen día me vi forcejeando, entre nuestras dos terrazas contiguas, con la bestia del hijo de la vecina del cuarto izquierda, que era calvo y además en ese momento pretendía golpearme en la cabeza sin venir a cuento para que cayese y me estrellara contra el pavimento, los medios cuerpos de ambos dando al vacío que miraba a la plaza Companys.

Naturalmente, a Cuacua hubo que llevarlo muy pronto al veterinario Tirso, toda una eminencia universitaria, un verdadero sabio que iba a creer entender, así al primer golpe de vista, que le traíamos al bicho para sacrificarlo sin dolor ni temblor, habida cuenta de la infección que le había nacido en la misma raíz del muñón todavía sangrante, y que ya le empezaba a corroer todo su cuerpo de gato montés consumido por la fiebre. Pero Genoveva se opuso terminantemente, como tras haber escuchado una orden venida de lo alto, y yo la dejé seguir, Tirso sentenciando para concluir que sin duda hay ocasiones en la vida de los hombres en que es mejor no hacer lo que sin duda es lo más razonable y lo que habría que hacer. Muy enigmático con su sabiduría de viejo aragonés que ha visto todo lo digno de verse, más o menos. Así que, cura tras cura, todas muy dolorosas, y económicamente hasta casi ruinosas las diversas operaciones para salvarle la vida al felino. Hasta que al final del largo y muy penoso túnel, completamente repuesto, se incorporaría como miembro de pleno derecho a la vida del hogar.

Cuacua nos adoraba y nos seguía por todo el jardín de la plaza cuando ella lo sacaba para que tomara el aire, y casi por toda la ciudad. Debe ser eso que los científicos llaman apego, algo tan natural, tan animal, ese resto que quedará siempre de la relación del hijo con su madre, y que nos obstinaremos en reencontrar en todos nuestros contactos con el otro. Apego, y no amor, es decir, Darwin puro y duro, y no los novelistas entregados a sus fantasías ociosas, o a “sus pajas mentales”, como decía una vez un psicólogo nada fino y nada sentimental, pero sí feo como el Marqués de Bradomín. Tuvimos que pedir dinero prestado para las operaciones de Cuacua, pero no importaba porque con ellas estábamos en otro nivel que es contrario al de la lógica del intercambio.

El caso es que a Bendicho, además, le había vencido ella con su extraño procedimiento de quererle por seres interpuestos o intermedios. Ya al conocerla iba andando tan pancha portando en brazos una cría de mona de Gibraltar a la que parecía querer mucho. Cuando se fue la mona vinieron los gatos, muchos gatos que se iban renovando a medida que envejecían para morir, y lo alarmante del caso es que ella, en sus mejores momentos, y en los mejores de él, siempre hacía referencia a ellos, a aquellos gatos del demonio. Hasta el punto de que el pobre Bendicho no tuvo otro remedio que adivinar ahí un auténtico trastorno mental, o algo así como bestialismo puro y duro, o si no en la línea sadomaso. Pero no, ninguna hipótesis le cuajaba al pobre hombre, todas quedaban descartadas una tras otra. Era desesperante. Y esto de que no te cuaje ninguna hipótesis, de que se te rompan continuamente todos tus esquemas, uno tras otro sin remisión, sería otro de los síntomas más ciertos del amor real.

Bendicho no estaba del todo seguro de su amor por esta cuestión tan extraña del gato interpuesto. Pero un día, leyendo algún texto que supo relacionar con el problema, de alguna manera particularmente feliz, supo dar en el clavo. Naturalmente, una vez bien asegurado de que esta vez la hipótesis carecía de contrastación posible, no quería más bromas. Él llevaba tiempo registrando los momentos de la relación en que aparecía con más asiduidad o frecuencia el gato interpuesto, y así acabaría llegando a la conclusión de la naturaleza

profundamente religiosa de todas aquellas ceremonias, en realidad cultos, en realidad santificaciones. Porque es incontestable que en el momento en que surge el amor real los seres humanos de todas las culturas se ven impelidos por la hueste pulsional del Cuerpo Soberano a la santificación de la relación, señalando así que no se trata en absoluto de dolo, pero tampoco de imaginación, ni de mero símbolo, sino de realidad densa, global, tremenda, más allá de nuestro control, realidad *sagrada* a fin de cuentas. Y sucede que en el animal seguimos viendo o representando al dios después de tantos siglos, miles de años, el animal divino. El Gato que deberá interponerse entre los dos como mediador propiciatorio, el Gato que marcaría lo sagrado de la unión, su trascendencia o conexión con lo eterno. Es el Cuerpo de ambos, en definitiva, que está queriendo escaparse del tiempo universal por el mero hecho de divisarse el uno al otro, pero de la única manera decente que hay, o sea, en la inmanencia, en la repetición eterna. El Gato significa que nuestro amor es máximamente real en cuanto entregado a la eternidad del círculo. Eso descubrió Bendicho, nada menos, y desde entonces duerme tranquilo, en el regazo del dios de la vida, eternidad inmanente.

*De cómo alguien puede no saber que es completamente feliz*

#### 26. Primer Balance.

A lo largo de aquel día de primavera iban a seguir en la radio hablando sin parar de la vistosa agonía de Franco, y en la Facultad se habían interrumpido las clases por la última canallada perpetrada por la gente aquella, sin duda era lo habitual y por eso nadie en el fondo se extrañaba de nada. Pero ocurrió que algunos despistados habíamos ido hasta allí entrando en el aula, de modo que cuando por fin nos enteramos de la suspensión de las clases acabamos naturalmente por dirigirnos poco a poco hacia la parada de autobuses de la Ciudad Universitaria. Al cabo de unos minutos estábamos un buen grupo todos allí parados, como somnolientos, más o menos en el medio de la Avenida Complutense, y enseguida se nos iba a hacer todo tan extraño porque no aparecía ningún coche ni por la derecha ni por la izquierda. Un silencio sepulcral, neutro, pasaba el tiempo lentamente, ni coches ni personas, no

había rastro de vida y eso era inaudito. Hasta que de repente un seco fragor como de rotas gargantas, no llegaba a estruendo también callado pero sonoro, quiero decir sonoro de una manera especial, desusada, como si se tratara nada más que de la sola vibración puramente física del aire, o de las meras ondas de la atmósfera que te traspasaban sin ruido notable o ni siquiera aparente. De golpe y porrazo harían su aparición casi simultánea dos masas compactas de cuerpos humanos en formaciones cerradas, una del lado izquierdo, la otra del derecho, aquella multicolor con el rojo predominado, ésta de severo gris. Y tú con otros compañeros allí colocado como en una viñeta cómica, justo en el medio y medio, equidistante de los dos ejércitos. Y se hizo entonces la más extraña y mortal de todas las calmas, la suavidad casi inconsciente que te mantendría allí pegado a la parada del autobús, como hipnotizado por lo inevitable, lo perfectamente calculable, el feroz encuentro de las manadas. Los dos ejércitos iban a chocar el uno contra el otro justamente en la raya del medio, eso era cierto y fatal, y en esa raya estaba casualmente la parada del autobús, contigo en ella y con los otros compañeros espectadores, y las piernas temblando pero no exactamente de miedo, sino como consecuencia natural de las ondas y las reverberaciones desatadas por la inminencia de la tragedia, un episodio futuro puramente corporal, tu cuerpo emparedado, arrollado, finalmente pulverizado, en el encontronazo de los manifestantes indignados y los furibundos grises del franquismo resistiéndose a la agonía.

La paradójica tranquilidad como definitiva que en aquel momento sentías y te embargaba era sin duda la tranquilidad de la justicia consumada, o sea, ahora me toca a mí pagar el pato, ya iba siendo hora. Bien que lo habías meditado durante los últimos meses, por no decir en los últimos años porque pudiera parecer exageración: alguna vez te va a tener que caer encima a ti todo el peso de la ley, y te tendrás que aguantar a ser posible con una sonrisa en la boca, no faltaba más. Ya una vez se había tirado aquel tal Carlos por el hueco de la escalera desde la cuarta planta, creo que fue, cuando iban los policías por él como jauría rabiosa, se quedó el pobre en el suelo estrellado, muerto, asesinado. Ya otra vez el de las asambleas de tu curso había abierto la ventana y se había tirado desde el segundo piso al cemento del jardín después de oír que los de la social subían a cogerle, por cierto que meses después

reapareció con casi todo escayolado pero con más moral que nunca. Y ahora te tocaba a ti pagar el pato, bien es verdad que sin comerlo ni beberlo, crujido o espachurrado entre los grises a la carga y los manifestantes resistiéndoles con la fuerza que da llevar razón. En el fondo era toda una satisfacción, y de ahí la calma del sacrificio, saber que ibas a poder aportar por fin tu pequeña contribución de sufrimiento también físico a la causa de los que luchaban contra la dictadura desde hacía tanto tiempo. Que ibas a poder pagar de algún modo el haber formado parte de una de las familias de los que ganaron la Guerra, aquel privilegio manchado de sangre y tortura.

Se oían como silbidos de serpientes asesinas las balas de caucho zumbando a tu alrededor, hay que decir balas de caucho y no pelotas de goma, las balas de los fusiles reglamentarios de aquella gente. Sí que me puse nervioso entonces aunque tampoco mucho, porque recordaba haberle escuchado a alguien que al parecer deben apuntar al suelo para que reboten y luego te den en las partes bajas, por ejemplo en las piernas, como látigos de fuego, en vez de tirar de frente directamente a los ojos, porque entonces te podrían sacar uno o los dos. Siempre y cuando los grises y los que los mandan fueran buena gente, claro, y no perros rabiosos a los que nadie entendería la incomprensible saña, el odio, la demencia, el sadismo y la delirante crueldad con que se ensañan en los cuerpos del humilde manifestante. Valga la redundancia hablando de gente tan redundante.

Alguien del grupo de los que esperábamos el autobús sintiéndonos aplastados de antemano empezó a correr de frente como alma que lleva el diablo, sin duda para escabullirse de los ejércitos a punto de enzarzarse, gritos, más que gritos alaridos, y personas rodando por el suelo entre los que formaban el que avanzaba por la izquierda. Echó a correr hacia la Facultad de Medicina, y todos le seguimos como zombis y entramos raudos en aquellos edificios que olían a desinfectante, pasillos, vestíbulos, salas con gente de bata blanca. Y así fue que nos libramos de la masacre alcanzando el Hospital Clínico y ganando la calle, dejando a las espaldas la Ciudad Universitaria.

Con el alivio después de la tensión vendría el júbilo, y después del júbilo la hilaridad, de risa floja. Recordé aquello que decía un amigo de que cuando se

acaba retirando una manifestación uno se encuentra de todo por el suelo, zapatos, carteras, dentaduras postizas...Pero no me duró mucho el deleite de la fantasía porque al doblar una esquina a la altura de Princesa me topé con un contingente de grises con casco y otra vez caras de perro rabioso. Inmediatamente me rodearon e instintivamente intenté escurrirme haciendo además de meterme en una cafetería que todavía existe.

-“¡Quítate las gafas, hijoputa, que te vamos a matar!”

Era un gallardo mozo el que así me interpeló mientras me agarraba con fuerza del brazo. Su cara de cretino, lo habitual, pero sí que me llamaría la atención el pañuelo de seda azul que llevaba al cuello enlazado con un anillo como de oro, porque desentonaba con el soso uniforme de pandillero del Estado, y porque testimoniaba una especie de alarmante orgullo de su cargo y su tarea de romper cráneos a la mayor gloria de Franco y de Dios. Pero en ese punto me relajé completamente, fuera toda la tensión como por ensalmo, incluso me puse a flotar en un cálido mar en calma, era la alegría del naufragio, mientras me disponía a la paliza, reducido a cordero sacrificial. Me sacaron a la calle, hicieron una rueda de cinco o seis sicarios y se dedicaron a golpearme contundentemente durante bastantes minutos que me debieron parecer una eternidad. Ya en el suelo, todos ellos tuvieron ocasión de emplear uno por uno contra mi cuerpo contraído, bien a su sabor, las botas que llevaban calzadas, muy duras y de suela gruesa, como pude comprobar, sobre todo patadas en los riñones, porque instintivamente me había hecho un ovillo nada más ser derribado. La verdad sea dicha, doler lo que se dice doler sólo los tres primeros golpes de porra en la cabeza y en el cuello, luego no sentiría nada de nada.

Al final, uno de ellos me arrastró por el suelo como al cubo de la basura, y me depositó en el interior de una de las llamadas lecheras, aquellos vehículos siniestros y característicos, a la sazón vacía. En ese momento debía estar yo sin conocimiento, pero al volver al mundo de los vivos recuerdo que me bajaron de nuevo a la calle, formaron otra rueda y aconteció o tuvo lugar una segunda paliza también muy pormenorizada y minuciosa, de la que bien es verdad que sólo me dolería la dificultad de concebir su sentido, para no hablar de la injusticia que se estaba cometiendo, porque ¿qué le había hecho yo a esa

gente? Cuando terminó la rueda, al darse cuenta los sádicos grises de que yo era un parco botín, me dejaron tirado en la calle y se fueron porque sin duda les daba como vergüenza presentarse conmigo hecho un guiñapo en la Dirección General de Seguridad.

Tuve suerte de que me encontrara allí tirado uno de mis compañeros de clase y se las ingeniara para llevarme a mi casa muy lentamente y como mejor pudo, y es que el molimiento del cuerpo y los pantalones completamente meados me hacían difícil caminar sin apoyo. Alguna secuela sí quedó de aquello, pero cosa al fin y al cabo de nada, unos dos meses orinando sangre y recorriendo urólogos por los hospitales, la espalda de color violeta en su totalidad, intensos dolores en rincones ignotos de mi cuerpo que me despertaban de madrugada, además yo consolando a mis padres, y mi madre mentándole a la madre, blasfemándole y dándole nuestra dirección postal, por si tenía cojones, al policía que le cogía el teléfono cuando no podía más de la indignación y llamaba al 091.

Sube Melquiades despacio la Rambla D'Egara y va ya cansado al final del día. Últimamente es verdad que tiende a entregarse a la meditación en cuanto la tarea le deja el más mínimo resquicio. También de vez en cuando recuerda las palizas aquellas que le propinaron los grises hace ya casi ocho años, sin duda para alegrarse de que todo haya mejorado en el país porque se supone que ahora ya no le puede torturar nadie a cuenta del Estado.

Pero aunque ya no le dan palizas de parte del Estado Melquiades va pensando ahora lo chocante que resulta que en sus veinticinco años recién cumplidos casi no recuerde una ocasión en la que hubiera podido ejercer lo que se dice o se llama su libertad. Todo le habría venido en su corta vida dado o repartido, igual que en una mano de póker. Sus actividades se han limitado en realidad a defenderse de lo que se podía imaginar en cada momento que se le podía venir encima, y por otra parte, también, a aprovechar las ocasiones favorables. Pero nunca, nunca habría determinado por sí mismo lo que propiamente quería. Es más, aun a riesgo de caer en la exageración a la que es tan propenso, Melquiades juraría que jamás en su vida había llegado a saber

propiamente lo que quería, más allá de lo que todos quieren, o sea, no fracasar o incluso triunfar “en algo”, en lo que quiera que sea, o bien otras generalidades que en el fondo nada quieren decir. Ganar dinero, trepar por la escala social...ser como todos los demás significa no hacer nunca tu voluntad, significa incluso ignorar en qué consiste tu voluntad. La impotencia, la pequeñez, o sea, cumplir con las normas, con lo que se espera de ti, con lo que se supone que debes hacer, y los placeres, eso sí, como intermedio o en cualquier caso concebidos como recompensa debida. Luego vendrá la muerte, allí al final, aunque desde los veinticinco años aún no se pueda ver sino sólo imaginar. Y entonces nunca habrás sabido qué significa querer de verdad, decir sí con toda tu alma. Querer algo que, como tú, de la manera en que tú lo quieres, sólo tú lo quieres...

Y es que de joven no se daba cuenta Melquiades de la suerte que tenía, y es que había algo absolutamente suyo que no nadie le podía quitar y en lo que sí ejercía su voluntad, era su ámbito inalienable de libertad, porque allí nadie podría entrar a darle una paliza ni tampoco a amenazarle con dejarle morir de hambre. El hombre interior Melquiades, o su soledad querida por creadora, se constituían de la manera más fácil y natural en el estudio, cuando se entregaba a leer apasionadamente a Nietzsche o a Kundera, y a muchísimos otros. La filosofía abre en tu pecho un refugio al que ningún tirano será capaz de llegar. Y esto, nada menos que esto, es lo que tenía Melquiades ya a los veinticinco años. Lo malo es que no acababa de saberlo, y por eso muchas veces se equivocaba creyéndose desgraciado, siendo en realidad más feliz que casi todos los que le rodeaban.

